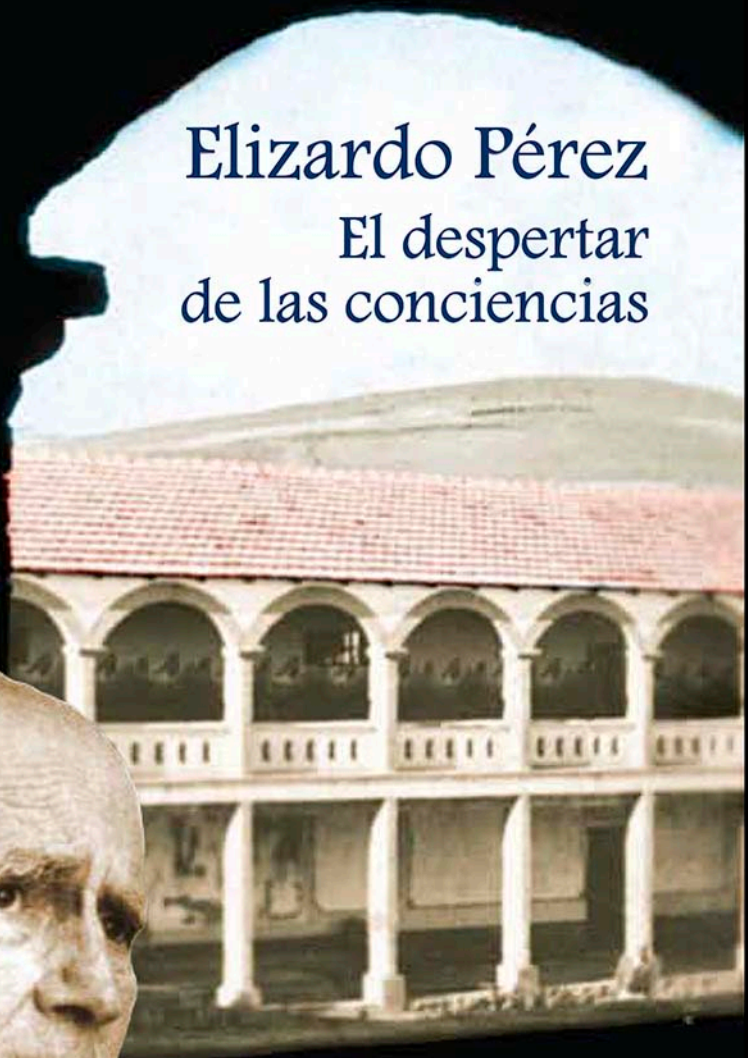
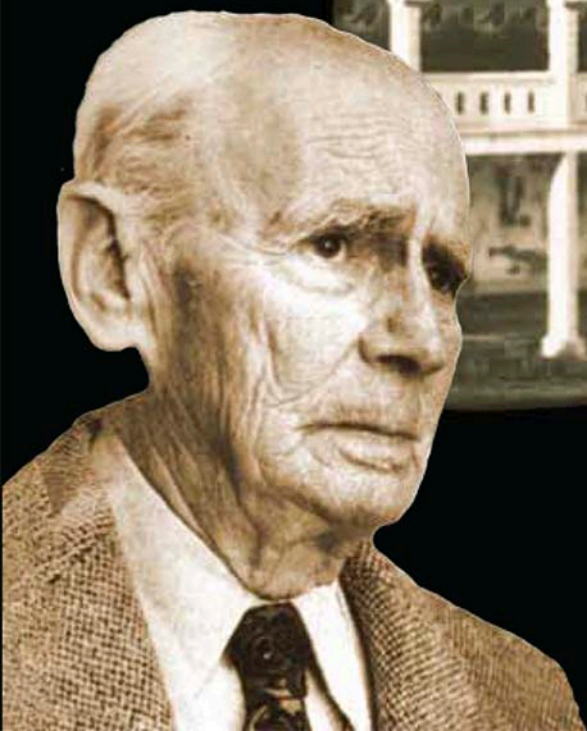


María Victoria Pérez Oropeza

Elizardo Pérez
El despertar
de las conciencias



Elizardo Pérez
El despertar de las conciencias

María Victoria Pérez Oropeza

Elizardo Pérez

El despertar
de las conciencias



Fotografías: Carlos Salazar Mostajo, *Gesta y fotografía. Historia de Warista en imágenes*. Cortesía de Cecilia Salazar.

Edición y corrección:

Lic. Irma Sangüesa Figueroa

Coordinadora - Observatorio de Políticas Públicas y Sociales - IIITS- UMSA

Lic. David Aruquipa Pérez

Director Ejecutivo - Campaña Boliviana por el Derecho a la Educación

© María Victoria Pérez Oropeza, 2017

© Campaña Boliviana por el Derecho a la Educación, 2017

Primera edición: junio de 2017

D.L.: 4-1-5012-16

ISBN: 978-99954-1-746-8

Producción

Plural editores

Av. Ecuador 2337 esq. calle Rosendo Gutiérrez

Teléfono: 2411018 / Casilla 5097 / La Paz

e-mail: plural@plural.bo / www.plural.bo

Impreso en Bolivia

Si no tenemos el valor civil de señalar este crimen ante los pueblos, nosotros también seremos tan responsables como aquellos que han logrado el mal para la patria; porque el edificio nacional está corroído de ambiciones subalternas, de odios y de amargura tan profunda que sólo parece que los bolivianos quisiéramos desaparecer destrozándonos los unos a los otros... No fui a Warisata a enseñar el silabario, sino a despertar conciencias.

Elizardo Pérez
1941.

Dedicatoria

*A mis hijos Pablo Enrique, Eric Louis
y Silvia Jael, para que el ejemplo de su
abuelito sea una luz en su camino.*

Agradecimientos

A mi esposo Lewis (QEPD) quien, no sólo me alentó, sino que compartió mis desvelos, inquietudes y viajes por rutas casi intransitables.

A Yvette Mejía, compañera inseparable de mis luchas, dispuesta a aportar en todo lo que estuviese relacionado con la Escuela Ayllu, siempre alerta e infatigable.

A Graciela Mancilla, amiga de la niñez, quien trajo a mi memoria recuerdos imborrables de nuestra infancia junto a mi padre. Ella puso pasión en la lectura de un borrador, sus comentarios y observaciones me ayudaron a enriquecer este libro.

Finalmente, un especial agradecimiento a mi hijo Pablo Enrique, quien compartió mis pensamientos, me apoyó en los retos que se me presentaban y siempre puso un granito de arena en momentos de dudas y cuestionamientos. Asimismo, a mis dos hijos ausentes, Eric Louis y Silvia Jael por haber seguido y apoyado, desde lejos, todos mis anhelos.

Índice

Prólogo	13
Presentación	15
El despertar de las conciencias	17
Epílogo.....	121
Conclusiones.....	125
ANEXOS	
Anexo I	127
Anexo II.....	129
Anexo III.....	131
Anexo IV.....	132
Anexo V.....	134
Anexo VI.....	135
Anexo VII	137
Anexo VIII	144
Anexo IX.....	146
Anexo X.....	148
Bibliografía básica.....	151

Prólogo

No es un libro de historia, ni una biografía, tampoco un trabajo de investigación, es algo más que el resumen de *Warisata - La Escuela Ayllu* de Elizardo Pérez, publicado por primera vez el año 1962, a pedido de y financiado por los indios de Warisata y Llica, quienes, al reencontrarse con su maestro, luego de muchos años, deseaban que les dejara un testamento, escribiendo la historia de las luchas en las que participaron hombres, mujeres y niños, no sólo en Warisata y Llica, también en el resto de la República, cuyos postulados se difundieron a gran parte del continente. El libro de Elizardo es también más que un testamento, no sólo para los hijos de Warisata y Llica, es “ALGO QUE DEBEN CONOCER LOS BOLIVIANOS”, título de una crónica publicada en la revista *La Semana Gráfica* de fecha 6 de agosto de 1933, en la que se mostraba el verdadero espíritu de esa epopeya que ya comenzaba a irradiar su luz más allá de los Andes.

Como hija de Elizardo Pérez, fui testigo de sus recuerdos, nostalgias, añoranzas; de un sin fin de anécdotas de su juventud, como alumno travieso de la Escuela Normal de Sucre, como también de San Calixto; de las peculiaridades de alguno de sus maestros e, incluso, de lo desafinado que era. El anecdotario de su vida es tan rico como sorprendente.

Su espíritu dejó una profunda huella en mí, es así que, al margen de mi carrera profesional, me dediqué muchos años a la lectura de tantos documentos que mi madre, Jael Oropeza,

guardaba con recelo, lo que me hizo, de una u otra manera, difundir los principios ideológicos de La Escuela Ayllu.

Por todo lo dicho, deseo que este trabajo sea más que una síntesis, es adentrarme en su pensamiento a través de mis comentarios y, por no decirlo, también recrearlo, recordando su estilo y su fuerza de expresión, es dar rienda suelta a mis sentimientos, en cuanto a todas mis vivencias pasadas, así como ubicarme en el escenario de este nuevo siglo y en las últimas décadas del pasado, en lo concerniente a tantos intentos de reforma educativa y también a los nefastos resultados de la Reforma Agraria de 1953, al respecto alguien dijo: “¿por qué no se escuchó a Elizardo?”

Para evitar confusiones al lector, se utilizó letra cursiva para la transcripción textual de párrafos del libro *Warisata - La Escuela Ayllu* y letra de imprenta, para mis comentarios y recreación de su pensamiento. Las transcripciones del texto de Elizardo Pérez corresponden a la primera edición de 1962.

María Victoria Pérez Oropeza



Doña Jael Oropeza (1906-1991) llegó a Warisata en 1939, haciéndose cargo de la Sección Normal que había fundado Sofía Pérez. Aquí la vemos con Elizardo Pérez, con quien se casaría poco después. Los rodean alumnos del Segundo año Normal (1939).

Presentación

La Campaña Boliviana por el Derecho a la Educación, CBDE, articula instituciones, organizaciones y activistas de la Sociedad Civil vinculadas al ámbito educativo. Como parte de sus acciones y en coordinación con el Observatorio de Políticas Públicas y Sociales de la Universidad Mayor de San Andrés, ha priorizado recuperar la memoria histórica de las conquistas sociales por el derecho a la educación lideradas por nuestros pueblos. La Escuela Ayllu de Warisata representó una importante experiencia de educación, a través de una pedagogía liberadora, expresada en la articulación de territorio, trabajo y organización comunal, características imprescindibles en el proceso de “liberación del indio”.

La Escuela Ayllu puso en práctica el paradigma de la lógica andina, sustentado en los principios de liberación, solidaridad, reciprocidad, complementariedad, intercambio cultural entre lo rural y urbano, producción comunal sustentable en armonía con la Madre Tierra, revalorización de la identidad cultural, y la organización comunal a través del Parlamento Amauta. Estos aspectos garantizaron el desarrollo armónico e integral del ayllu con la escuela de la vida. En la Escuela Ayllu, la enseñanza no se reducía al aula, a un currículo o calendario lineal; todo lo contrario, su acción trascendía hacia una propuesta política que hoy en día nos desafía en el proceso de construcción de una educación emancipadora y liberadora.

El libro *Elizardo Pérez: el despertar de las conciencias*, escrito por María Victoria Pérez Oropeza, evoca el pasado, transmitido de padre a hija, y establece el diálogo y reflexión entre dos generaciones. El caminar político que Elizardo Pérez manifiesta en su obra *Warisata: la Escuela Ayllu* (1962), es recuperado por la depositaria y testigo de los recuerdos y vivencias de su padre, conectando los escritos con comentarios e interpretaciones propias de ese legado. El resultado es un texto escrito en un lenguaje fresco y apasionado, como quien contara sus propias historias.

A través de la lectura del libro que tiene entre sus manos, invitamos a los lectores a este umbral de dos épocas para encontrarse con el mensaje filosófico de la Escuela Ayllu de Warisata, ahora más vigente que nunca.

David Aruquipa Pérez

Director Ejecutivo
Campaña Boliviana por el Derecho a la Educación

El despertar de las conciencias

1917 - Primer encuentro

Ya han pasado más de tres décadas... ahora mi mente y mi espíritu se encuentran otra vez en medio de los helados vientos del Altiplano... en este ámbito todo es grandioso... veo el Illimani, el Mururata, el Huayna Potosí... el Illampu. Ahí está el lago, ¡qué azul tan límpido! tal como su cielo, es impresionante por su mansedumbre y grandeza... me eleva el espíritu a místicas concepciones... todo es diferente, todo es grandioso.

...He estado en las florestas de Tarija, conozco las rinconadas y boyadas chuquisaqueñas, los bañados del Beni y Santa Cruz. Conozco la pampa, la puna y el ventisquero. Estuve en Santa Cruz de Caupolicán, por rutas inexploradas, por desechos, a pie y a mula. Como inspector de escuelas, sigo buscando siquiera un hábito de compromiso y nobleza con los que dicen ser maestros. El indio lucha por sobrevivir, pese al flagelo constante del que es víctima... que escuelas ambulantes... que leyes y decretos, palabrerío, pedagogismo retoricista y simulador de algunos malos maestros que tienen en sus manos la conducción de la educación pública rémora de nuestra patria...

...me crié en el campo, conozco al indio, conozco su esencia, su capacidad. Conozco su idioma que expresa su fuerza interior, su relación tan íntima con la naturaleza... aquí está, como en los valles y las selvas. Busco con ansiedad. Debo llegar más allá, debo encontrarlo...

Elizardo sigue su recorrido hasta llegar al distrito de Warisata. Se encuentra con una humilde escuelita y su maestro, quien lo recibe, es Avelino; le cuenta que cuando comenzó a dirigir el cargo de Jilacata de la comunidad de Warisata, la única comunidad originaria de esa región, ya que las demás eran haciendas sometidas a los latifundistas como Bautista Saavedra, Gutiérrez Guerra, Benedicto Gotilla y otros más, también se desempeñaba como alfabetizador, empezando al principio con tres alumnos, con quienes se reunía en diferentes casas –por las noches– y sin hacer notar a los patrones, porque entonces era prohibida cualquier actividad que no fuera a favor del patrón. Cuando fueron descubiertos comenzó la persecución y era tildado de cacique promotor de una sublevación contra los patrones. Avelino también le cuenta que era integrante de un amplio movimiento de Caciques Apoderados de Comunidades Originarias y Alcaldes Mayores y Menores que luchaban mediante vías jurídicas por la alfabetización y educación, junto a la reivindicación de los derechos de propiedad a las tierras despojadas por los latifundistas. También acerca de su hijo Miguel Siñani, de 17 años de edad, recién terminado su bachillerado, heredó la escuelita de Avelino. Cuando se trasladó a la localidad de Achacachi, por decir “Viva Bolivia Libre” fue apresado, flagelado y encarcelado, como consecuencia de las torturas recibidas, padeció un año, muriendo posteriormente. Lo propio sucedió con su hermano Julián Siñani, quien por haber ayudado a manejar documentos a favor de la escuela, había sido sentenciado a diez años de cárcel por los enemigos de la Educación Campesina, no sin antes haber arrastrado una arroba de cadenas atada a sus pies, desde Achacachi hasta Sorata.

Hay tanto que contar, tantos padecimientos, tantas luchas. Silenciosamente, desde principios de siglo, unos cuantos indígenas fundaron pequeñas escuelas para enseñar a leer y escribir. Fueron esfuerzos, aparentemente dispersos y reprimidos violentamente por latifundistas, autoridades y vecinos de los pueblos... encarcelaron y torturaron a los indígenas que osaban organizar campesinos y niños indios para instruirlos. Había cárcel, amenazas, burlas y, a veces, muerte. Tan cruel fue la persecución que Avelino tuvo que

huir con su familia. Entonces, se dedicó al ganado, años después volvió a su comunidad y reabrió la escuela, también fundó numerosas escuelas en otras comunidades. Calumniado y acusado de “cacique agitador” fue capturado, apresado y torturado.

Elizardo le cuenta a Avelino sus recorridos por el país, acerca del sufrimientos de tantos pueblos, totalmente alejados de la civilización.

Bolivia es un país muy diverso, detrás de nuestras montañas hay valles, planicies y selvas. Cada una de esas regiones cuenta con variedad de recursos naturales. Nuestra patria es muy bella... pero aún no es nuestra, es de unos pocos que cegados por su ambición no son capaces de ver más allá y para lograr sus ambiciones torturan y matan. En todas partes he encontrado sufrimientos e injusticias, los maestros no son lo que deben ser, los gobiernos sólo ven sus propios intereses.

Avelino le muestra cómo enseña a los niños y la pobreza en la que tiene que trabajar. Le habla acerca de la importancia de saber leer y escribir, para luchar contra los usurpadores de sus tierras. Le dice que sólo la educación los liberará.

Elizardo, al oír las palabras de Avelino, la profundidad de su pensamiento, la fuerza de su espíritu, le pide que apareje dos mulas para acompañarlo a Copacabana, donde hay un depósito de material escolar. Ambos viajan a Copacabana. Elizardo le entrega todo el material necesario, Avelino no sale de su asombro, pues tiene ¡hasta un reloj de pared! Ambos se separan.

... este no es un encuentro casual, siento una emoción contenida... me embargan tales sentimientos al pensar en este preclaro varón de la estirpe aymara. Lo veo como un ejemplo de las más altas virtudes humanas. En otro tiempo, en otro lugar o en otra época, hubiera sido honrado por la sociedad, pero vive en el sórdido ambiente feudal del Altiplano, degradante y oscurantista, adverso a esta clase de espíritus. Bajo su exterior adusto, enteramente kolla, se oculta un alma tan pura como la de un niño y tan esforzada como la de un gigante... su espíritu es capaz de penetrar tanto en el misterio de la naturaleza como en el de los espíritus humanos. Veo en Avelino la encarnación de la doctrina contenida en el “ama sua, ama llulla, ama kella”, y en dimensión insuperable. Obligado

a gravitar en su pequeño mundo, abre una escuelita, pobrísima como él, pero de grandiosas miras, como que se propone nada menos que la liberación del indio por medio de la cultura. No es que no sea solidario con los campesinos que suelen alzarse, comprende perfectamente la cólera que enegece al sublevado, en la cual se manifiestan siglos de opresión y miseria, pero, hombre moderno, de exacta visión, comprende también que ese sacrificio es estéril e insensato, por lo menos en esta época. Él sabe que hay que elegir otra senda, hay que capacitar a la mesnada, iluminarla con el fuego sagrado, prepararla para futuros días. Tal el sentido de su escuela, en esa humildad contemplé, en silencio, las más radiantes auroras para Bolivia.

1931 Segundo encuentro - Génesis

Pasaron los años y Elizardo fue nombrado Director de la Escuela Indígenal en el barrio de Miraflores; luego de haber estado en el cargo durante quince días, se dirige hacia el Ministerio de Educación para hablar con el Ministro y presentar su renuncia. En el recorrido piensa... *esta escuela de Miraflores es un engaño, es una simulación es completamente ajena al indio... en su alumnado no hay un solo muchacho campesino... teórica, libresca, e intelectualista. Los que salgan de ahí ¡Qué van a ir al campo a enseñar. ¡Ay, Don Daniel sus sinceros propósitos quedan defraudados!*¹ Claro, la farsa del normalismo

1 Don Daniel Sánchez Bustamante, luego de la caída del Presidente Siles, tuvo la oportunidad de poner en práctica sus ideas respecto a la educación popular. Lo hizo, como es sabido, con gran energía e inteligencia, y si hemos de ser sinceros, con verdadero espíritu revolucionario. Es autor del Estatuto que concede la autonomía universitaria y crea el Consejo Nacional de Educación... En 1931, siendo Ministro de educación se creó la Dirección General de Educación Indígenal y, siempre bajo la inspiración de Sánchez Bustamante, se fundó la Escuela Normal Indígenal en el barrio residencial de Miraflores. ¡Qué contradicción! Sánchez Bustamante no puede aplicar los principios sentados en su Decreto de 1919... contra todo lo que había sostenido, en sentido de que las escuelas para indios debían fundarse en “centros de población indígena”, ahora resultaba fundando una escuela indígenal, nada menos que en la mismísima ciudad de La Paz, ajena por

es la enfermedad que ha corrompido a toda una generación de maestros bolivianos. Lo que se ha montado es una burda comedia, es realmente un semillero de burócratas. Sí, está bien, debo decirle al Ministro Mercado con toda claridad y franqueza que renuncio al cargo porque aquella no es una escuela indígenal ni nada por el estilo, es un engaño al que no voy a contribuir.

Llega al Ministerio, pide hablar con el Ministro. Entra a su despacho y le dice que renuncia a su cargo de Director de la Escuela Normal Indígenal de Miraflores. El Ministro, sorprendido, le pregunta por qué.

- *Pues bien, ¿qué es lo que entonces piensa usted, Pérez?*
- *Pienso que la escuela del indio debe estar ubicada en el ambiente indio, allá donde él lucha para no desaparecer; que no debe contraerse únicamente al alfabeto, sino que su función debe ser eminentemente activa y hallarse dotada de un evidente contenido social y económico; que los padres de familia deben cooperar a su construcción con su propio trabajo y cediendo tierras como un tributo a la obra de la cultura; que la escuela debe irradiar su acción a la vida de la comunidad y atender al desarrollo armónico y simultáneo de todas las aptitudes del niño en su proceso educativo.*

Este pequeño párrafo resultó ser la esencia de la filosofía warisateña:

1. La escuela no debe limitarse a la enseñanza de la lectura y escritura.
2. Un pilar en el proceso educativo es la pedagogía del esfuerzo y del trabajo.
3. Se debe aplicar el concepto de la escuela única, es decir: la continuidad y la coherencia en el proceso de

completo al ambiente nativo. ¿Cedió Sánchez Bustamante al confucionismo en boga o tuvo otras razones para cambiar tan radicalmente de criterio? Hay que suponer que son razones de clase las que impidieron aplicar su Decreto, pues con esa conciencia tan clara de sus interés la feudal-burguesía no podía ver sin temor que se dieran pasos reales a favor del indio.

aprendizaje, desde el inicio de la escolaridad; de alguna manera también se traduce en la trilogía aula, taller y sembrío.

- 4- La escuela abarca más allá de las paredes del aula, abarca a toda la comunidad. Debe tener un contenido político, económico, socio - cultural.

– *Eso, eso que está usted pensando, eso vaya usted a hacer.*

Elizardo sale del despacho del Ministro, ahora pensativo.

Recibí la respuesta del Ministro con extraña unción y respeto, y algo se conmovió en mi espíritu al sentirme, por fin, destinado a cumplir un mandato tal vez ancestral que dormía en mi sangre.

Elizardo va en un camión, rumbo a Santiago de Huata; en medio de indios y cholitas, meditaba en las palabras de Mercado que volvían a su memoria: *“Eso, eso que está usted pensando, eso vaya usted a hacer...” Quiere decir que ahora yo soy el responsable de una altísima misión histórica, y que soy el depositario de la confianza de un hombre en quien, a treinta años de distancia, he de reconocer una excepcional ponderación de espíritu. Ahora, todo depende de mí, de mi aptitud creadora, de mi capacidad de trabajo...pero no tengo proyecto alguno... primero tengo que ubicar las escuelas del indio en su ambiente, todo se irá edificando poco a poco, aprendiendo de las enseñanzas de la vida misma del indio, de sus tradiciones, de su cultura...lo fundamental es el despertar de las conciencias.*

Elizardo llega a Santiago de Huata, cuando la gente sabe a qué ha ido, lo buscan, le hablan acerca del clima y de la belleza del paisaje. Le ofrecen tierras, materiales de la región y trabajo gratuito.

Luego de los ofrecimientos, Elizardo calla, observa y piensa... esta zona realmente tiene grandes atractivos, *pero no...ésta es la aldea, heredera de los vicios coloniales y republicanos, debe ser el ayllu, donde palpita la vida indígena.*

Luego viaja a Kalaque, Tiquina, Copacabana y otras. Nuevas vacilaciones y desconfianza.

... En estos lugares, como siempre, el gran engaño será el indio, no serán sus hijos quienes se beneficien de la obra, serán, como siempre, los opresores. Iré a Warisata, a ver qué encuentro allí.

Elizardo va hacia Warisata. Al pasar por Achacachi, habla con la gente y lo reciben las autoridades y vecinos más destacados, dirigiéndose a quienes lo recibieron, les dice:

Busco el ayllu, la comunidad indígena; son ustedes quienes tendrán que hacer la escuela, ya que el Gobierno no dispone de un solo centavo para la obra. Es con esta idea que voy a Warisata.

El vecindario le expresó su plena conformidad con el plan expuesto, le ofrecieron su amplia colaboración en todo sentido, para poner en marcha la obra. En cuanto a las tierras, se comprometieron a adquirirlas por cuenta de la Municipalidad, en el lugar y extensión que se indicara oportunamente

... acepté la oferta, se tomaron las medidas para que al día siguiente los esperara la indiada de Warisata. Efectivamente, todos estuvieron presentes. En medio de la gran multitud, surgió un hombre de regular estatura, de evidente ascendencia kolla; era Avelino Siñani.

Elizardo quedó atónito, se dirigió directamente a Avelino, Avelino hizo lo propio. Ambos se fundieron en un abrazo fraterno y solidario rodeado de silencio... *estábamos cerrando nuestro común destino.* Avelino tomó la palabra y, a nombre de la comunidad, aceptó todas las condiciones. Elizardo señaló el sitio en que se edificaría la escuela y, poniéndose de pie sobre un muro que había a la vera del camino, indicó la extensión de tierras que debían ser donadas por la Municipalidad. Todos estuvieron de perfecto acuerdo.

El abrazo entre Avelino y Elizardo simbolizaba, luego de siglos de opresión, el encuentro entre dos culturas, el respeto, las ansias de libertad e igualdad y, ante todo, el inicio de la conciencia del ser boliviano.

Desde hace muchas décadas que ya existe esa conciencia, sin embargo, el abrazo que simbolizó el encuentro entre dos culturas se ha diluido gracias al populismo y a la demagogia de algunos gobernantes que, no sólo utilizan al pueblo para sus propios fines, sino que pretenden desnaturalizar la verdadera esencia del ser boliviano.

Todos se retiraron. Elizardo tomó un camión hacia La Paz, buscó al Ministro para informarle acerca de lo sucedido.

Pasaron unos meses...

Corría el tiempo y ya nos hallábamos a mediados de mayo sin disponer de un centavo. Todas las tentativas para financiar recursos resultaron inútiles, hasta que por fin (el Ministro) Bailón Mercado consiguió, no sé cómo, la suma de cinco mil bolivianos destinada en su totalidad al pago de haberes del personal. Para entonces, ya estábamos a fines de julio... el 2 de agosto de 1931 tuvo lugar la fundación de la escuela... Ver ANEXO I

Yo no sé qué ojo tuve para elegir a mis tres compañeros de trabajo; el caso es que nunca en mi vida volví a encontrar tanto tesón, tanta honradez, tanta múltiple eficiencia para el desarrollo de una obra... tuve que elegir como vivienda una chujilla y hacer vida de indio y con el indio, mientras planeaba mis labores y vencía los obstáculos del ambiente. Los maestros de talleres se acomodaron como pudieron.

¡La pampa era hostil! Se trataba de una planicie situada entre el lago Titicaca y la cordillera, cuyos vientos se cruzaban en frecuentes remolinos. El clima era frígido, el yermo pelado e inclemente. Y todo dominado por la mole del Illampu, a cuya vista el hombre se recoge en religioso silencio, abrumado por su grandeza y níveo resplandor.

Este lugar no era en realidad un ayllu, sino un centro latifundista donde no llegaban a una decena los indígenas libres, esto es, pertenecientes al ayllu. Warisata había sido absorbida por la hacienda y funcionaba como territorio sujeto a la explotación de los terratenientes achacacheños, quienes habían despojado paulatinamente al indio hasta convertirse en dueños de casi toda la zona.

El descubrimiento no lo desanimó, por una parte implicaba una lucha mayor, sin embargo, era realmente ahí donde se encontraba la esencia del problema. Decidió quedarse, primero había que empezar por ser aceptado, ya que lo veían con recelo.

Al día siguiente de la fundación inscribimos hasta 150 alumnos para su alfabetización, encargando esa tarea al maestro de la Riva, el mecánico. Habíamos llevado abundante material de enseñanza: cuadernos, silabarios, libros de lectura, reglas, lápices, tiza, plumas, etc., riqueza que deslumbró a los niños indios. El carpintero instaló su taller en una choza y el mecánico puso sus herramientas en otra chujilla junto

a la mía. El albañil inició sus labores a la vera del camino, azotado por furioso vendaval. Las herramientas, muy deficientes por cierto, eran de su propiedad. Por último, dijimos a las autoridades indias que desde el día siguiente esperábamos la colaboración de los pobladores del lugar, para lo cual apenas contábamos con dos picos, dos palas y dos carretillas, que yo llevé de mi casa en La Paz.

Así fue cómo empezamos a trabajar; hace treinta años (1931), en el páramo de Warisata. Nada hacía suponer que un día, en el mismo lugar, se alzarían las monumentales construcciones que hoy se ven. En aquella época no existía sino la capilla que se ve en el recodo de la montaña y, junto a ella, una chujlla que servía de Dirección. Fue en el recinto de la capilla donde funcionó el primer curso de Warisata, y juzgo yo que nunca hubo una mística tan honda como la que vibraba al escucharse al maestro de la Riva, enseñando la letra a los desarrapados. ¡Santidad de otra clase, ciertamente, que venía a llenar los espíritus con un hálito de esperanza y redención!

El día señalado no se presentó un solo indio. El albañil Velasco y yo principiamos la obra. Hicimos el trazo del edificio de acuerdo a un plano que me facilitó la Dirección del Instituto Americano de La Paz, y que corresponde al local que posee sobre la calle Ecuador. Después, nos pusimos a abrir los cimientos.

Transcurrieron los días...

En la soledad de la pampa parecíamos los únicos seres vivientes. Los indios no se nos allegaban. Nos hacían sentir nuestro aislamiento y la vida comenzaba a hacérsenos difícil. La Municipalidad de Achacachi no se acordó más de su promesa de dotación de tierras, y lo mismo ocurrió con todos los ofrecimientos tan espontáneamente realizados. Mis requerimientos para lograr alguna ayuda no tuvieron resultado alguno. Estábamos al frente de un proyecto que yo adivinaba de gran magnitud, y para llevarlo a cabo no teníamos otro instrumento que una inquebrantable perseverancia. De haber perdido la fe en esos instantes, no hubiera existido Warisata.

Tuve urgencia de viajar a La Paz por un par de días. A mi regreso, encontré a los tres maestros y a la señora María Romero, esposa del mecánico, esperando un camión a la vera del camino, para restituirse a La Paz. Habían resuelto marcharse en vista de la hostilidad del ambiente

y de la aparente inutilidad de los esfuerzos realizados. Tuve que persuadirles que desistieran de tal propósito, calificando su abandono como una retirada vergonzosa, ya que nuestro deber era mantenernos en el lugar a costa de cualquier sacrificio. Los pobres maestros aceptaron mis palabras y se quedaron, y para que pudieran sobrevivir viajé nuevamente a La Paz para llevarles, de mi despensa, los víveres necesarios. En cuanto al Gobierno, todavía no había pagado un centavo de nuestros haberes.

Así fue como, un día a las tres de la tarde, se me presentó Avelino, cuya ausencia ya me estaba apesadumbrando. No tengo tiempo de hablar, le dije, pero ayúdame... y así continuamos la labor de poner el cimientito hasta que oscureció. Ahora sí, le expresé, podemos hablar.

Después de escucharme atentamente, Avelino me respondió:

No, Tata, no te hemos abandonado a tu suerte. Desde todos los puntos de esta pampa aparentemente desierta miles de nosotros te contemplamos con admiración. Ya saldremos a ayudarte, ten paciencia. Como me dices, sabemos que estás pisando barro, que tus manos ya están encallecidas, que trabajas desde las cinco de la mañana hasta que muere el día. Todo lo sabemos... nada se nos ha pasado desapercibido. Desde los riscos de la montaña, de todas partes, desde nuestras chujillas te observamos. Ten paciencia, tata. Muy pronto las indiadas de esta tierra sagrada llegarán hasta ti. Se levantarán la pampa y las montañas y como un solo hombre la comunidad íntegra estará a tu lado para cumplir su deber y dar de sí todo lo que corresponde. Desde luego, yo vendré desde mañana con mi mujer y mi hijita.

Mientras hablaba, nos envolvió la noche con su negro manto y el viento del Illampu empezó a azotarnos con furor.

Siñani cumplió lo prometido. Acudía al trabajo con toda su familia y dos burritos para el traslado de materiales. En el simpático grupo estaba Tomasita, una pequeñuela de grandes y azorados ojos, hija de Avelino.

Así pasaban los días...

Nuestro horario de trabajo no era ciertamente como para dedicarse al ocio: todo lo contrario. Desde las cinco de la mañana empezábamos a acumular arena para las labores del día, transportándola desde kilómetro y medio en las dos carretillas. Desde las ocho hasta que oscurecía, todos permanecíamos en nuestros respectivos puntos de trabajo, convertido el Director en ayudante del albañil Velasco.

Bien sé que tal relato hará sonreír a más de uno. ¡Pero comprendase la tremenda indignencia con que estábamos empezando la obra! No había más remedio que trabajar así.

Los indios, que al principio me miraban con recelo, empezaron a cobrar confianza poco a poco. Cuando vieron que el profesor convivía con ellos, que se alimentaba de sus propios alimentos, que comía en una chúa (plato de barro), que dormía en un poyo cubierto con un jergón indígena, que, en suma, era uno de ellos, fueron cediendo con esa cautela que les es propia ante el temor de ser nuevamente engañados. Primero asomó uno, luego diez, y finalmente cien, doscientos y trescientos. Siñani había realizado la más eficaz propaganda, de casa en casa, para avisar a los indios que “el profesor no era como los otros” y que había razones para confiar en él, porque trabajaba como un indio, prenda de su honrado propósito. De esa manera, los cimientos avanzaron rápidamente. Como siempre, Siñani era el primero en acudir, a las cinco de la mañana, para extraer bloques de piedra y trasladarlos del cerro con sus dos burritos; triunfaba así la constancia o terquedad del Director, cuyo esfuerzo tesonero no parecía en vano.

A medida que avanzaba la construcción se les presentaron problemas tales como la adquisición de cemento, madera, tanto para el techado del edificio como para la fabricación de muebles, puertas y ventanas; ya se habían instalado los talleres, no tenían herramientas, hasta el momento, el gobierno no había dado un centavo... Elizardo debía solucionar el problema, dejó el trabajo a cargo de Avelino y de Mariano Ramos, se trasladó a La Paz con el propósito de volver con los materiales... Luego de un largo peregrinaje, durante el cual todas las puertas se cerraban...

... fui a dar por casualidad a un gran depósito donde había todos los materiales y herramientas que con tanta urgencia necesitaba, los precios eran sumamente bajos... Fui atendido por un ingenuo español, al que le brillaron los ojos sin poder disimular su satisfacción al examinar mi pedido... aceptando hacer la entrega inmediata de todo. Pero aquí se presentó otra gravísima dificultad: no tenía ningún vehículo para trasladar el cargamento, el cual debía ser retirado en el acto, so pena de que el vendedor se diera cuenta de que, además de la tradicional insolvencia estatal, en este caso la adquisición no tenía respaldo alguno

si la escuela de Warisata ni siquiera figuraba en el presupuesto... para el transporte, me salvó un hermano mío, Arturo Pérez... fue él quien me proporcionó, por cierto gratuitamente, dos camiones con los que pude recoger todo el material. La llegada de tanto material de construcción fue un acontecimiento extraordinario en la comunidad y contribuyó a levantar definitivamente el espíritu de los indios y a ganar su confianza de una vez por todas. Hasta los indecisos se plegaron entusiastamente a nuestra causa.

Tal cosa sucedía el 20 de septiembre de 1931. En cincuenta días habíamos ganado dos grandes batallas en la guerra implacable que iniciábamos contra la ignorancia y el feudo. La primera fue lograda, más que por la persuasión, por la fe y la perseverancia, por el ejemplo personal, por el trabajo rudo, por el esfuerzo cotidiano, por el amor a una causa. Así ganamos el espíritu del indio y lo incorporamos a la tarea de su propia redención... he de confesar que algunos medios no fueron del todo legales, pero nunca como ahora, el fin justificaba los medios: se trataba, nada menos, que de levantar a un pueblo de su postración para conducirlo a la libertad y al progreso...

Nuestra audacia llegó al punto de que, al carecer de nuestras propias tierras, cavamos los cimientos en una propiedad particular; dispuestos a arrostrar todas las consecuencias; nos ubicamos sin más ni más, de pura prepotencia, en el lugar de la obra, y del mismo modo tomamos el terreno necesario, abrimos los cimientos, derribamos muros y principiamos a construir haciendo uso de los materiales del lugar... Las amenazas se cumplieron prontamente... concluyendo por iniciarse en mi contra varios juicios criminales. Mi táctica defensiva consistía en acelerar la obra. Una vez levantada, les decía a los indios, ya nadie podría destruirla.

Han pasado ya más de siete décadas, el frontis de la Taika ya empieza a caer en pedazos, las tumbas de Elizardo y Avelino están vacías... fueron profanadas... Siete décadas durante las cuales se ignoró conscientemente esa epopeya ¡Cuántos miles y miles se han destinado a reforma tras reforma! ¿Cuáles los resultados? Hay cientos de escritos sobre el tema ¡ah! pero no nos olvidemos, desde 2006 existe una nueva ley, cuyo nombre cambió de acuerdo a las necesidades demagógicas del momento; primero fue “Ley Elizardo Pérez para la Educación y la Cultura, luego “Ley Elizardo Pérez y

Avelino Siñani”, finalmente “Ley Avelino Siñani y Elizardo Pérez”. No hace mucho tiempo una docente de la Universidad Pública de el Alto (UPEA) me comentaba que los alumnos no saben nada acerca de Avelino Siñani, qué triste que nadie sepa quién fue “ese preclaro varón de la estirpe aymara” tal como lo calificó Elizardo Pérez. Más triste aún que la Ley lleve los nombres de tan insignes personajes, ya que su contenido muestra que quienes la redactaron no tenían idea de los fundamentos de La Escuela Ayllu. A pesar de todo esto, nadie pudo destruir su espíritu, ni las semillas que germinaron no sólo en Bolivia, sino también en otros países de América y aún Europa. Simplemente como un ejemplo, hace poco recibí una tesis de una persona oriunda de la Nación Vasca, quien, como alumna de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, presentó su tesis para obtener el título de Maestría, se trata de un estudio comparativo entre la escuela Ayllu de Warisata y la escuela rural de México de la década del 30; ahora trabaja en su tesis de doctorado, sobre el mismo tema, pero analizando los resultados de tales experiencias en el siglo XXI. Ese es sólo un ejemplo muy reciente, a lo largo de los últimos 20 años he recibido tesis sobre el tema de alumnos de la UMSA, como de universidades de Estados Unidos y Alemania. También hay ejemplos significativos de escuelas bolivianas que adoptaron los fundamentos de la Escuela Ayllu, como ejemplo una escuela en Yotala, Chuquisaca, otra en Achocalla, La Paz; hace muchos años, la escuela de Fe y Alegría; Las Escuelas de Cristo, a cargo de Gabriel Landini, quien introdujo algunos principios de la Escuela Ayllu, en fin, repito: a pesar de todo esto, nadie pudo destruir su espíritu, ni las semillas que germinaron, no sólo en Bolivia, sino también en otros países de América y aún Europa.

Primeros resultados

No fue fácil... fueron muchos años de hostilidad, agravios y maltratos que crearon ese espíritu huraño hacia quienes ellos no consideraban de los suyos. No era suficiente hablarles en su propia

lengua, tampoco abrirles el espíritu de solidaridad, era necesario convertirse en uno de ellos, comprender profundamente su causa y hacerla propia, era, al igual que ellos, defenderse de la hostilidad de quienes ostentaban el poder, de quienes los consideraban esclavos, ya fuera por intereses económicos u otros, quienes simplemente mostraban su superioridad, a través del látigo o la cárcel.

Una vez logrado lo primero fue necesario comenzar la construcción que permitiera acelerar la obra, mostrar el espíritu indomable del indio para la realización de grandes empresas.

El indio aprendió así el uso de la plomada, del nivel, del metro, la escuadra, la regla y la lienza; se enteró de la manera de preparar el cemento, el barro para los adobes y para los ladrillos; adquirió nociones de arquitectura y construcción, y en fin, se plasmó en su espíritu un nuevo concepto acerca de lo que es y debe ser una vivienda... El educador del indio, si es sincero, no puede eludir el planteamiento de este problema; sólo que nosotros queríamos valernos de instrumentos de combate algo distintos a los que utiliza la demagogia política: nuestros medios eran el esfuerzo y el trabajo...

No todo era la construcción, era también evaluar el trabajo y proyectarse hacia el futuro. Elizardo les hablaba acerca de la importancia de su función económica y social, de la importancia de la participación de la comunidad, del aporte de los padres de familia. Les hablaba de la importancia que ellos tenían en el futuro de la patria. Así, poco a poco, fue abriéndoles la conciencia de que ellos eran parte fundamental de la patria, que allende sus montañas, existían otros pueblos que miraban, con admiración y respeto la obra que realizaban y que ya trascendía más allá de los confines patrios. Esas reuniones vespertinas fueron el inicio de lo que se llamó el Consejo de Amautas. En esas reuniones se trataba acerca de todos los aspectos que hacían a la construcción de La Escuela Ayllu; es así que se vio la necesidad de la creación de comisiones que se encargaran de cada uno de los aspectos que surgían de la vida que ellos habían elegido, sin presiones, simplemente por el despertar de sus conciencias.

El Consejo de Amautas empezó a germinar con espontáneo fluir, para convertirse en el ORGANUM de la escuela, el motor que dimanaría fuerza

y orientaría actividades. Las reuniones se sistematizaron, se sujetaron a un orden impuesto por el propio indio. En ellas se planeaba el trabajo, se nombraba comisiones; se empezó a pasar lista de los concurrentes; se establecían turnos para la elaboración de adobes u otros trabajos, y en fin, se organizó toda una maquinaria productiva que funcionaba sin la menor falla...

La oscuridad y estrechez en la que hasta entonces habían vivido, se convertía en anchos y claros horizontes donde el nombre de su tierra, Bolivia, empezaba a cobrar sentido y realidad. El indio se integraba a la nacionalidad por un proceso natural, revitalizando lo que antes habían sido las naciones kolla e inkaica, que dormían en sus viejas tradiciones sin que ninguna violencia hubiera podido destruir sus raíces.

Nuestras reuniones vespertinas, etapa embrionaria de los grandes consejos de administración y de los Parlamentos Amautas, tenían un contenido político; en ellas se discutían nuestros puntos de vista en lo educacional, agrario, gubernamental, económico, etc., dándose aprobación, por mayoría de votos, a las diferentes iniciativas presentadas, las cuales pasaban a constituirse en leyes de la escuela. Así la colectividad quedó definitivamente incorporada a la vida escolar.

Los llokallas no estaban ausentes de toda esta actividad... participaban en los talleres y el maestro de taller alternaba la enseñanza de su oficio con el silabario. Era la escuela activa... llena de luz, de sol, de oxígeno y de viento, bulliciosa y creativa.

El Carnaval en Warisata

Elizardo no fue a Warisata a destruir, sino a respetar, a indagar sobre sus costumbres seculares, así como sus vicios. Eso ocurrió, por ejemplo, con el carnaval.

Warisata se distinguía por su seriedad y moderación, poco dado al matiz epicúreo de las cosas. Días de extraordinario bullicio, pero que a los fines de documentación de este libro, no interesarían realmente si no fuera porque, en su transcurso, no se vertió una sola gota de alcohol y nadie se embriagó. El "ego" indígena que busca saciar su insatisfacción social en la borrachera, mejor cuanto más brutal, ahora sublimaba sus

finalidades en la imagen ya visible de la escuela, realidad que venía a ser una especie de catarsis con la que purificaba su espíritu. Después de los bailes, al atardecer, los alegres grupos se iban perdiendo en la pampa, y de lejos todavía las tarkas y los pinkillos nos traían al recinto un poco conventual de Warisata la emoción pastoril del ayllu.

Actividad múltiple

Los problemas y las dificultades, con frecuencia, superaban a los paisajes idílicos, a medida que crecíamos, nos veíamos enfrentados a nuevos retos. Recuerdo la angustia de sentirme impotente ante los juicios criminales y administrativos que, por momentos, sentía que me rebasaban, pero no podía rendirme, no podía traicionar a quienes habían puesto la fe en mí. Tuve que armarme de una fuerza indómita para seguir adelante con la dirección de la escuela que implicaba dirigir las construcciones, controlar el trabajo en talleres, vigilar los cultivos, disponer la extracción de materiales de construcción, elaboración de adobes y ladrillos, cuidar de los transportes; mantener las reuniones vespertinas para mantener el espíritu en alto; la solución de problemas, muchas veces sobrepasaba mis propios conocimientos o experiencias ya que jamás en mi vida había levantado un muro de piedras o hecho una construcción. Mis viajes a La Paz eran frecuentes para pedir información a algún amigo ingeniero o entrometerme en algunas construcciones para descubrir sus secretos. ¡Ah, qué tiempos aquellos!

Tanto esfuerzo y tenacidad logró que, a fines de 1931, llegara el momento de techar el primer pabellón a fines de diciembre de 1931.

Además de resolver todos esos problemas, Elizardo tuvo que enfrentar la actitud de las reparticiones fiscales, quienes hacían oídos sordos a sus necesidades, además de todas las peripecias que pasaban por las lluvias que hacían estragos dificultando sobremanera el traslado de material...el viaje lo hacían en días, sufriendo por el helado frío del altiplano y hasta el hambre.

Así sucedió con el estuco, pero luego de búsquedas e investigaciones hallaron una veta a veinte kilómetros de distancia, detrás de la cordillera; otro reto que tuvieron que enfrentar: ignorancia

sobre el tratamiento del material, incertidumbres, esfuerzos, hasta que pensaron en la construcción de un horno, nuevas tentativas, fracasos, pero finalmente lo lograron, ahora podían continuar con la construcción. Lo mismo sucedió con las tejas y los ladrillos.

... Escenas como la referida se multiplicaron en la pampa. El hombre warisateño revelaba, en ese simple hecho, su temple contra la adversidad, sobre la que se imponía a fuerza de paciente esfuerzo.

Mirando hacia los valles sorateños

Nuestra existencia de madera se había agotado, faltando para concluir el armado de la techumbre... fue el Parlamento Amauta –nombre del Consejo– el que consideró tal asunto, resolviendo que una comisión de cuatro de sus miembros, encabezada por el Director, se constituyera en Sorata, el maravilloso valle que se halla al otro lado de la cordillera, para estudiar y resolver el problema.

En Sorata encontramos precisamente la madera que nos hacía falta, y a precios muy convenientes. Observamos asimismo que los grandes bosques de eucaliptos allí existentes podían dar lugar a la instalación de un aserradero para abastecer nuestras necesidades presentes y futuras. Al propio tiempo, estudiamos la posibilidad de irradiar al valle nuestra acción en lo educacional, pues existían extensas comunidades de población densa y no sometida a la servidumbre, siendo la tierra de gran fertilidad y muy superior a la de Warisata. Estábamos en una región que ofrecía magníficas posibilidades de progreso.

A nuestro retorno a Warisata relatamos al Parlamento lo que habíamos visto y oído. Presto se resolvió lo que había que hacer: era necesario establecer un vínculo con las comunidades de Sorata para una solidaria acción en el futuro. Sería necesario llevar escuelas, que dependerían de Warisata, y cuando los recursos lo permitieran. Así, por proceso natural, empezaba a crearse el sistema nuclear de tan fecundos resultados en el campo. En cuanto a la madera, resolvimos comprar la que habíamos elegido en Sorata, y además nos propusimos instalar el aserradero para asegurar una política constructiva de gran alcance, que iba a rebasar el recinto de la escuela para invadir el mismo hogar indígena.

Los retos los asechaban por doquier. Es importante enfatizar el hecho de que Elizardo no tenía un proyecto. Él tenía un objetivo claro, expresado en la conversación con Bailón Mercado. Era su conocimiento de la realidad que le daría los instrumentos para lograr su meta. pero eso no era suficiente, fue su pasión, su visión de futuro, su carisma. Elizardo no era de muchas palabras, era su mirada intensa y profunda que expresaba su amor por lo que hacía y, por sobre todo, su capacidad de ser uno más entre aquellos con quienes compartía un objetivo de redención, es así, como él mismo lo dijo: *por proceso natural, empezaba a crearse el sistema nuclear*, es así como la Escuela Ayllu llegó más allá de los confines patrios, Elizardo hablará sobre eso más adelante.

En una ocasión, cuando me ocupaba de trabajos muy delicados y urgentes, recibí un telegrama del Ministro Mercado dándome orden de suspender la obra. No era el caso detenernos en medio camino, y al instante me embarqué en un camión que pasaba a La Paz. Sin tardanza me presenté ante el Ministro, manifestándole mi voluntad de continuar la obra aún contrariando las determinaciones gubernamentales. ¿Qué tono habría puesto en mis palabras? El caso es que el Ministro, con esa rápida y certera visión que hacía de él, sin hipérbole, un verdadero gran hombre, se levantó vivamente y mostrándome un rimerero de expedientes que se amontonaban en una mesita junto a su escritorio, me dijo:

– *Vea todo lo que viene contra usted, Pérez; ¡ya no puedo más!*

Aquellos papeles eran docenas de juicios de toda clase que en su respectiva instancia habían ido al Ministerio, denunciándoseme por toda suerte de tropelías. Pero a continuación, Mercado me dijo, con el mismo énfasis con que hacía tiempo me había enviado a fundar Warisata:

– *Pero su actitud me gusta, Pérez; así deben ser los hombres; vaya usted y continúe su obra en Warisata.*

Con otro hombre que Bailón Mercado, la escuela hubiera muerto exactamente al mes de nacer; pero él supo poner atajo al diluvio de calumnias y denuestos, con plena fe en nuestra obra; actitud que el país debe reconocer, ciertamente, pues así como en estas páginas he de fustigar a mucha gente, también he de honrar al que supo comprendernos y estimularnos, sobreponiéndose a la montaña de los intereses creados.

A principios de 1932, finalmente, la escuela figuraba en el Presupuesto de la Nación, lo primero fue reclutar maestros. Elizardo decidió prescindir de los normalistas, consideraba que no tenían aptitudes para la lucha en el campo, su espíritu y sus metas no eran las adecuadas para esa vida ruda ; es así que buscó jóvenes familiarizados con la vida del campo, dispuestos al régimen del esfuerzo y del trabajo. La Escuela Ayllu iba más allá del aula, era importante la labor social, la solución de problemas, la creatividad, la destreza, para superar todas las carencias que la vida les imponía, además de la hostilidad de los políticos y de la Sociedad Rural que sólo velaban por sus intereses.

Rumbos señalados por las experiencias de 1931

Nuestras necesidades se hacían siempre mayores. Si bien el Presupuesto fijaba una partida para el pago de sueldos a los tres maestros, en cambio no había fondos para ningún otro gasto, al extremo de que durante todo ese año apenas recibimos la suma de quinientos bolivianos con los que no se podía hacer ni siquiera un transporte de materiales de La Paz. Eso no quiere decir que hubiéramos descuidado nuestros reclamos, todo lo contrario, sólo que en la Dirección General de Educación Indígenal estaba un normalista, de lo más distinguido por cierto, pero que al parecer vivía ajeno en absoluto a nuestras cotidianas peripecias; resultando así que jamás nuestros reclamos tuvieron éxito.

El Parlamento tenía el papel principal, como que era la dínamo que irradiaba energía a raudales. A su magnífica disposición para el trabajo, se unía no poco desinterés, como lo prueba el hecho de haber cedido los amautas, gratuitamente, las tierras que necesitaba nuestro programa agrícola. Como de costumbre, el primero que entregó su parcela fue Avelino Siñani. Con esos terrenos iniciamos nuestras grandes experiencias agrícolas, continuadas después en escala nacional, las que, de haber seguido, hubieran permitido el autoabastecimiento de todos los núcleos campesinos del país.

La administración de justicia

En Warisata, se eliminó el pongueaje, servicio personal al subprefecto, al cura y al corregidor. Fue entonces que las querellas familiares de la comunidad comenzaron a dirigirse a Elizardo, en lugar de al tinterillo de Achacachi, quien se hacía dueño de los bienes del solicitante, a cambio de sus “servicios” que podían durar años, hasta dejarlo sin nada; así fue que la escuela tomó a su cargo esa función social. Además de las ya existentes, se creó otra comisión, la de justicia, dependiente del Consejo de Amautas, para atender estos asuntos; los miembros de la comisión supieron cumplir su responsabilidad con justicia y tacto, lo que mostraba otro aspecto de la personalidad del indio. Integraban la comisión los individuos más venerables de la comunidad o los que habían prestado servicios importantes. Su primer presidente fue Avelino Siñani, en reconocimiento a su absoluta rectitud.

Fue muy importante el valor que se daba a los ancianos, ellos cumplían un papel significativo a través del Parlamento de Amautas, constituido, como se dijo antes, por los ancianos, quienes eran los responsables de la eficiencia de cada comisión. Ellos eran el ORGANUM de la escuela.

Desde hace ya varias décadas que se elige a gente joven para cargos de alto nivel. La vida pasa a una velocidad inmensurable, la tecnología nos deja atrás y, entonces, los viejos ¿qué? ¿Acaso ya no vale la experiencia de haber vivido cada instante con profundidad y haber aprendido mucho de esos instantes? Cada ciclo de vida es esencial para las personas, es así como se lo vio en La Escuela Ayllu, cada etapa de vida jugaba un papel fundamental en el acontecer cotidiano. El anciano disfruta del jugueteo de los niños, de sus risas y travesuras, el niño se siente protegido en los brazos del abuelo, la madre pide consejo a la suya, el joven busca sus objetivos de vida, cada uno lo encuentra en su momento, así la vida fluye armónicamente.

Los transportes, vialidad y comunicaciones

El transporte de este material, así como de otros implementos, requería imperiosamente de un camión de propiedad de la escuela. Impelido por esta necesidad hube de adquirir un viejo Chevrolet, con llantas casi inservibles, en la suma de Bs. 1.000.-. Pagué al contado cuatrocientos pesos, debiendo cancelar el saldo a plazos.

De acuerdo a la doctrina warisateña, el vehículo debía autoabastecerse atendiendo a todos sus gastos. Jamás debía hacer un viaje a La Paz, Sorata u otras regiones sin asegurar la carga tanto para la ida como para el retorno. En aquella llevaba carga de propiedad particular y pasajeros, y con la renta producida sufragaba sus gastos; a la vuelta traía todo lo que necesitábamos en la escuela, especialmente materiales de construcción. Además, debo decir que se nos despertó el espíritu de rapiña, pues empezamos a recoger cuanto material encontrábamos a la vera del camino: rieles, tubos de fierro, planchas y otras cosas, generalmente abandonadas por reparticiones estatales, entre éstas la Prefectura.

El servicio de transporte fue también reglamentado por el Consejo o Parlamento Amauta, fijándose las tarifas de carga y pasajeros.

Nos preocupamos asimismo de instalar el servicio de comunicaciones telefónicas y postales, ya que Warisata iba adquiriendo gran crecimiento. Para lo primero obtuvimos de la Dirección General respectiva el alambre, los aisladores y el aparato telefónico; en cuanto a los postes, nosotros los suministramos... Con un equipo de alumnos y la dirección de un maestro, en poco tiempo la instalación fue un hecho.

El comercio en Warisata

Los domingos era obligada la feria de Achacachi, a donde el indio llevaba sus productos, consistentes en papa, chuño, oca, quinua, cebada, huevos, queso, etc., para cambiarlos con azúcar, confites, coca, alcohol, kerosene y otros artículos. El negocio favorecía a los acaparadores del lugar, que daban lo que querían y tomaban lo que se les antojaba, debiendo el indio callar y aceptar el precio vil que se le proponía. Los acaparadores se llevaban grandes cargamentos a La Paz, donde los vendían a precios mil veces mayores.

Esta situación fue detenidamente estudiada a iniciativa de los mismos indios, buscando el Parlamento Amauta la forma de solucionarla. En tal sentido, se resolvió crear un mercado en la plaza de Warisata, los días jueves, y en condiciones de absoluta libertad. La cosa, llevada por vía de experimento, tuvo un éxito formidable, lo que, naturalmente, fue otro motivo para que lloviesen sobre nosotros los denuestos: mucha gente ya no tenía posibilidad de vivir a costa del indio. Por otra parte, nuestro mercado solucionaba el problema de tener que hacer cada semana el recorrido de 12 kilómetros hasta el pueblo para abastecernos o llevar algún producto.

Una visita de trascendencia

En el mes de mayo de 1932 tuvimos la visita del Vicepresidente, Tejada Sorzano, del Ministro de Educación Alfredo Otero y de otras personalidades. Ignoro por qué el Vicepresidente estaría de pésimo humor, pero bien pronto se le pasó al contemplar todo lo que era la escuela: la magnitud del edificio levantado por el esfuerzo de los indios, todo el mundo trabajando con entusiasmo contagioso, las pobres herramientas del taller refulgiendo con los resplandores de la fragua, gente en los muros poniendo adobes, otros trasladando madera. Los visitantes quedaron verdaderamente asombrados, y creo que fue Tejada Sorzano el que se percató más que nadie de lo que aquello significaba. En efecto, todo lo observó, todo lo indagó.

El caso es que Tejada Sorzano se convirtió en nuestro más decidido partidario. Ya hablaremos de otras disposiciones suyas, pero entretanto, diremos que apenas volvió a La Paz, dispuso que un ingeniero levantara el plano de las tierras que se debía expropiar para hacer efectivas las labores agropecuarias de la escuela, dictándose más tarde el respectivo Decreto Supremo.

Documento revelador de sus inquietudes es la siguiente carta que dirigió a la institución paceña denominada “Los Amigos de la Ciudad”. La transcribo en su integridad para que se sepa el interés que Tejada Sorzano puso en nuestra escuela. Ver ANEXO II

Sanidad y deportes

El aspecto sanitario e higiénico fue acometido también con gran decisión y entusiasmo. Iniciamos nuestra intensa campaña profiláctica en toda la comunidad. Equipos de alumnos entrenados para el efecto, con sus respectivos profesores, visitaban periódicamente las viviendas indígenas realizando en ellas una limpieza y desinfección generales. El jabón empezó a ser conocido y reclamado, y a pesar de la carencia de recursos, pudimos combatir algunos brotes epidémicos y repartir medicamentos. Nuestro botiquín resultaba siempre escaso para atender a la muchísima gente que requería servicios médicos y de farmacia. El Director y los profesores, a cualquier hora del día o de la noche, estaban siempre dispuestos a acudir a los llamados que se les hiciera.

Aparte del aseo diario, los sábados se iba al riachuelo en bulliciosa turba, alumnos y profesores. Construimos una represa bastante espaciosa para la práctica de la natación. Antes de la escuela, estas prácticas eran del todo desconocidas: el indio ignoraba las delicias del baño.

Los deportes, la educación física y la música completaron el conjunto de actividades de esta naturaleza.

Transcribo el primer párrafo escrito por don Tomás Guillermo Elío,² con motivo del fallecimiento de Elizardo. Fue publicado en el periódico Presencia en septiembre de 1980

“No solamente fue profesor pionero de la educación indígenal; fue un constructor de hombres. Lo recuerdo prístinamente. Me enseñó las primeras letras y cuando me manchaba los dedos con tinta, con rigor me enseñó a lavarme las manos con escobilla y jabón. Así era él prolijo, comenzaba las cosas por el principio. Rubio de cabellos ondulados, ojos verdes, mirada firme, denotaba decisión, voluntad, carácter; aunque podía ser cariñoso con sus alumnos”.

2 Tomás Guillermo Elío fue abogado, diplomático, escritor; jugó un papel importante en la paz de la Guerra del Chaco.

La Dirección General de Educación Indígenal

Mientras en Warisata no había descanso y las tareas se multiplicaban a medida que se presentaban los problemas, crecían las inquietudes, se planteaban soluciones, se luchaba en contra de las carencias, así como la difícil tarea de difundir el pensamiento más allá de los límites de la escuela y de los Andes, la burocracia gubernamental sólo se movía para hacer sentir su autoridad, tratando de destruir el espíritu creativo y libertario de La Escuela Ayllu. Más interés había en el formalismo inoperante que en la capacidad analítica, en la creación artística, en el fortalecimiento del espíritu, en el conocimiento de su propia cultura y de la de los demás grupos que constituyen nuestra Nación llamada Bolivia.

Sólo se trataba de frenar el éxito ya reconocido por nacionales y extranjeros. Como ejemplo, se citan algunos párrafos del libro del profesor mexicano Adolfo Velasco titulado “La Escuela Indígenal de Warisata” quien, en 1939, visitó Warisata con un grupo de maestros, cuyo libro fue presentado ante el Primer Congreso Indigenista Interamericano, reunido en Pátzcuaro - México, en 1940. *Ver ANEXO III.*

Parece mentira que, mientras en Warisata se desplegaba una actividad, calificada por el mexicano Velasco de “prodigiosa”, lo que no era sino la pura verdad, su organismo superior que era la Dirección General vegetaba sin mover un dedo para ayudarnos, y convirtiéndose más bien en un freno para el éxito de nuestras gestiones.

Pues bien, la Dirección General, estación burocrática de espíritu contemplativo y nada afecta a moverse, así se cayera el cielo, hallaba modo de hacernos sentir su autoridad, si no en lo técnico, si no en investigaciones sociales que nos hubieran servido mucho, si no con estadísticas, si no, en fin, buscando el apoyo de la colectividad, al menos, ignorándonos por completo cuando se trataba de elaborar el presupuesto de educación indígenal; para aquella oficina, Warisata no existía y no había por qué dilapidar fondos en una obra inexistente.

“¡Qué de penalidades sin cuento! ¡Cuántos desvelos y peripecias! Y por otra parte, ¡cuántas agresiones del gamonalismo, cuántos incidentes y entredichos contra la escuela y los campesinos! Y para defender todo esto,

teníamos que centuplicarnos sacando fuerzas de flaqueza y recursos de la nada. En tanto, la Dirección General dormía el sueño de los justos... Sea admitida mi protesta porque ahora veo cuánto más pudo avanzar nuestra obra, o cuánto más pudo ser defendida, si hubiéramos contado con una personalidad capaz de conducirnos en aquella difícil época.

La industria warisateña

También se estimuló la industria familiar indígena con la implantación de talleres en la escuela, muy a pesar de los pedagogos intelectuales quienes consideraban que la escuela debía ser meramente alfabetizadora. Se formaron talleres de carpintería, telas y alfombras, las de tejidos, sombrerería, talabartería, mecánica, etc., salidos de las aulas de la escuela. El resultado fue un interesante movimiento económico, a cargo de la comisión respectiva. Hasta ahora, se encuentran las alfombras warisateñas, resultado de los talleres que se iniciaron en la Escuela Ayllu.

Otro ejemplo de la manera en que la escuela trascendía a la comunidad, más que un proyecto pedagógico era una acción económico social. La escuela se proyectaba a través de acciones que redundarían en la vida de la comunidad, no dejaba de lado ningún aspecto de la vida misma. Es así como se fue constituyendo en un imán y a la vez en un faro.

La casa de todos los hombres

Warisata había transformado al paisaje, en cuya fisonomía gris detonaba el muro blanco mate y el techo de teja de su edificio. En los jardines, florecían amapolas y kantutas, pensamientos y siemprevivas; las margaritas y rosales flanqueaban las avenidas, los arbolillos ya se mostraban desafiando airoosamente a los vientos; en la pampa florecía el nuevo espíritu de los indios... Warisata ya no era el yermo inclemente de antaño. Era un hogar donde se refugiaban cuerpo y espíritu. Había sido el producto del esfuerzo colectivo de todos. A estas gentes que carecían de toda esperanza

y cuya vida no tenía más objeto que vegetar; la escuela debía parecerles algo así como una deidad que los amparaba señalándoles radiantes auroras. La escuela era el producto de sus manos, pero la miraban con la unción con que se contempla a la vieja madre, a la Taika de todos los tiempos. Sin duda, había algo de primitivismo en todo esto: crear algo, y luego atribuir a la cosa creada la propia existencia de uno... Pero en verdad, Warisata se había levantado y flotaba en su ambiente un bálito de vida con el cual cobraba sentido cualquier cosa que emprendiéramos o proyectáramos; había creación, modelación de voluntades y vidas, y todo en el gran conjunto social, en la manifestada solidaridad de las gentes y de las comunidades. Era TAKKE JAKKEN UTAPA, la casa o el hogar de todas las gentes, frase que en aymara ofrece ricas sugerencias imposibles de ser traducidas; pero era asimismo WARISATT WAWAN CHCHAMAPA, o sea, el esfuerzo de los hijos de Warisata ofrecido a la redención del hombre. Ambas frases, en bellos caracteres, fueron inscritas más tarde por el artista Mario Alejandro Illanes, en la portada principal del edificio... Pero era además TAKKE JAKKEN UTAPA como la casa de los desheredados, de los pobres, de los explotados, símbolo vivo de lucha por la justicia y por la libertad, emblema de todas las antiguas rebeldías del indio, jamás extinguidas. Por eso su trascendente fama en lo más alejado de los aledaños patrios y aún extranjeros: a ella acudían los indios de Oruro, Cochabamba, Chuquisaca y Potosí; los campesinos de Tarija, Santa Cruz y el Beni, los bárbaros de la pampa y de la floresta..."

Aquí, me permito hacer un paréntesis para resaltar la figura de quien acompañó a Elizardo en sus luchas por sus ideales, hasta el último de sus días. Según Notas para la Segunda Edición, publicada por CERES,³ al hablar de Jael Oropeza, su esposa, dice: *"Admirable mujer, que pudo figurar con brillo propio en la literatura boliviana, pero que prefirió acompañar a Elizardo Pérez en su azarosa existencia, con ejemplar abnegación y constancia"*.

Nadie supo expresar mejor que ella, con motivo de la repatriación de los restos de su esposo, el espíritu que lo guió en la vida.

3 HISBOL/CERES. Talleres gráficos HISBOL, La Paz, Bolivia. Notas para la segunda Edición, pág. 15.

“Elizardo Pérez tenía la virtud angelical del santo, pero al mismo tiempo el heroísmo del líder; la disposición enérgica de los que supieron iniciar gestas de libertad humana. Ese hombre dulce y animoso, tierno pero indomable ante el infortunio y la lucha, con alma de acero y corazón de diamante, apreció con la claridad del iluminado las excelsas cualidades de la raza para la conquista de su ser nacional. Al decir de un poeta español:

“¿Murió?...sólo sabemos que se nos fue por una senda clara, diciéndonos: Hacedme un duelo de labores y esperanzas, sed buenos y no más, sed lo que he sido entre vosotros: alma”.

Ahora, año 2015, el alma de Elizardo contempla con infinito dolor a su amada escuela, declarada Monumento Nacional... para convertirse en Museo Pedagógico. Cuando fui a visitar el “Museo” encontré la cama de Avelino, una silla de metal plegable, fabricada otrora en la Escuela Ayllu y unas cuantas herramientas de aquel tiempo; poco después, volví y ya no había nada, un silencio fantasmal cundía atravesando los muros, en ellos sólo afiches de publicidad del gobierno... su frontis cae hecho ruinas, los bellísimos murales de Mario Alejandro Illanes han perdido su colorido y se van desvaneciendo, dejando atrás esa fuerza indómita de quienes forjaron la escuela; en el patio ya no florecen ni margaritas, ni amapolas ni Kantutas que otrora acompañaron las risas de los niños y el ajetreo de quienes fueron parte de la Escuela Ayllu y, lo más doloroso es la indiferencia de quienes tienen la capacidad de resucitar la escuela del esfuerzo y del trabajo. Vanos han sido los esfuerzos, durante poco más de 7 décadas, de unos pocos que supieron del valor de esa “gesta libertaria” y que levantaron la voz para defender esos pilares de cemento y ladrillo, de alma y de esfuerzo. Ya, en otro entorno, la magnífica muestra fotográfica, obra de don Carlos Salazar (QEPD), yace en un depósito de la Vice Presidencia y, en Warisata, las tumbas de Elizardo y Avelino, ahora vacías por manos criminales, añoran las flores que dejaban los caminantes al pasar.

Volviendo al relato de Elizardo, en medio de tales avatares, el arte cundía por doquier.

La lírica en Warisata

Conocí a Gamaliel Churata, el gran poeta de “EL PEZ DE ORO”, ágil y brillante periodista que tanto hizo por la cultura de Bolivia. Churata, pensador, hombre de talento superior y alma generosa, vibró como nadie ante la realidad de aquel despertar indio que tan acorde se mostraba con el espíritu de su propia obra literaria y de sus ideales de justicia. Se entregó a la causa con absoluta determinación y desinterés y luchó por Warisata desde todas las trincheras, haciendo de su pluma roncal con el que fustigó a no pocos enemigos nuestros. Y, además, le debemos mucho en el aspecto teórico, con los aportes de su oceánica cultura inkaista a las concepciones que desarrollábamos en Warisata.

A Churata le debieron parecer mágicas las canciones warisateñas, entonadas por nuestros niños indios; y fue el primero que comprendió la maravilla de los versos de don Antonio González Bravo en el idioma vernáculo. En la “Nota de Redacción” que puso al pie de la crónica de Francisco Villarejos, escribía lo siguiente:

“La experiencia educacional de Warisata tiene en Antonio González Bravo, noble, rectilíneo y elevado espíritu, al animador insustituible de la conciencia artística de la raza. Los poemas que ahora insertamos, lo comprueban. Por lo demás, la realización del nuevo poema aymara tal como lo siente y concibe González, abre una perspectiva ilimitada al poema heroico, didascálico y epopéyico en el cual, algún día cantará el poeta indio la grandeza mosaica de la tierra americana”.

Antonio González Bravo había sido nombrado profesor de arte musical con una de las nuevas partidas del presupuesto. Fue una de nuestras grandes adquisiciones y su estancia en Warisata le permitió captar la lírica de la región en canciones de la más alta categoría estética. No haremos su panegírico, pues no hace falta en tan eminente boliviano: Warisata encontró en él a su auténtico intérprete en el campo musical, como después lo encontró, en la plástica, con Mario Alejandro Illanes. He aquí una de sus canciones:

Jaipu ururi warawara

Jaippu ururi warawara,
kkoma jhankko llipfipiri
alajhpachansa, ajayunsa
kollke canana wiuri.

Uru irnak pfokasqui ucajha,
jumau jacañ samaraita,
chchiar purquiri aumarusa,
jhankkomampiu koñachaita.
 ;Wali kkajiri alajhpacharu;
 suma khaniri chuima mankharu!

Aca jiska jacañanghan,
takewa jankka tucusi,
khanamasti wiñayawa,
jaippunacana warsusi.

Jumaru uñtántam ucajha,
chuimán wali khanau manti,
makhán kotaru uñtatasti,
yakha aljhpachjamau kkanti.
 ;Wali kkajairi alajhpacharu;
 suma khaniri chuima mankharu!

Jaippu ururi warawara,
achachil cusisiyiri,
wali cauq chchamacpachata,
jhankko nina nactayiri.

Ucjamaraquí khepatjha,
 yakha jhakenacataqui,
 llamppu kollke willirchita,
 jacañ sumachañataqui.
 ¡Wali kkajiiri alajhpacharu;
 suma khaniri chuima mankharu!

Cuya traducción es:

Al lucero de la tarde

Clara estrella de la tarde
 limpia y blanca resplandeces
 en el cielo y en nuestra alma
 brilladora de la luz de plata.

Cuando se han llenado los
 Trabajos del día, tú haces
 Descansar la existencia y a
 La negra noche que llega
 Con tu blancura la haces
 Suavizar.

¡Resplandeces
 Intensamente en el infinito
 brilladora hermosa
 dentro del corazón!
 En esta vida pequeña
 todo luego se acaba
 pero tu claridad eternamente
 en las tardes se vacía.

Cuando a ti te miramos
en el corazón mucha luz penetra
y adentro como en el lago
otro firmamento refulge.
¡Resplandeces intensamente!

Clara estrella de la tarde
alegría de los abuelos
desde los tiempos más remotos
enciendes tu fuego blanco.

Así también después
para otras gentes
derramarás el polvo de plata
para embellecer la vida
¡Resplandeces intensamente!



Educación por arte. El indio de aquella época mantenía con relativa facilidad la pureza de sus artes. Será posterior la invasión de los usos llevados por un comercio que ha deformado el folklore hasta hacerlo irreconocible. La acción negativa de la escuela rural tiene mucho que ver con esto. Aquí vemos al indio de Warisata con sus “quenás” tradicionales (1939).

Los conocedores del idioma aymara apreciarán la extraordinaria belleza de estos versos y su profundísima ternura. Lamento no disponer de la música que los acompañaba, y con la cual la canción flotaba dulcemente en la pampa warisateña. Semejantes son muchas otras obras de González Bravo, expresión viva de la tierra y del indio americano.

El relato de Elizardo, a veces nos sume en la desesperanza y súbitamente se siente la dulzura de los cánticos, se imaginan las pinceladas de un artista o el esfuerzo titánico de quienes construyeron la “taika”. El relato va y viene, ahora se abre otro telón.

Efectos de una crónica

“Algo que deben conocer los bolivianos”, así titulaba una crónica publicada por la revista “La Semana Gráfica” en su edición del 6 de agosto de 1933. En su ágil comentario, relataban la génesis de Warisata y las vicisitudes que pasamos, y además, se referían, con mucha bondad por cierto, al profesor Elizardo Pérez, haciendo un poco su biografía. Lamento no transcribir ese vivísimo reportaje por razones de espacio; pero diré que la crónica refería cómo yo había sido discípulo, quizá poco aprovechado, del pedagogo belga Georges Rouma, cuando éste fundó la Escuela Normal de Sucre el año 1909; que más tarde, ya en la vida profesional, había dejado la “carcasa” de estudiante travieso e indolente para volcarme por entero en mi vocación de educador, con la cual, no obstante, sólo había encontrado amarguras y desilusiones. Valgan estas líneas para completar mi autobiografía, que andaba un poco deshilvanada.

La referida revista, que había hecho una magnífica edición con muchísima información gráfica, relataba luego todos los trabajos que pasamos y todo lo que proyectábamos para el futuro. Esa crónica tuvo vasta trascendencia y, fuera del aliento que significó para nosotros al ver que nuestra obra era comprendida y divulgada, sirvió para que la opinión pública nos observase más detenidamente formándose una idea más cabal acerca de Warisata.

Los ataques continuaban de todas partes, era importante actuar...

El artículo de “LA SEMANA GRÁFICA” tuvo, como hemos dicho, una enorme resonancia, y cuán grande sería su efecto, que hasta la Dirección General de Educación Indígenal se resolvió a ver qué es lo que pasaba en Warisata, pues que hasta entonces lo ignoraba por completo. Para ello, nos envió una nota pidiendo los planes y programas que habíamos elaborado, junto a un cuestionario de circunstancias.

Como era la ocasión para poner los puntos sobre las íes, respondimos con un extenso oficio, del que voy a transcribir las partes principales porque por primera vez pusimos por escrito todo lo que habíamos hecho y las concepciones teóricas que veníamos elaborando:

Como el Director General nos había informado de su deseo de dictar algunas normas, le decía:

(Le reitero) “la insinuación que le hice... en sentido de que tuviera usted a bien hacer una visita a la escuela, por un tiempo no menor de dos días, a fin de captar su modalidad, orientación, resultados, necesidades, deficiencias, etc., que le permitirían prácticamente y con mayor conocimiento de causa, dictar las normas generales a las cuales me dice usted debe sujetarse en lo sucesivo el establecimiento...”. “Por mucho esfuerzo dialéctico que haga en mi afán de mostrarle la realidad de la vida escolar en Warisata, en todos sus aspectos, jamás podré llevarle una impresión exacta de ella, cual es mi deseo. Entonces, las nuevas normas que han de ser dictadas por la Dirección General, acaso pudieran estar en divorcio con las necesidades que impone el medio físico y social”.

Esas pretendidas “normas” no podían ser sino las que regían en las mal traídas escuelas normales rurales. De ahí nuestra observación, dura si cabe, pero perfectamente justa: “Me temo que señalar normas en los actuales momentos acaso sería un poco prematuro, si no hemos arrancado todavía conclusiones que las reglen. Hay más: corremos el riesgo de sentar ciertos principios reñidos con la ética o la psicología indígenas, cual ha ocurrido ya”. “Le ruego no tomar como definitiva la organización de la escuela... Todo un proceso educativo nos hará conocer las rectificaciones que sea necesario introducir para el desarrollo del plan cuya concepción venimos ensayando”.

Las normas son las que surgen de los escritorios, no de la experiencia ni del análisis de la realidad, lamentablemente, después de tantas décadas sigue la misma situación, me pregunto en qué

se han basado las reformas, quizás en estudios realizados en países más adelantados que el nuestro, de qué modo se han implementado los resultados de dichos estudios, se ha pensado acaso en la realidad de nuestros niños, de sus necesidades, de los obstáculos que la vida les pone. Intelectuales de escritorio, sólo hacen y se guían por normas preestablecidas y por las que ellos mismos dictan sin conocer las capacidades del individuo ni de la manera de dirigirlas para la superación del mismo en el entorno de la comunidad que, en definitiva irradia más allá de sus pequeñas fronteras. Libertad de pensamiento, creatividad son conceptos totalmente ignorados por esos personeros para quienes lo importante es mantener su puesto y, por supuesto, ese ego que no pueden perder, ya que sin él no son nadie.

Xenócrates, discípulo de Platón habló acerca de lo que ganaban sus discípulos de sus enseñanzas y dijo: “Aprenden a hacer por su propio impulso lo que las leyes mandan practicar”. Esto implica un largo proceso de aprendizaje para la toma de conciencia del deber ser, tanto por parte del pueblo, como por parte de sus gobernantes. Es decir, que las leyes deben ser un resultado de este proceso, no una imposición de lo que “corresponde”. ¿De qué nos sirven las leyes, si éstas no llegan al pueblo que ni siquiera las conoce? ¿De qué sirven las promesas, si en realidad el gobernante no asume un total compromiso con su pueblo, pero sí con sus propios intereses? De tal manera los ciega la demagogia que ni siquiera se dan cuenta de que para aplicar dichas leyes, no sólo se necesita personal apto para resolver los problemas que se plantean, sino también una infraestructura adecuada.

Se transcribió al Director General una nota que habíamos enviado al Ministerio, parte de la cual se publicó en el diario “La Razón” del 29 de mayo de 1932. Ver ANEXO IV.

...¡Cuánta nostalgia y dolor! Volver después de años a esas tierras donde todo florecía, música y cantos, risas, niños sanos, jóvenes seguros de sí mismos, personas de toda edad que aprendían la maravilla de ser libres, autosuficientes, creativos. Valientes y decididos ante los retos que la vida presentaba, su lucha contra la injusticia no era en vano, recuerdo a aquél jovencuelo que en

una ocasión, cuando regresaba de La Paz, me preguntó: ¿qué dice el mundo de nosotros? Sí, ya no estaban enclaustrados en sus montañas, ya sabían que pertenecían al mundo, sabían que podían cambiar el oscurantismo al que habían sido sometidos. No fue suficiente la enseñanza del silabario, ésta fue mucho más allá; niños y jóvenes pasaban por el aula, el taller y el sembrío, el intercambio entre padres de familia y demás comunarios les amplió el horizonte de sus expectativas, les hizo ver que eran capaces de hacer realidad sus necesidades sentidas... se dio... el despertar de las conciencias... Ahora mi vista se nubla, esas imágenes desaparecen de mi horizonte... sólo veo planicies áridas, rostros... simplemente rostros, muros vacíos de cantos y esperanza.

El indio y la Guerra del Chaco

El espíritu de Warisata era pacifista, iba en contra de toda violencia, siempre apelando al diálogo; el hombre sojuzgado y humillado, ahora tenía la frente en alto, seguridad en sí mismo, era conocedor de sus capacidades, capaz de elegir su destino. Ante el conocimiento del inicio de la guerra era importante deliberar.

...Y, en efecto, el indio deliberó, libre de presiones, manifestando una vez más cómo se plasmaban en su espíritu conceptos de hondo contenido humano.

Declarada la guerra, reunimos a la población en el campo de deportes; se hicieron presentes hombres y mujeres de toda edad y condición, probablemente la comunidad íntegra. Ante un mapa preparado para el efecto, se les informó de lo que estaba sucediendo en la frontera con el Paraguay, describiendo además la región del Chaco, su clima, condiciones de vida, poblaciones, productos, caminos, etc. Después de oída esta información, los hombres conversaron y, por propia iniciativa y absoluta unanimidad, resolvieron enviar a la guerra a todos los hombres capaces y cooperar a la defensa nacional con víveres para los combatientes. Nadie imaginaba, sin duda, que la horrida contienda fuese a durar tres años. Además, se resolvió que en un plazo de diez días se harían presentes en el centro de reclutamiento de Achacachi.

El día indicado, a la hora exacta, estaban en la vecina población hombres y mujeres, niños y ancianos... otra vez toda la comunidad. Nosotros formábamos en las densas filas, a pie, con varias banderas nacionales y con más de quinientos niños que alargaban la caravana al son de canciones de circunstancias. Unas cuadras antes de llegar al pueblo nos pusimos en formación. Primero venían el Director, profesores y amautas; les seguían alrededor de doscientos jóvenes, primer contingente de Warisata; los alumnos y las mujeres llevaban del cabestral a no menos de seiscientos mulos y borricos cargados de alimentos. Dos bandas de músicos nos acompañaron al recorrer las calles formados de cuatro en fondo. La plaza quedó completamente llena con aquella enorme multitud. ¡Espectáculo nunca visto en nuestra historia republicana! Los indios presentándose a un puesto militar, para entregar espontáneamente a sus hijos al sacrificio patrio, y a más de eso, llevando algunas decenas de toneladas de víveres.

Los víveres fueron recibidos por el comando militar; los hombres no, porque se nos manifestó que serían llamados en su oportunidad de acuerdo a un rol preparado especialmente. Comenzaba la llamada “movilización por cuenta gotas” en lugar de la movilización total, y pronto el país sentiría los efectos de esa táctica suicida, viendo a los contingentes de soldados sucumbir uno tras otro en el Chaco... Es indudable que los comandos militares no supieron aprovechar la buena disposición del pueblo para movilizarse; al contrario: sucesivas muestras de su desconcierto e insensatez produjeron en las masas una paulatina desmoralización, y pese al valor heroico del soldado boliviano, la guerra transcurrió de derrota en derrota. Véase lo que a nosotros nos pasó, prueba de la brutalidad con que se respondía a la patriótica actitud de los indios: en Warisata todo era favorable a la movilización y nadie escurría el bulto, ni mucho menos, pues tal cosa hubiera sido considerada por la comunidad como un acto de traición incalificable. Sin embargo, cierto día, a las cuatro de la mañana, los soldados de reclutamiento desprendidos de la guarnición de Achacachi nos hicieron un malón allanando las casuchas de los indios para arrastrarlos al cuartel; y entonces no se fijaron en edades ni en “rol” alguno como habían dicho. Al amanecer, madres, esposas e hijos vinieron a relatarme lo ocurrido para que reclamara ante las autoridades. Fue inútil: las órdenes militares eran inamovibles, y en menos de 24 horas

los pobres indios salían de Achacachi, rumbo a la trinchera, sin haberse podido despedir siquiera de los suyos.

Luego de semejante infamia, los ánimos y el espíritu de lucha de los warisateños, desde lejos y sintiendo profundamente el dolor de las familias y de sus compañeros ausentes, utilizó el servicio telefónico y de correos ya disponible para hacer posible el despacho y recepción de correspondencia, así como envió de víveres. Se establecieron turnos, profesores y alumnos escribían y leían cartas a los interesados. Una vez más, la Escuela Ayllu mostraba su compromiso social para con la patria.

Lo descrito por Elizardo hace que no encuentre palabras para expresar tanta infamia, sólo me vienen a la mente imágenes de escenas de una multitud disciplinada, que marcha con decisión, seguros de sí mismos, guiados por la lealtad que deben a su patria, esa patria que les fue negada por siglos de esclavitud y que ahora la vislumbran y atesoran, para luego vivir el horror, la maldad, la saña de aquellos agresores que tratan de levantar cabeza destilando odio, destruyendo a cualquiera que pueda arrebatárles su posición de lacayos serviles al poder, magnates y políticos...pero en la Escuela Ayllu la vida continúa.

Las cuestiones de la estética en Warisata

El año 1934 fue fecundo en todo orden de cosas... El Parlamento Amauta quedó definitivamente consolidado... Entre los profesores, aparece un nuevo nombre: el de Alejandro Mario Illanes. Tengo que hacerle una referencia especial para que sepa el país qué clase de hombres batallaron en Warisata. Illanes fue a la escuela como profesor a cargo de un curso, pero a poco apareció pintando los muros sin exigir remuneración especial para ello, y a más de eso, adquiriendo los materiales con su propio peculio.

Illanes llegaba a olvidarse completamente de sí por su afán de trabajo. En las mañanas se dedicaba al aula, y como es lógico en tal artista, enseñaba a los niños pintura y dibujo: estaba suscitando la creación de un arte nuevo en Bolivia, o por lo menos nuevo para el indio: la plástica andina. Por las tardes, desde la una, hasta que oscurecía, se le veía pegado a los muros para darles la preparación adecuada y luego recubrirlos de pintura. En

pleno invierno, a bajísimas temperaturas, solía permanecer en su frígido rincón, tiritando de frío, embebido en su tarea, sin pensar en el descanso.

En el aula, su simpatía personal, su carácter suave y bondadoso le captaron el afecto de los niños, que lo trataban familiarmente. Fue el maestro que mejor comprendió nuestras sugerencias. Recuerdo los cuadernos de sus niños, en los que se revela el alma infantil en una forma que emociona por su sencillez y sabiduría; téngase en cuenta que Illanes no era normalista ni estaba informado de las ciencias de la educación. ¡O quizá por eso precisamente era un gran maestro! Quisiera haber guardado alguno de esos preciosos cuadernos de tareas, limpios, llenos de colorido. Recuerdo cómo desarrollaba los temas con su hermosa simplicidad, por ejemplo, en el proceso de la panificación, desde la germinación del trigo, su transformación en harina, la elaboración de ésta... Sus herbarios hubieran hecho honor a un botánico, y por medio de ellos podía apreciarse la rica variedad de la flora warisateña.

Pero no sólo eso: el maestro en Warisata debía cooperar en cuanta actividad fuera necesaria para el desarrollo de la escuela. Es así que Illanes cargaba piedras y transportaba adobes, o empedraba las callejuelas de los jardines, no rechazando ningún trabajo, tal como también lo hizo don Antonio González Bravo. ¡Hombres de espíritu superior!

La obra de Illanes en la decoración de los muros de Warisata, al decir de entendidos, es de alto valor estético.

Naturaleza y arte, naturaleza y ciencia, naturaleza y técnica. El susurro del viento, la luz de las estrellas, el rayo de luna, la blancura de los nevados, todo nos lleva a la música y al canto y nuestro cuerpo danza al compás de esas sensaciones que nacen de la contemplación. Mario Alejandro Illanes y Antonio González Bravo traspasaron las aulas, dos grandes artistas, modestos como todo gran hombre, ellos supieron inspirar y crear. ¿Materias obligatorias en el curriculum? Sí, claro: Música, lenguaje, física... compartimentos estancos... educación integral... Y ¿qué hay de la creatividad, de la libre expresión, de detectar la vocación del niño? Educación única y unitaria dice la nueva Ley (2011): "Única en cuanto a calidad, política educativa y currículo base, erradicando las diferencias entre lo fiscal y privado, lo urbano y rural"... "unitaria e integradora del Estado Plurinacional y promueve el desarrollo

armonioso entre las regiones” verborrea que ni quienes la escribieron entienden. ¿Cómo se puede erradicar la diferencia entre un niño campesino y uno de la ciudad? ¿No sería mejor detectar las diferencias para proyectar a ambos hacia una vida mejor dentro de su entorno? ¿Cambiar lo negativo del entorno? ¿Llevar a uno y otro al conocimiento de otro entorno? En fin, no estamos aquí para hacer un análisis de la Ley, son muchos los cuestionamientos.

Inicio del Pabellón México

La Escuela Ayllu se adaptaba a su presente y se proyectaba hacia el futuro, pero siempre sin dejar la esencia de su ser, es decir de su herencia, de su medio. Es así que todo lo que fuera posible se construyó con lo que la naturaleza del lugar les brindaba; así como les dio la arcilla, el cemento, la paja y el agua cristalina que bajaba de los gigantes blancos de los Andes, también les dio el espíritu de su majestuosidad.

Es así como Elizardo organizó una “excursión con fines arquitectónicos”.

La construcción de nuestros edificios –aparte del pabellón central ya levantado– nos planteó, desde su proyecto, un serio problema: el de combinar su funcionalismo arquitectónico, que para nosotros era ante todo resultado del clima, contra el cual debíamos defendernos, con su categoría plástica, que debía estar plenamente de acuerdo con el paisaje inhóspito y desolado.

¿Qué mejor, para ello, que recurrir a los viejos ejemplos de la arquitectura incaica, de tan noble aliento y tradición? También en este aspecto debía inspirarnos el pasado, y dicho y hecho: organizamos una famosa excursión entre Marina Núñez del Prado, Yolanda Bedregal, Mario Alejandro Illanes, Fausto Aoziz y yo, siendo el Director de Warisata, apenas, el nexo entre aquella gente que discurría en campos algo ajenos a mi actividad, como que los cuatro eran, y son, artista de fama sobrado justificada. El célebre “sordo” Aoziz, acuarelista de primera y después tallista y escultor, aprovechó la oportunidad, o mejor dicho: yo

aproveché de ella para incorporarlo a nuestro plantel, donde hizo también obra de alta estimación.

Pues bien, el quinteto así formado dirigió las miradas a las islas del Sol y de la Luna, donde perviven los restos del pasado incásico.

Todo esto nos sirvió para determinar el tipo arquitectónico del edificio que íbamos a construir para alojar los talleres, y al que desde entonces denominábamos Pabellón México; su modelo sería el del templo o palacio de la Isla de la Luna. De esta manera, Warisata recibió también el aporte de Marina Núñez del Prado y Yolanda Bedregal, fuera del que en forma de trabajo efectivo tuvo de Illanes y Aoiz. Estos dos últimos aprovecharon también el viaje para tomar apuntes del lago del altiplano, con la finalidad de incorporar su paisaje a los muros y decorados que se pondrían en la escuela.

El feudo contra la escuela

El odio crecía cada vez más, el feudo no podía admitir que La Escuela Ayllu se convirtiera en una auténtica lucha social, ya que trascendía los límites de la escuela, ese faro de luz fue más allá de las fronteras, desde tierras lejanas llegaban a Warisata sencillos habitantes de otros pueblos, así como intelectuales y artistas de otras naciones.

Por entonces ya no se hacía disimulo del odio con que se contemplaba a nuestra obra. Los indios eran cruelmente perseguidos, aumentándose la saña gamonalista con el pretexto de la guerra. El Director era calumniado, insultado y... ¡hasta condenado a muerte! Lo acechaban para encontrar la oportunidad propicia... Pero los mismos indios solían enterarse de los planes elaborados para tal objeto: véase cómo la idea de la escuela había trascendido a toda la campiña, indios que prácticamente nada tenían que hacer con nosotros, por no estar en el radio de nuestra jurisdicción, ya veían en Warisata a la “Casa de Todos” y la defendían como podían; en este caso, aprovechaban del servicio del “pongueaje” que solían prestar en la casa del patrón, para enterarse y tomar buena nota de cuanto se decía y se trataba en contra de la escuela. El pretexto más socorrido para atacarnos era acusarnos de que constituíamos un peligro

movimiento comunista, y que Warisata debía ser convertida en un cuartel acabando con todos nosotros.

Las luchas por el agua

Como recurso final, los gamonales optaron por quitar a Warisata el agua de riego con que se surtían la escuela y los indios de la comunidad. Esta medida nos hizo mucho daño y nos causó no pocos sinsabores, habiendo resultado inútiles nuestras reclamaciones ante la justicia. Pasados algunos años, y con esto ya estábamos en 1935, los efectos se hicieron sentir en toda su magnitud presentándose el fantasma del hambre con nuestros campos resecos.

Cansados de esperar justicia, el Parlamento Amauta convocó a una gran asamblea, en la que se hicieron presentes unas cuatrocientas personas, ante las cuales manifesté que se habían agotado todos los medios legales y que era necesario resolver el asunto por nuestra cuenta y riesgo. Junto con algunos amautas, les propuse, pues, salir de inmediato armados de picotas, palas y barretas para arreglar la toma de agua, situada a veinte kilómetros de distancia y restaurar la acequia que se hallaba totalmente destruida en toda su longitud. La idea fue aprobada con aplauso general, siendo ese instante las diez de la noche.

De madrugada, a las tres de la mañana, comenzó el desfile de dos mil indios con dirección al Illampu, en la caravana más extraordinaria que me fue dado presenciar. Esa jornada de trabajo fue realmente asombrosa. El mismo día, a las cinco de la tarde, el agua usurpada retornaba alegremente a Warisata, para dar nueva vida a sus sembradíos. Los labradores indígenas la recibían cobrando nuevo aliento en la lucha incesante.

Esto ocurría en el lado de Warisata “Grande”; por el lado de Chiquipa teníamos conflicto análogo: no nos dejaban pasar el agua desde hacía años, eternizándose el juicio que se seguía en los tribunales.

En cierta ocasión fui notificado por el juez de la causa para asistir a una “vista de ojos” que se realizaría a las siete de la mañana en la toma de agua, distante diez kilómetros de la escuela, hacia el Nor Este. Había que asistir a este acto, y dispuse, en el mayor secreto, que me acompañaran el señor Ibáñez y el “Secretario” Rufino Sosa. Los tres partimos a pie, a las tres de la mañana, para llegar a la hora señalada. También esa jornada

tuvo sus peripecias; la oscuridad era profunda y teníamos que andar a tientas; por si fuera poco, una lluvia torrencial había convertido el piso en un enorme fangal que teníamos que atravesar, en algunos lugares, con el agua hasta las rodillas. Varias veces tropezamos y caímos, belados hasta el tuétano... Por fin, a las seis de la mañana, encontramos un senderillo que nos condujo a la toma de agua, proveniente de un arroyo formado por los deshielos de la montaña. El agua, según la costumbre local, se tomaba en su totalidad por mitas (turnos) de 24 horas cada una para cada zona. A Warisata, desde tiempos inmemoriales, le correspondía una mita, la cual fue suprimida, como he dicho, por los gamonales. Estuvimos en el lugar a las siete de la mañana, encontrando yo la ocasión de solazar el espíritu de la contemplación del maravilloso paisaje que se dominaba desde los cinco mil metros en que nos hallábamos. Se veía el Lago Sagrado brillando al sol matutino; vimos los caminos y las sendas que tantas veces habíamos recorrido a pie, a caballo o en camiones. Nuestra idílica contemplación, empero, tuvo que cesar cuando vimos que por una ruta tortuosa ascendían en fila unos cincuenta jinetes de aspecto nada tranquilizador, como que venían armados de fusiles, escopetas, pistolas y el infaltable foete. Eran el Juez de Partido, funcionarios de su juzgado, autoridades políticas, latifundistas y toda la consabida laya de gentes que tanto lugar tienen en esta historia.

Todo aquel aparato bélico se proponía dictar sobre el terreno un fallo en contra nuestra, quitándonos definitivamente el precioso elemento. Cuando se disponían a hacer las prácticas judiciales del caso, de un salto me puse de pie sobre una piedra que dividía el riachuelo en dos caudales, y poseído de la más grande indignación, apostrofé a los presentes por el crimen que iban a legalizar; haciéndoles ver que, aunque no tenía ni un alfiler para defenderme, en cambio tenía a mi favor la espada de la justicia a cuya invocación no iba a permitir que continuara el despojo ni por un minuto más, anunciando que en caso contrario nos tomaríamos la justicia por nuestras propias manos. Mi cólera debió ser muy viva al proferir esos y otros denuestos; el caso es que los que parecían cabecillas de la mesnada, se aparearon y me manifestaron estar dispuestos a solucionar amigablemente la cuestión. Debo decir que tal proposición me dejó admirado: no esperaba encontrar ánimo tan benévolo en asunto tan espinoso. Me invitaron, para el efecto, a realizar el arreglo en una hacienda situada

más o menos a una legua de distancia. Acepté la propuesta, pero antes de emprender la caminata —pues rechacé un caballo que me ofrecieron— me ocupé de desviar todo el caudal a la acequia de Warisata.

En la casona colonial de la hacienda nos hicieron objeto de grandes atenciones, cosa en verdad inusitada. El arreglo consistió en firmar un acta en triple ejemplar, redactada por mí, con intervención del Juez, mediante la cual las partes renunciábamos a seguir el juicio y reconocíamos nuestros mutuos derechos sobre el agua en litigio, con todos los usos y costumbres estipulados en los títulos de propiedad.

De esta manera, absolutamente inesperada, todo lo obrado en años de tinterillaje quedó destruido en un momento.

¿De cómo los latifundistas de la región, que no se distinguían por su mansedumbre, se avinieron a firmar incondicionalmente un documento elaborado por mí?

El caso es que había mediado una circunstancia de que, al principio, yo no me di cuenta. Antes de eso, debo manifestar que yo no era partidario de asistir acompañado a esta clase de actos; en muchas ocasiones me enfrenté completamente solo a los gamonales de la región, y si en esta oportunidad pedí a Ibáñez y Sosa que me acompañaran, fue porque no conocía el sitio y necesitaba ser guiado. Empero, les había recomendado absoluto silencio y reserva para evitar que los indios se apercibieran del verificativo de la “vista de ojos”, acto trascendental para ellos y que suele acarrear consecuencias imprevisibles, en las que salen siempre perdidosos.

Salimos, pues, de Warisata, en la seguridad absoluta de no haber sido observados; pero cuando el Juez se disponía a llenar la diligencia y yo le interrumpí tan violentamente, la indiada de Warisata había aparecido en la serranía de enfrente, a un kilómetro del lugar, en impresionante masa de casi tres mil indios cuya sola presencia imponía respeto. Tal era mi indignación que yo no me di cuenta de lo que pasaba. A medida que increpaba a mis antagonistas, aparecían las indiadas detrás de mí, con lo cual mis palabras cobraban un sentido que yo estaba lejos de darles. ¡Sobre todo cuando decía que íbamos a tomarnos la justicia por nuestras manos! Los gamonales y sus secuaces debieron creer que yo no estaba para bromas y que allí corrían riesgo de perder la vida. Toda su prepotencia se les evaporó mostrando en lugar de ello la melosa obsequiosidad del mestizo asustado. No tardé en advertir la

presencia de los indios, pero claro que no iba a explicar que yo no tenía arte ni parte en su aparición.

A los pocos días, los latifundistas que habían suscrito el compromiso se quejaron ante el Ministro de Educación, entonces Teniente Coronel Alfredo Peñaranda, manifestando que tal documento les había sido arrancado por la violencia. Creo que no les faltaba razón, sólo que yo no tuve la culpa de ello. El Ministro no hizo ningún caso y así recuperamos el agua definitivamente.

Esta nueva victoria estimuló enormemente a los indios. Veían en la escuela no sólo a la entidad donde se educaban sus hijos, sino también a la defensora de sus derechos y de su porvenir. Pero, como contrapartida, el gamonalismo afilaba sus garras, dispuesto a cualquier extremo para abatirnos; ya no se trataba de realizar provocaciones aisladas sino de montar un aparato ofensivo en regla, buscando la alianza y complicidad de mucha gente interesada en mantener la servidumbre. La entidad que centralizó estos afanes fue la Sociedad Rural Boliviana, organización nacional de terratenientes, a cuyo servicio se pusieron muchos maestros e intelectuales de segunda categoría. Estas gentes nos hicieron mucho daño, porque ocupaban puestos clave en reparticiones oficiales desde donde abrieron un frente muy difícil para nosotros. Con todo esto, la lucha se hizo más dura y empezó un fuego graneado contra la escuela, con gran persistencia y tenacidad... Pero también obteníamos adhesiones para nuestra causa: la prensa, no ganada todavía por el gamonalismo, nos defendía con ardor; los escritores más destacados del país estaban con nosotros, lo mismo que instituciones culturales, obreras y hasta políticas, alineados todos en la lucha contra el oprobioso pasado.

En Warisata era visible la preocupación de los indios ante la ofensiva desplegada. Teníamos que multiplicarnos para repeler los ataques, librando acciones por doquier. El indio se mantenía vigilante, dispuesto a la defensa, advertido de lo desigual de la batalla. Cierta vez se esparció el rumor de que Achacachi se disponía a atacar la escuela y destruirla de una vez por todas. Esto dio lugar a una actitud que pinta vivamente lo que eran los indios. Dispuestos a defender la obra de su creación; en las noches mandaban avanzadas para resguardar la escuela. Delante había un cordón de ancianos; en la misma escuela estaban los hombres como de cuarenta años, y detrás se situaban los jóvenes. ¿Qué estrategia era ésta?

Al interrogarles, los amautas me decían:

- *Los viejos adelante, porque tienen pocos años más de vida, y no harían muriendo sino apresurar su fin. Los hombres porque lucharán mejor defendiendo lo que es suyo: la escuela. Y los jóvenes detrás, porque lucharán solamente si es necesario y al último, pues ellos son el porvenir.*

Los indios de Warisata creían ingenuamente que la destrucción de la escuela provendría de un ataque frontal y armado; no imaginaban, sin duda, que nuestros enemigos se valdrían de medios más sutiles para abatir nuestra atalaya.

Irradiación a los valles

El viaje a Sorata para encontrar madera, tal como lo plantearon los amautas, al pensar en la manera de difundir la acción de la escuela, se dio en 1934. Se fundaron cuatro escuelas elementales en aquella cabecera de valle, con buen clima y de muchos recursos. Agua cristalina del Illampu, tierra fértil, otra de las carencias del altiplano. Lugar de tantos recursos. Así se dio la ayuda recíproca, los que terminarían la escuela elemental, pasarían a la escuela matriz (Warisata)...

En el transcurso del tiempo...

...Warisata llegó a tener 33 escuelas diseminadas en un radio de veinte leguas. Era la solución perfecta –dicho sea sin vanidad– para el complejo problema del control de la enseñanza elemental en el país. De adoptarse este sistema, ninguna escuela elemental quedaría aislada, e integraría un núcleo de actividades vitales en las cuales encontraría su sentido agrícola y de trabajo, en constante relación con su escuela central o matriz. Las escuelas elementales, situadas en zonas escogidas, proveerían a la escuela central con los productos elaborados en los talleres, en especial los que se refieren a materiales de construcción; en realidad, hacía tiempo que muchas comunidades ya estaban enviándonos sus productos, por ese espíritu de solidaridad que se había despertado en los ayllus; correspondía, por lo tanto, llevar a esas zonas los beneficios de la escuela.

Esta concepción del Núcleo iba mucho más allá de una simple cooperación interescolar, y tendía a obtener la unidad de planes,

programas, ideología, etc., para llegar a la formación de un tipo de ciudadano boliviano dotado de las cualidades que pretendíamos formar en Warisata.

La fundación de estas primeras escuelas constituyó un acontecimiento para los valles; veían que Warisata era capaz de cobijar a los indios de regiones bastante alejadas, y no únicamente a los hijos del lugar. Más tarde, comprenderían que nuestra escuela extendería su acción a todos los confines nacionales.

El control de sus actividades vino también por la vía más natural: cada mes los indios de las escuelas seccionales llegaban a Warisata, realizándose un gran Parlamento en el cual informaban sobre la tarea realizada, necesidades de la escuela y otros problemas.

Nuestro sistema nuclear, como he dicho, interesó muchísimo a los indios de las zonas cercanas; así llegamos a tener escuelas en un gran territorio que abarcaba las provincias de Omasuyos; Larecaja, Camacho y Los Andes; tuvimos una escuelita hasta en la inhóspita región de Chachacomani, en las faldas mismas del nevado de ese nombre, a cerca de cinco mil metros de altura sobre el nivel del mar. ¡Los indios jugaban al fútbol en aquella cumbre! La escuela más alejada era la de Jotijoti, jurisdicción del cantón Italaque, a unas diez y nueve leguas hacia el norte. No se asuste el lector por las distancias: para el indio no las hay, y por eso siempre teníamos en Warisata algunos visitantes de lejanas tierras, que nos traían el humilde tributo de un poco de paja, o cal, o cualquier cosa; y si no podían traer nada por su extremada pobreza, pues entonces se quedaban algunos días y elaboraban dos o tres centenares de adobes, tras de lo cual, y sin haber exigido ni siquiera que se los alimentara, retornaban calladamente a su lar. Así es cómo vinieron los de Tajan y tuvimos que fundar su escuela, lo mismo que los de Challapata, Patapatani y otras. Decenas de solicitudes tuvimos que postergarlas para mejor oportunidad, porque los recursos no alcanzaban; pero aún así, los indios abrían escuelitas, pidiendo únicamente que les fuéramos a orientar con el trazo del cimientto: lo demás corría por su cuenta. Para los fines de documentación histórica, vale la pena hacer saber que la escuela de Warisata ya había logrado incorporar a la Constitución boliviana de 1938, dos de sus postulados fundamentales: el de la Escuela Única, al que me referiré después, y el del Núcleo Escolar Campesino, este último

adoptado también por el primer Congreso Indigenista Interamericano reunido en Pátzcuaro (México) en 1940”.

Con la colaboración de Bernabé Ledesma, entusiasta del sistema nuclear, fue que Elizardo le dictó el primer estatuto de educación indigenal, en 1937, en el que se incluyó todo lo hecho hasta ese momento. Dicho estatuto está incluido en las tres ediciones del libro Warisata, La Escuela Ayllu, por su importancia, consideré necesario que los autores de la nueva reforma lo conocieran, es así que, en 2006, dejé copias del mismo a los responsables de la elaboración de los postulados de la nueva ley, más aún, también entregué una copia del Proyecto de Reforma Educativa, elaborado por el profesor Guido Villa Gómez, de quien Elizardo dijo que fue el mayor galardón de la pedagogía boliviana, dicho proyecto fue sometido a consideración del gabinete correspondiente al segundo período presidencial de Víctor Paz, todo lo entregado, lamentablemente, duerme en algún estante el sueño de los justos. Volviendo al tema del sistema nuclear, a partir de la década del 70, gobiernos demagógicos crearon escuelas a lo largo de la nación, engañando al pueblo para hacerles creer que les preocupaba la educación, es así como, tanto el Sistema Nuclear, como el concepto de Escuela Única perdieron su esencia. Las reformas educativas, mantienen simplemente el término “núcleo”; en el caso de Escuela Única, se cambió el término por unificada, repito, quitándole así el verdadero significado del término. Por otra parte, es lamentable decir que, dichas reformas no tuvieron en cuenta el Reglamento de Educación Indigenal, resultado de años de experiencia, de trabajo y esfuerzo, en el que participaron, intelectuales, artistas y, sobre todo, los integrantes de las comunidades, hasta donde llegó el sistema nuclear, luego ferozmente destruido.

La ayuda material de un Presidente

El año 1936 trae para Warisata el reconocimiento nacional de su doctrina y de sus tendencias, y fue Tejada Sorzano, ya Presidente, quien nos ayudó en forma decisiva para extender nuestra acción a otras regiones.

Además, con exacto conocimiento de nuestras necesidades, puesto que las había palpado en dos ocasiones, dispuso la dotación de tierras, sementales, semillas, aperos de labranza, herramientas, etc.

Fue Tejada Sorzano el primer Presidente que otorgó una suma apreciable para el desarrollo de la educación del indio, dándole nada menos que un millón de bolivianos (equivalente a unos tres mil millones de hoy, 1961; en dólares, unos doscientos cincuenta mil), no obstante la penuria del Erario Nacional debido a la guerra.

Con esa suma ya se podía pensar seriamente en repetir las experiencias warisateñas en otras zonas geográficas y con otros grupos étnicos; y para el efecto, organizó una comisión encargada de ubicar las zonas más apropiadas para la instalación de núcleos escolares.

Las preocupaciones de Tejada Sorzano no pararon en eso: él se ocupó personalmente de contratar en el Perú a dos maestros tejedores de alfombras, cuya obra había visto y apreciado en todo su valor al pasar cierta vez por Arequipa. De tal modo se inició en Warisata la industria alfombrera, de enorme desarrollo posterior. Por cierto que los dos maestros, Carlos Garibaldi y Ladislao Valencia, llegaron a la escuela como caídos a un planeta extraño, en el que, no obstante, se ubicaron con relativa facilidad después de las primeras experiencias. Ambos permanecieron fieles a Warisata a través de todas las vicisitudes, y en especial Garibaldi, el cual, pudiendo haberse enriquecido con su industria, prefirió el rudo apostolado ingresando a nuestra Sección Normal y titulándose maestro indigenista. Como tal, es uno de los pocos que mantiene el espíritu forjado en aquellas aulas, y al ver la transformación que sufrió su mentalidad en todo orden de cosas, no puedo menos de pensar que Warisata fue también para él una verdadera liberación.

Carlos Garibaldi fue otro apóstol de La Escuela Ayllu, siguió trabajando por la causa hasta su muerte, entre otras cosas, fundó una escuelita al pie del Illimani. Siempre tenía a Elizardo al tanto de los sucesos en Bolivia, incluso lo visitó, cuando éste se hallaba en Buenos Aires, más aún, a pesar de que Elizardo solía viajar con cierta frecuencia a La Paz sin avisar a nadie, como por arte de magia, ahí estaba Garibaldi esperándolo.

...Volviendo al asunto: Tejada Sorzano trató de hacer realidad la dotación de tierras a la escuela, dictando un Decreto Supremo que me parece debe ser transcrito "in extenso". Ver ANEXO V.

Fundación de Núcleos Escolares Campesinos

Como consecuencia del apoyo de Tējada Sorzano, Elizardo, junto con otras personas, hicieron un recorrido por diversas zonas, El resultado parcial del mismo fue un informe que el 13 de abril de 1936 Elizardo elevó al Ministerio de Educación, y que se publicó dos días más tarde en “La Gaceta de Bolivia”, revista dirigida por Carlos Medinacelli. Se citan algunos párrafos que podrían haber sido puntos de vista fundamentales para el desarrollo de la educación indigenal *Ver ANEXO VI*. Otro resultado fue la fundación de cuatro escuelas ubicadas en cada uno de los departamentos del Beni, Santa Cruz, Cochabamba y Oruro.

Se interrumpe inesperadamente la creación de Núcleos

Satisfecho del resultado obtenido en mi viaje, esperaba yo que se despecharan los presupuestos destinados a las fundadas escuelas, a fin de dirigirme a Chuquisaca y Tarija para continuar creando núcleos; cuando recibí, como respuesta a mi informe, un memorándum del Ministro por el cual se me hacía saber que “se daba por terminada mi misión”.

Era tanto más inesperada la noticia, cuanto que el Ministro en persona me había manifestado su plena conformidad con el desarrollo de mi tarea. Se adivinará, pues, que detrás de su actitud se movían influencias de aquellas que, más tarde, se desenmascarían por completo: se veía un peligro en la creación de núcleos de tipo Warisata.

No me quedaba sino un camino: el de la renuncia de mi cargo de Director de Warisata en señal de protesta por tan arbitraria determinación. Así lo hice en tono que cuadraba a las circunstancias. Mi renuncia se publicó el 17 de abril en el diario “Última Hora” y en sus partes salientes dice:

“La forma y contenido de su memorándum, me hacen comprender que no sólo no ha sido aprobada mi labor en Santa Cruz, Beni, Cochabamba y Oruro, sino que soy, injustamente, víctima de un desaire que hiere mi honorabilidad de maestro.

“He trabajado, señor Ministro, cuatro años en Educación Indigenal habiendo creado un ambiente de simpatía y confianza para este

movimiento que es considerado por nacionales y extranjeros como el principal capaz de salvar la nacionalidad. Para lograr esta situación ventajosa, he sido combatido con rudeza por elementos negativos sin contar jamás por parte de los organismos oficiales, encargados del gobierno de educación indígena, sino con la negligencia o las campañas subterráneas. Así, contrariando constantemente a las autoridades del ramo, he orientado la educación indigenal sacándola del plano de calificada simulación en que se debatía, para ponerla en el camino de realizaciones fecundas en que se encuentra. El país dirá si mi labor ha sido útil. Abí la muestro al análisis del público.

“Por mi parte obré no como un asalariado del Estado sino con el único fin de realizar un ideal patriótico y, por tanto, en ningún momento consideré un beneficio los emolumentos del presupuesto. Pido pues a usted que, en homenaje a la justicia, se digne nombrar una comisión que evalúe las construcciones y existencias en Warisata, forma de esclarecer el valor de mi trabajo, en el cual no sólo puse mi esfuerzo sino también casi la totalidad de mi economía personal.”

“En el viaje que da usted por terminado —y al cual fui obligado por repetidas instancias suyas— tampoco he gravado al Erario habiendo corrido los bagajes por mi cuenta, tanto como el movimiento de profesores y comisiones indígenas que ha sido preciso realizar.”

“Por tanto, en vista de la actitud que importa el memorándum firmado por usted —y del cual tengo que protestar altivamente— formulo renuncia del cargo de Director de la Escuela de Warisata, reservándome el derecho de exponer en su oportunidad, ante el país, la realidad de estos hechos, a los cuales, señor Ministro, creo honradamente que es usted ajeno”.

El diario “La Calle”, en su edición de la misma fecha, hizo también un comentario que decía:

“Esta escuela (Warisata) honra al país y revela un indiscutible espíritu de trabajo y dedicación profesional. Algunos profesores extranjeros que estuvieron en Warisata han manifestado que en la América del Sur no hay nada que pueda parangonarse con esta escuela. Nos parece que este concepto favorece a Bolivia. Se cree inclusive que por su espíritu y orientación Warisata es superior a las escuelas mexicanas... Resulta ahora que el Director de Warisata ha renunciado este cargo, por haber

sido víctima de un desaire que él considera injustificado... El Ministro de Instrucción no sólo agradece a este buen maestro, sino que, con lógica incomprensible, en vez de estimularlo lo destituye...”.

En otros comentarios la prensa censuró la actitud del Ministro solidarizándose con la mía. Además, ciudadanos de prestigio me hicieron llegar sus simpatías por mi obra y su protesta por la conducta ministerial. Entre los documentos que guardo de esa ocasión, tengo una carta de Carlos Montenegro, el autor de “Nacionalismo y Coloniaje”, en la cual me dice:

“Tengo la satisfacción de hacer llegar a su conocimiento que el Partido Socialista, por unanimidad, ha votado la resolución cuyo texto transcribo a usted, como la ofrenda que nuestra organización ofrece al ilustre maestro y educador que es usted”. A continuación venía la resolución, en cuya parte principal se expresa que “el Partido Socialista de Bolivia, en nombre de las masas de trabajadores de la ciudad y del campo representados en su seno, pronuncia un voto de simpatía por la obra cultural del profesor Elizardo Pérez y hace constar su vehemente amparo al ilustre maestro, frente a la política de atropello, incomprensión y hostilidad que contra aquél se ha seguido”. Y finalmente: “Con este motivo y reiterando a usted la firme voluntad del Partido Socialista para secundar, fomentar y sostener su nobilísima labor, saludolo cordialmente como su atento camarada.- (Fdo.) Carlos Montenegro, Secretario General del C.C.E.”.

Ya se sabe que en el Partido Socialista militaba lo más granado de la juventud de entonces, la cual, posteriormente, se dispersaría en varias organizaciones políticas de suerte diversa.

Don Gustavo Carlos Otero, otra de las grandes personalidades de entonces, también me hizo llegar una carta, con fecha 28 de mayo de 1936, en la que me decía:

“Con sorpresa y con indignación me he enterado de su retiro de la instrucción, a causa de influencias que siempre han sido nocivas para todo elemento extraño a las camarillas y al exhibicionismo insulso que en la instrucción han sido casi siempre decisivos.

“A mi paso por la administración pública he tenido oportunidad de apreciar su labor y he podido llegar a la evidencia personal de los sacrificios de todo orden que la escuela de Warisata le ha costado. Puedo asegurar que incluso su peculio particular ha sido agotado en ese monumento a su capacidad y a su vocación. Tengo la certeza de que la única

afirmación promisoriosa en cuanto a la educación indigenal la ha dado usted en Warisata ... (pero) no me ha extrañado que en Bolivia hubiera sido causa de emulaciones y de intrigas, hasta procurar su retiro. Pecó usted de ingenuo al creer que sus esfuerzos merecían estímulo: su labor fue una demostración de que por otras partes todo era ficción, y eso no han de perdonárselo nunca” (énfasis mío, E. P).

Otero, como se ve, había puesto el dedo en la llaga en lo que se refiere a la sórdida envidia que mi obra despertaba en determinados profesionales.

En fin, la cosa se hizo tan abultada y el ruido tan grande, que el Ministro me pidió insistentemente que retirara mi renuncia. Así lo hice y volví a Warisata a reasumir mis funciones

El Ministro Peñaranda recorre el país para fundar escuelas

Ante el unánime apoyo a Elizardo, por parte de intelectuales de gran valía, el Ministro fue sustituido por el Teniente Coronel Peñaranda, quien por su temperamento ejecutivo y dinámico, recorrió el país para fundar nuevos núcleos, en los que se aplicaría la experiencia de Warisata, es así como se crearon las escuelas de Mojocoya y San Lucas en Chuquisaca; las de Llica y Talina en Potosí y la de Canasmoro en Tarija.

Los resultados logrados por Peñaranda hubieran sido superiores si hubiera sabido apartarse de la influencia de cierto personaje, que so capa de “intelectual” había ido medrando en el Ministerio, hasta alcanzar en 1937 el cargo de Oficial Mayor de Asuntos Indígenas, cargo especialmente creado para él. Este hombre de oscura y siniestra trayectoria iba a convertirse, con el tiempo, en nuestro peor enemigo; astuto y solapado, simulador como nadie, usó de su influencia burocrática para complotar en contra de Warisata. La buena fe de algunos Ministros no permitió que fuera descubierto en sus turbios propósitos, y así pasó su existencia sin haber recibido, hasta ahora, la sanción que merecía.

No obstante, las escuelas fundadas por el Ministro Peñaranda fueron encaminadas bajo los principios de Warisata. De esta manera quedaba definitivamente consagrada nuestra obra, aunque el desarrollo posterior

de la educación campesina haya sufrido no pocos altibajos debido sobre todo al factor docente. Téngase en cuenta que todo esto constituía una empresa sin precedentes, estaba en el período de su gestación y no había, salvo excepciones, elemento preparado para conducir las escuelas. Más de un núcleo fracasó por completo; pero otros probaron, con su brillante desarrollo, hasta qué punto la experiencia de Warisata era adecuada a la fisonomía del país y de sus masas indígenas.

Con estas escuelas el país ya tenía doce núcleos, pues debemos contar a Caquiaviri y Caiza “D”, fundadas algunos años antes, la primera como ensayo de espíritu contrario al de Warisata —era escuela de aldea— y la segunda como primera escuela del grupo quechua. Posteriormente se fundaron los núcleos de Moré, Chapare, Cliza y Jesús de Machaca.

El balance de 1936

Hasta fines de 1936, los talleres marchaban increíblemente bien, tanto los de carpintería como los de herrería habían trabajado, no sólo para la construcción del edificio, sino también para amoblar las aulas, dormitorios y demás dependencias de la escuela. Por otra parte, el taller de hilandería y de alfombrería, se autofinanciaba, más aún, pagaba lo correspondiente a las hilanderas que les daban apoyo; con la ayuda de las niñas cosían polleras, delantales, camisas y hasta ropa para niños necesitados. En fin, como se dijo anteriormente, todo lo que costó tanto esfuerzo a un comienzo, ahora marchaba a pasos agigantados. También se construyó un muro alrededor de la escuela, campos de deportes, jardines, campos de experimentación de cultivos, empedrado de todas las avenidas y se inició con la construcción de casas alrededor de la plaza de Warisata, así como viviendas para los maestros, en los predios de la escuela. La forestación también fue un aspecto importantísimo, se plantaron cientos de arbolitos de diferentes especies. La escuela ya contaba con energía eléctrica, gracias a la generosidad de don Hugo Ernst, quien regaló un generador.

En lo que a la ganadería respecta, se introdujeron porcinos y ovinos de raza, entre ellos las ya conocidas cara negra. No se

dejó de lado el aspecto artístico, los niños aprendieron cerámica, tallado y demás.

Repito, la Escuela Ayllu era todo un movimiento económico, social y cultural; no se trataba de instruir o enseñar, sino de generar los medios para la autosuficiencia de la familia y la comunidad, se trataba también de la inclusión de cada miembro de la familia. La mujer jugó un papel preponderante, no sólo la mujer adulta, también la niña y la adolescente, quienes se sentían parte activa, tanto en el desarrollo de su escuela, como en la economía del hogar. Hoy en día se habla tanto de la inclusión, hay leyes en defensa de la mujer (2015), sin embargo, todos los días, en las noticias se ve que todo está en papel, ya que el aparato burocrático no está en condiciones de resolver los casos, ya sea por falta de personal o de financiamiento. Nos preguntamos cómo hubiese sido la situación actual si la organización del ayllu, es decir; núcleos con sus respectivas filiales, parlamentos y comisiones para resolver problemas y guiar los proyectos de la comunidad, se hubiese mantenido a lo largo del país.

El externado y el internado

El internado warisateño nada tenía que ver con el clásico internado estudiantil o escolar donde el niño suele sentirse prisionero y sometido a mil reglas de toda clase. Aquí el niño indio era enteramente libre y no sujeto a presión alguna. Ellos mismos se gobernaban. No se implantó el régimen del inspector asalariado a cuya voluntad y vigilancia se somete la conducta de los alumnos. Pertenecer al internado era para éstos el reconocimiento a su espíritu de responsabilidad y de trabajo, y aun los más pequeños captaban positivamente la confianza que la colectividad les dispensaba. De suerte que la disciplina, el orden y la limpieza eran irreprochables. Ellos mismos determinaron la parte que a cada uno le correspondía en el aseo, parcelando las superficies en dormitorios, comedores y aulas... Tal autogobierno eliminó casi del todo la necesidad de reprimendas o sanciones, aunque, como en todas partes, no faltara el badulaque que quisiera hacer de las suyas. Los amautas pidieron un turno para acompañar a sus

hijos por las noches, y así, después del bullicio diario, a cierta hora todo quedaba tranquilo, la escuela descansaba de la dura jornada.

La educación no se limitaba al aula, abarcaba todos los aspectos de la vida, ya fuera en el comedor como en la cocina los alumnos hacían turnos para su atención: poner la mesa con sus respectivos platos, vasos y cubiertos; tanto alumnos como profesores sentían todo como suyo, cundía la disciplina, no impuesta sino sentida, ya que cada uno de ellos había sido parte de la taika, la madre que los cobijaba.



La Escuela "Única". Sección Vocacional a cargo de Mariano Pari, alumno proveniente de Caiza "D" y que fue el mejor normalista de Warisata (1940).

Da pena ver ahora a algunos inmigrantes del área rural, ya de unas cuantas décadas, que han logrado una situación económica sumamente holgada, propietarios de casas con el nuevo estilo arquitectónico de El Alto que, sin embargo, en su interior, mantienen las mismas costumbres de antaño, en relación a los conceptos básicos de salubridad, orden y limpieza.

Con las abundantes cosechas, la alimentación era muy buena, y era notoria la diferencia entre un alumno interno y uno externo: aquél resplandecía de vigor, en tanto que éste no siempre ofrecía buen aspecto. Claro

que entre los alimentos, hubiéramos querido suministrarles leche, huevos y fruta; pero tal cosa sería posible sólo en mejores épocas, cuando tuviéramos el gran gallinero que proyectábamos y la sección de ganado vacuno indispensable cuando la escuela adquiriera toda su dimensión. Los internos vivían, por lo tanto, felices: en sus hogares no siempre habían conocido el azúcar, el pan y las hortalizas, y aún la carne era un manjar raro.

Debido al nuevo régimen alimenticio —aunque con las anotadas deficiencias— aumentó visiblemente la vitalidad de los niños: éstos crecían sanos y perspicaces, y en verdad que su materia gris debió tonificarse grandemente, como lo probaban los resultados alcanzados. Todo esto nos dio la evidencia de que no estábamos equivocados al implantar este sistema de vida en la formación de las nuevas generaciones, como una manera de cuidar el desarrollo del cuerpo y del espíritu; aparte de ser el internado una institución que de modo alguno se apartaba de la comunidad, en cuyas actividades intervenía directamente.

La escuela constituía tanto atractivo para la indiada, que cuando la familia deseaba darse un día de asueto, pues se venía a nuestro recinto, merendando sobre el chchijji (césped) de los campitos o a la sombra de los kollis en las huertas. ¡Cuántas veces me llegué a esos grupos para inquirir el motivo de su presencia! Me decían: —Tata, hemos venido a pasar el día en descanso. Los que ya conocían la obra se paseaban por los corredores, asomaban a los talleres y hasta echaban un vistazo a lo que estaba sucediendo en las aulas; y los que recién llegaban, apreciaban con vivo asombro lo que sus hermanos habían sido capaces de hacer.

Otro aspecto es digno de mención: la escuela no se cerraba nunca; aulas, dormitorios, talleres, siempre tenían la puerta libre, y a pesar de ello, nada se perdía: aún no había sido invadido ese recinto por la codicia y otros vicios.

La primera Asamblea de Maestros Indigenistas y nuestra Declaración de Principios

Warisata ya tenía su instrumento ideológico para propalarlo a todos los vientos. Muchos directores captaron admirablemente estos propósitos y los

llevaron a la práctica; otros, menos capacitados o menos dados al sacrificio, olvidaron sus enseñanzas y fracasaron; pero, incuestionablemente, se probó que este tipo de escuela era el que necesitaba el país, y su trascendencia fue tanta, que también fue adoptado por otras naciones donde el problema indígena es latente, como el Perú, Ecuador y Guatemala, sin contar a México, que hizo suyos muchos de nuestros principios.

Dicen que nadie es profeta en su tierra; en Bolivia, desde sus inicios, se destrozaba con saña una experiencia tan única, como valiosa para la educación indígenal, no sólo lo que se construyó en La escuela Ayllu, sino que se destruyó el espíritu y las virtudes del indio, las antiguas instituciones inkaicas y kollas que resurgían paulatinamente a lo largo de la nación.

No se trataba de rescatar ceremonias o vestimentas, se trataba de rescatar la esencia del ser indígena, ya fuera aymara, quechua o guaraní, se trataba de rescatar su organización política, económica y social, como también su sentir por su contacto con la naturaleza que lo rodeaba y de qué manera incidía en su ser.

En octubre de 1936 se realizó la primera Asamblea de Maestros Indigenistas, convocada por el Ministro Peñaranda para practicar el balance de lo hecho y señalar los rumbos definitivos de educación indígenal. Esta asamblea aprobó nuestro Estatuto, acompañándolo de una Declaración de Principios que tengo que transcribir a continuación, pero debo decir que enviado al Ministerio, fue desvirtuado en su esencia misma por la ignorancia de los miembros del Consejo Nacional de Educación, integrado por normalistas que no conocían las modalidades del campo ni las de la escuela. Estos señores se permitieron introducir modificaciones, a su parecer, llenas de sabiduría, pero que daban al traste con los propósitos perseguidos. En efecto, el Decreto de 16 de diciembre de 1936, en su artículo 43, hace decir al Estatuto: “El problema del indio es integral (económico-social), pero la escuela sólo abarcará de inmediato el aspecto educativo”.

Esta disposición es absurda y contradictoria, y su aplicación hubiera significado volver al tipo tradicional de la escuelita unitaria, de simple alfabetización y completamente pasiva. Los integrantes del Consejo Nacional de Educación acaso hubieran visto también con simpatía que

se restaurase en la escuela indigenal el uso de la palmeta con que se torturaba a los niños de antaño...

¿Qué habrían pretendido los normalistas del Consejo al encajar esa modificación cuyo sólo calificativo es el de estúpida?

Además, todo el Estatuto aprobado por la Asamblea estaba impregnado de la función económico-social de la escuela, de sus tendencias agropecuarias y profesionales, de su extensión a la comunidad, de sus servicios sociales, de la defensa del indio, etcétera. Con lo que la modificación de marras resaltaba como absolutamente traída de los cabellos.

¡Ya veremos después todos los males que nos causó esa mentalidad del “maestro normalista” egoísta, engreído y poco dado al esfuerzo! Con mucha razón Carlos Oropeza decía en un artículo publicado el 29 de enero de 1937 en el diario “Última Hora”, bajo el título de “El Indio y el Estado Socialista”: “El bobarismo pedagógico, tan reciamente analizado por el cultísimo autor de “Creación de la Pedagogía Nacional”, sigue haciendo estragos pavorosos en todos nuestros círculos culturizadores...”

Antes de transcribir la Declaración de Principios, he de manifestar que la Asamblea de Maestros Indigenistas aprobó también un proyecto presentado por Rafael Reyeros, un funcionario del Ministerio, en el que se proponía la creación de la Oficialía Mayor de Asuntos Indígenas. No sabían los maestros que estaban creando el instrumento de su propia destrucción.

Transcribo in extenso la Declaración de Principios, aporte substancial al esclarecimiento del problema del indio. Ver ANEXO VII.

El Director de Warisata en la Dirección General

En los primeros días de 1937, asumí el cargo de director General de Educación Indigenal, por invitación reiterada del teniente Coronel Peñaranda.

Jamás había pensado en dejar Warisata. Creía, acaso ingenuamente, que nada podría apartarme de ella, ya que mi vida entera estaba en aquella obra y yo no tenía otro porvenir que no fuera de luchar por el indio. Pero he aquí que el mismo crecimiento de la escuela me llamaba

a otro destino, al que no podía excusarme porque desde ahí podría impulsar y alentar nuestras labores, convirtiendo a la dirección general en una oficina donde se trabajara tan esforzada y honestamente como lo hacíamos en Warisata. Además, así podría vigilar la correcta aplicación de nuestras doctrinas en los otros núcleos del país, pues no era de fiar el modo cómo hasta entonces se había conducido a esas escuelas

El problema de la dirección lo dejé sin resolver; pues en realidad, desde mi nuevo cargo yo seguía dirigiendo la escuela, confiada a los maestros y al Parlamento Amauta. ... Al asumir la Dirección General, mi primer acto fue visitar todos los núcleos para verificar la labor realizada, es decir, que recorrí el país de arriba abajo usando todos los medios de locomoción posibles. Cuatro de las escuelas tenían magníficos directores. En los demás núcleos la cosa era más bien deficiente, no se cumplía con el Estatuto y, en algunos, ni siquiera se lo conocía.

Peripecias en Mojocoya y otros núcleos

Elizardo visitó todos los núcleos, entre ellos Mojocoya, Talina, San Lucas, Caiza, Llica, Casarabe, Parapetí, muchas veces, sin previo aviso y en un caballito de poca alzada, pero resistente, ya que en esa época no existían carreteras; a veces pernoctando en alguna choza. A excepción de los cuatro últimos, todos resultaron ser un desengaño, ya fuera porque el Director se había convertido en patrón o que, decididamente, no estaba dispuesto ni preparado como para asumir la responsabilidad que se le había dado. En el caso de Caiza, su creación se debió a que era una escuela que vegetaba, era necesario reactivarla, es así que su nuevo Director, al hacerse cargo, logró implantar el principio básico de la pedagogía del esfuerzo y del trabajo, la escuela estaba ubicada, originalmente en la aldea, para luego trasladarse a un medio totalmente indígena.

Llica estaba situada más allá del Salar de Uyuni. Muchísimo tiempo esta región estuvo aislada del resto del país, debido al desierto circundante. Ha sido la escuela la que, positivamente, la ha incorporado a la nacionalidad, sustrayéndola en gran parte a la influencia del país vecino. Se trata de una población aymara bastante evolucionada, proveniente de un

mitimae inkaico, y que precisamente por su aislamiento ha conservado todas las características de la antigua marca, con el curaca que dirige las deliberaciones de la ulaka en calidad de jefe político. Era una zona, por tanto, de extraordinario interés para desarrollar una escuela tipo Warisata, y tengo que decir que su Director, Bernabé Ledezma, realizó un gran trabajo. Fue por otra parte la primera escuela que contó con una apreciable dotación de fondos, pues en esa época le dimos cincuenta mil bolivianos, un camión nuevo que costó 27.000 y otras sumas con las que se redondeó la cantidad de cien mil pesos, con la cual se podía hacer todo lo necesario. Además, el indio respondió con admirable despliegue de trabajo y de energía, pues aquí la escuela-ayllu se desarrolló con toda libertad y sin las interferencias que tanto nos perjudicaron en otras partes. En Llica funcionó con todos sus alcances el Parlamento Amauta, despertando la inquietud de las indiadas a favor del Núcleo y obteniéndose su aporte moral y material. Así se abrieron cimientos, se levantaron muros y la estructura íntegra de los locales, excepto su acabado, que se hizo años después; se fundaron y edificaron escuelas seccionales en las comunidades de mayor importancia, se instalaron talleres, los deportes ingresaron a una época de gran florecimiento, y en fin, todo adquirió en Llica un nuevo sentido vital y dinámico, y lo que es más, de gran persistencia a través de los años. Fue de esta escuela indigenal de donde se enviaron a Warisata los primeros muchachos destinados a profesionalizarse como maestros indigenistas, los cuales, después de haberse titulado, volvieron a su lar para hacerse cargo de la conducción de sus escuelas, cosa que están haciendo hasta ahora manteniéndose el Núcleo como uno de los pocos donde las tradiciones forjadas en esos tiempos de lucha no han sido olvidadas, y donde se trabaja y lucha como en ninguna otra parte. Fue también Llica el Núcleo donde por primera vez trabajó un director indio: se trata de Celestino Saavedra, noble figura de la que hablaré más tarde.

Es importante señalar que Elizardo hace esta referencia del Núcleo de Llica, cuando retornó a Bolivia, en 1962, con motivo de la primera edición de su libro; como se dijo anteriormente, fueron gobiernos posteriores los que, demagógicamente, mediante la fundación de innumerables escuelas, desvirtuaron el concepto de núcleo, es entonces cuando Llica también sucumbió.

Reajuste de labores en los Núcleos

Era un imperativo hacer los ajustes necesarios en los núcleos, para ello se utilizaron los fondos dados por Tejada Sorzado. Desde la Dirección General, Elizardo proveyó a los núcleos de camiones y todo tipo de equipos y materiales para su buen funcionamiento, se impartieron instrucciones a los nuevos directores, además de constantes visitas, enseñanza del reglamento, revisión de cuentas, control del trabajo realizado, tanto en aulas como en construcciones, talleres y campos de cultivo. Se reglamentaron reuniones anuales de directores de núcleos junto con representantes indígenas en una asamblea nacional de gran trascendencia

De esta manera, se logró despertar inquietudes muy altas en muchos directores y maestros; no obstante, nos fue difícil lograr un rendimiento uniforme en todos ellos; tal vez la obra era demasiado grande y no medíamos la capacidad media de trabajo...

Una campaña para conseguir recursos

... el Estado no tenía dinero para sus escuelas indígenas, y sin duda que dejar las cosas a la cicatería de la administración pública, era condenarnos a ser siempre mal tratados. Propuse, pues, al Ministro de Educación, que emprendiéramos una colecta pública para conseguir fondos, señalando como tope la suma de diez millones como indispensable para cimentar el desarrollo de las escuelas indígenas. No se crea que yo me fiaba de la generosidad y de la filantropía ajenas, o que apelaba a sentimientos de conmiseración y piedad hacia el indio; no, entendía que las contribuciones, si bien voluntarias, representaban una especie de impuesto sobre las grandes ganancias que percibían las empresas privadas del país, y habíamos de hacer todo lo posible para cobrarlo.

El ministro Peñaranda, entusiasta y ejecutivo como era, no solamente acogió con placer la iniciativa, sino que la hizo suya oficializándola mediante Resolución Suprema de 28 de enero de 1937, que decía: “Se autoriza a la Dirección General de Educación Indígena y Campesina para

solicitar la cooperación económica y voluntaria de los hombres de negocios más encumbrados de la República, con destino al fomento intensivo de Educación Campesina". No terminó ahí su acción: se dirigió mediante cartas a mineros, comerciantes, banqueros, industriales, latifundistas y otras personas, pidiéndoles su contribución. Pidió y obtuvo la cooperación de la prensa, que apoyó la iniciativa con unánime actitud. Los intelectuales más destacados fueron invitados a ocupar la radio para dictar conferencias relativas al problema del indio. Él mismo dio charlas por las emisoras locales y empleó todas las formas de propaganda necesarias.

Uno de los artículos más interesantes, que publicó la prensa demandando ayuda, fue el que apareció en "La Calle", de La Paz, en su edición del 9 de marzo de 1937, y en el cual decía que "no se trata de crear en el agro boliviano escuelas alfabetizadoras, con la meta del silabario y del intelectualismo vanos. No. Se trata de imponer escuelas activas, que dotadas de talleres, campos de cultivo, semillas, ganado, cinematógrafo, bibliotecas, internados, material sanitario, hornos para ladrillos, y demás instrumentos de trabajo, que forjen al NUEVO INDIO, un espécimen técnico macizo ligado a la tierra, por la mejor forma de producción, por la mejor forma de multiplicar el ganado; un espécimen digno de ser hombre productor. Esto, en el orden de la función económica de la NUEVA ESCUELA RURAL. En el orden de la conciencia nacional, el gradual despertar del ciudadano, miembro activo de la nacionalidad boliviana, con espíritu solidario a los demás hombres que forman el cuerpo social y con noción perfecta de sus derechos y deberes".

"EDUCACIÓN CAMPESINA, para realizar estos fines, exige de los potentados del país, de los capitalistas mineros e industriales, que hacen su riqueza en Bolivia, una contribución económica —repetimos— no en el sentido de la invocación caritativa y de la simple filantropía, sino en el sentido de un DEBER SOCIAL para con el país, para con la nación".

Lo que a nosotros nos interesaba era que el dinero afluyera, fuese como fuese; y los resultados, si bien no alcanzaron a la suma de los diez millones, nos permitieron contar en seis meses de intensa campaña, con la suma de Bs. 538.657,87, que fueron depositados en el Banco Central y administrados por el Ministerio.

Esta colecta fue salvadora para nuestras escuelas, porque posteriormente el Presidente Busch no pudo prestarnos ayuda económica a pesar

de sus deseos. El hecho es que Busch tenía preparado un gran proyecto para llevar la educación indígenal a altísimo nivel; pero tenía al frente a la Convención Nacional, a la Comisión Legislativa y a sus propios ministros que no le dejaban operar, con lo que sus propósitos fracasaron por completo. Busch, con visión todavía más audaz que la de Tejada Sorzano, envió al Parlamento un proyecto de ley, con mensaje especial, por el que se destinaba un millón de bolivianos para expropiar el ayllu de Warisata en su integridad, y no solamente las doce hectáreas circundantes señaladas por Tejada Sorzano. El ayllu, que no era sino la antigua marca inkaica, comprendía todas las sayañas y haciendas de la zona, y tenía que ser entregado a la administración de los mismos indios, los cuales se obligaban a destinar la tercera parte de las tierras al sostenimiento de la escuela. Era la primera vez que se proyectaba un ensayo serio de reforma agraria manteniendo las tradiciones seculares. Por desgracia, el Presidente de la Cámara de Diputados era un hijo de Achacachi, el cual entrepapeló el expediente cuando estaba listo para ser considerado. Nunca más se habló de ese asunto.

Han pasado 4 décadas desde la destrucción de Warisata, al pensar en todo aquello, ahora sólo me queda recordar. Recuerdo con dolor los esfuerzos de aquellos hombres que comprendieron y apoyaron La escuela Ayllu...Bothelo Gozávez, Marina Núñez del Prado, Yolanda Bedregal, Carlos Oropeza, Gamaliel Churata, Carlos Medinacelli, Tejada Sorzano,, Armando Arce Loureiro, Carlos Garibaldi, Carlos Salazar, quien a través de su arte inmortalizó Warisata y el regalo más bello que me dio la vida: *mi esposa, Jael Oropeza, que alentó mis ideales plegándose a la causa del indio...* luchadora infatigable, noble y generosa.

Duele profundamente que toda aquella energía fuera apaleada por la ignorancia, el ansia de poder, la demagogia. Recuerdo con dolor los momentos en que se pudo haber solucionado el problema del agro y de la educación del indio. Paz Estenssoro pudo haberlo hecho, pero prefirió dividir la tierra, cercenar la capacidad productiva del indio, ignorar el potencial de las instituciones del ayllu; en lugar de eso, dividió la tierra, entregó fusiles...el objetivo parecía haber sido DESTRUIR...

Interferencias de la Oficialía Mayor de Asuntos Indígenas

La Asamblea de Directores convocada por el ministro Peñaranda en 1936, había aprobado un proyecto del empleado Rafael Reyerós sugiriendo al Ministerio la creación de la Oficialía Mayor de Asuntos Indígenas. Era visible que el autor del proyecto era al mismo tiempo el único aspirante para ocupar el nuevo cargo, como en efecto sucedió. El ministro, sugestionado por la fraseología del proyecto, le dio a la flamante Oficialía atribuciones bastante amplias y no muy claras, lo cual creó una serie de perjudiciales interferencias con la Dirección General. A tal punto llegaron las fricciones, que me vi obligado a pasar una nota al ministro, en fecha 28 de julio de 1937, en cuyas partes salientes decía: “La Dirección General de Educación Indígena es un organismo técnico, al que se ha confiado la conducción integral de los Núcleos escolares... y para tener toda su autoridad moral, espiritual y efectiva sobre sus dependencias, no debe ser preterida en ningún asunto que se relacione con los núcleos y la labor educacional, ni supeditada con intromisión de autoridades extrañas, que saliendo del marco de sus atribuciones invaden las de esta Dirección General, interviniendo en la marcha de las escuelas, como si fuera de su incumbencia y relegando a esta oficina a la categoría de una simple estación de trámite para ciertos asuntos intrascendentes, y para otros no tomada siquiera en cuenta...”.

En última instancia esto representaba a las dos fuerzas en lucha: indios y gamonales; la ideología libertaria de Warisata contra los manejos de la reacción enmascarada en falsos “indigenistas” tan osados como inescrupulosos.

... Y más aún: ese funcionario disponía de nuestros fondos como suyos, como que se gastaba alegremente las sumas tan trabajosamente obtenidas en la colecta, entre otras cosas, para amoblar lujosamente sus oficinas.

Finalmente, hacía notar la escasa visión que ese negociado tenía respecto al problema indio, señalando el caso sui generis de la propiedad de Vacas, donde estaba situada la escuela del mismo nombre, pues “mientras esta Dirección General –decía– desea establecer una granja escolar, a base de las tierras revertidas al Estado, el señor Oficial Mayor se apresura a parcelar, creando pequeños propietarios...”. Lo más curioso de este mal llevado proyecto fue que

se hacía en nombre de “principios socialistas”, como si el socialismo consistiera en destrozarse la propiedad colectiva y hacer pequeños propietarios. Supongo que no faltará alguna oportunidad en que podamos exponer ampliamente nuestras ideas en torno al problema de la tierra; pero entretanto, podemos manifestar que el criterio de parcelar sin más ni más, implica el desconocimiento de la verdadera estructura económica en que se basa la producción de los países andinos, la cual es esencialmente colectivista y que ha sobrevivido hasta ahora con las denominaciones de jatha, ayni, mincka, marca y otras, síntesis de la organización del trabajo sobre la propiedad comunitaria. La forma moderna de esta supervivencia es la granja o hacienda, en la cual se han conservado, por lo general, todas aquellas modalidades, excepto en lo que concierne a la presencia del patrón, que sustituye al encomendero, como éste sustituyó al inka o sus representantes. Una reforma agraria en estos países debiera, por lo tanto, conservar esta admirable organización productiva, sustituyendo al patrón, a su vez, con una entidad que, como en tiempo de los inkas, sirviese a los fines de la colectividad en general. Esa entidad, a criterio nuestro, hubiera sido la escuela indígena en su forma productiva y de trabajo, la que se hubiera constituido en el motor económico y cultural de la comunidad, y que, al lograr su autoabastecimiento, hubiera solucionado en gran parte el problema del mantenimiento de todos los núcleos escolares del país, tan costosos hoy en día (énfasis de MVPO).

Éste es el concepto básico que Elizardo planteó, años después (1953), como integrante de la comisión de Reforma Agraria; la intransigencia de los demás miembros de la Comisión lo llevó a renunciar, indicando los motivos que lo llevaban a tal decisión. Es así que, mediante ley de un 2 de agosto, se creó el minifundio.

Luego de su renuncia, Elizardo fue invitado por la O.I.T., ya en Ginebra, trabajó a favor de las primeras leyes internacionales en defensa de los pueblos originarios; luego de un año, se trasladó a Buenos Aires, donde lo esperaba su familia. Su autoexilio duró hasta su muerte.

Otro hubiera sido la situación del agro que hasta ahora no se resuelve.

El ministro Peñaranda escuchó mis razones cuando le expresé que en nombre de principios socialistas –pues el Gobierno en aquellos momentos se

titulaba “socialista”— se estaba destruyendo lo único socializado que había en Bolivia —la granja— para poner en vigencia un sistema de propiedad eminentemente liberal como es la pequeña propiedad. El ministro ordenó, pues, que la parcelación de Vacas fuera suspendida, viendo el error que le estaban haciendo cometer los falsos “socialistas” que medraban a su sombra.

Un Decreto inoperante y perjudicial

Otra de las genialidades de los asesores del Ministerio fue la dictación del Decreto de 19 de agosto de 1936, por el que se dispone que todo fundo rústico, empresa minera o de explotación industrial de cualquier género, donde existieran más de treinta niños en edad escolar, debía abrir obligatoriamente escuelas por su cuenta, hasta el 30 de marzo de 1937; el incumplimiento de esa disposición sería penado con fuertes multas destinadas a un fondo especial para adquirir útiles de enseñanza, y el material necesario para esas escuelas sería provisto por los almacenes escolares del Ministerio.

Aparentemente, el Decreto se inspira en buenas razones, pero una cosa son los deseos y otra las realidades; por nuestra parte, ya veteranos en la lucha contra los terratenientes, sabíamos que ese decreto no iría a ser cumplido en forma alguna, ya que no se contaba en primer lugar con la voluntad de los propietarios, ni había, en segundo término, ninguna organización capaz de imponer y controlar la creación y funcionamiento de tales escuelas. Por el contrario, nos iba a causar más de un serio dolor de cabeza y no pocos sinsabores, como en efecto sucedió, pues la Sociedad Rural Boliviana se lanzó en contra nuestra con todas sus fuerzas, atribuyéndonos la paternidad del Decreto... Entretanto, a raíz del Decreto de 19 de Agosto de 1936, la Sociedad Rural Boliviana había roto sus fuegos contra nosotros, anunciando a sus filiales del país la guerra a muerte contra todo lo que significara educación indigenal y especialmente contra el Decreto de marras. Cierta vez me encontré en Potosí con el ministro, y le reflexioné nuevamente sobre lo negativo del asunto y los perjuicios que nos estaba ocasionando; a lo cual me respondió que el Gobierno disponía de la fuerza suficiente para hacer cumplir el Decreto.

Pues bien, llegó el 30 de marzo, fecha señalada por el Decreto, y no había sido fundada ni una sola escuela. El 6 de abril la Junta Militar de Gobierno dictó otro Decreto concediendo el plazo de 30 días más, bajo pena de severas sanciones; y así la situación se repitió una y otra vez, hasta que el Gobierno se cansó de expedir decretos de prórroga, lo que significaba dar paso a las sanciones correspondientes. A tal efecto, la Dirección General pasó a las Prefecturas de toda la República, enormes listas de infractores para que les fueran cobradas las multas señaladas.

Demás está decir que nadie pagó ni un centavo. Tal fue el triste fin del famoso decreto. Respecto a su autor, que estaba obligado a salir en su defensa, sostenerlo y llevarlo a la práctica, no apareció por ningún lado ni se molestó en ayudar a la campaña absolutamente en ninguna forma. ¡Tenía conciencia, sin duda, de la farsa que había elucubrado!

Estrategia de los terratenientes

No extrañaré a nadie que la ofensiva de la Sociedad Rural adquiriera una fuerza formidable: el país se prestaba para ello, y en realidad lo extraño era que nosotros hubiéramos podido avanzar tanto. Nuestros enemigos se parapetaron en las oficinas públicas, en los radios y en muchos periódicos; entre éstos, “La Razón” que en otro tiempo nos había defendido, cuando Fabián Vaca Chávez era su director, ahora nos combatía con ferocidad atribuyéndonos todas las fechorías posibles.

Después de las primeras escaramuzas —pues nosotros no quedamos callados— la Sociedad Rural lanzó un ataque a fondo denunciando oficialmente ante el Ministerio de Educación la calidad delictuosa de nuestra obra en Warisata y en los demás Núcleos.

La denuncia, monstruosa, pergeñada con maldad, y no obstante, con poca habilidad, llevaba fecha 2 de agosto de 1937, aniversario de la fundación de la escuela. Por extraña coincidencia, poco antes el Tcnl. Germán Busch, ahora Presidente, dictaba el Decreto Supremo por el que se señalaba el 2 de agosto de cada año como DÍA DEL INDIO, disponiendo que se rindieran homenajes nacionales a la creación de Warisata.

He ahí dos épocas enfrentadas: el pasado caduco y lleno de vergüenza, representado por esa entidad oscurantista y feudal que era la Sociedad

Rural Boliviana; y el futuro, provisor, ansioso de libertad y de justicia, emergido de las trincheras del Chaco, representado por ese hombre puro y valeroso que fue Busch.

La sociedad Rural aseguraba con la mayor frescura que ellos podían indicarnos “la forma y espíritu con que deben encararse los métodos sanos de la educación del indio en estos momentos en que hay ambiente feliz de entusiasmo y sobre todo de posibilidades económicas”; en nuestra respuesta hacíamos notar que esa afirmación la hacían precisamente cuando se oponían a todo trance al establecimiento de escuelas en sus fundos, y cuando su ayuda económica había alcanzado cifras mínimas.

Decía también que no se enseñaba en las escuelas la labor agrícola, sino con preferencia la de obreros manuales.

Precisamente este brillante resultado de nuestras actividades agrícolas me decidió a enviar una orden al Director Accidental de Warisata, el 29 de mayo, disponiendo que el internado se ampliara a cien niños, debiendo ser sostenidos cincuenta con los ingresos de la escuela.

Es interesante referir, además que en tal oportunidad se dispuso que se eligieran 20 a 30 niñas de 8 a 12 años de edad, prefiriendo a huérfanos de guerra, para establecer el internado femenino, cuyo cuidado debía encomendarse a las madres de familia en turnos rotativos de quince días. Claro que no nos limitamos a dar la orden, sino que ésta fue acompañada del material y la vajilla correspondientes. La escuela dio así otro paso de gran trascendencia en la educación de la mujer.

En 1940 la acusación sería repetida por los normalistas que se apoderaron de educación indigenal, quienes, a sabiendas de que falseaban la verdad, sostenían el punto de vista de la Sociedad Rural, diciendo que hacíamos artesanos antes que labradores.

Los nuevos Núcleos de Educación Indigenal

El Núcleo de Jesús de Machaca.- Había tiempos en que el nombre de Jesús de Machaca era sinónimo de barbarie, de rebeldía y de peligrosa agresividad, a consecuencia de la sublevación de 1921 que tan duramente fue reprimida. Pero yo tenía otras creencias respecto a esos indios y deseaba vincularme con ellos para ver cómo respondían a un trabajo

como el que hacíamos en Warisata. Estaba seguro de que su supuesta belicosidad encerraba grandes virtudes humanas, y quien vea el fondo de la cuestión, tendrá que encontrar en esa innata rebeldía la tenaz disposición del hombre para alcanzar su libertad.

Sí, se me permitió exponer mis propósitos primero ante el grupo familiar y luego ante mayor número de gentes. Los indios me escuchaban con cautela, pero pronto fue evidente que la cosa empezaba a tomar forma en su cabeza.

Por fin el cabildo en pleno resolvió recibirme. Este fue un acontecimiento en Jesús de Machaca, porque aquella entidad no abría sus puertas a extraños, especialmente si se trataba de mestizos o blancos. Pero rota la tradición, fui escuchado por veinticuatro patriarcas que representaban a las doce comunidades circundantes. Yo sentí la solemnidad del momento y puse elocuencia en mis explicaciones. Relaté lo que habían hecho los indios de Warisata y les invité a visitar la escuela, poniéndoles a su disposición nuestro vehículo. Pese a su gravedad, pude notar signos de complacencia ante mi lenguaje, y mis proposiciones fueron aceptadas.

Veintisiete autoridades indias subieron al camión rumbo a Warisata, y al llegar a la escuela no pudieron menos que manifestar su asombro con las típicas exclamaciones aimaras. He aquí que hermanos de raza habían hecho nada menos que un palacio para uso de ellos y de sus hijos, y el hombre desconocido que les había hablado, se había quedado corto en la descripción. El Parlamento Amauta los recibió en asamblea, en la cual se les hizo conocer al detalle todo lo realizado. Después pasaron por todas las reparticiones, vieron nuestros campos y jardines, comprobaron lo que se había hecho en cuanto a acción social, apreciaron en todos sus aspectos la nueva vida de los niños. Los diferentes ayllus los acogieron haciéndoles grata la permanencia, y todo resultó una verdadera fiesta de las hermandades indias de esos dos grupos aimaras.

Vueltos a Jesús de Machaca, el cabildo resolvió por unanimidad y previa autorización de las doce comunidades, cooperar con material y moralmente a la construcción de la escuela central, de la que más tarde se desprenderían las seccionales respectivas en cada uno de los ayllus.

Lo principal estaba logrado. Ahora sólo faltaba levantar los edificios...

Así comenzó en Jesús de Machaca una verdadera eclosión social, si bien de distinto orden que en 1921. Todas las viejas rebeldías se encaminaban ahora a la obra de su propia cultura, comienzo de una auténtica liberación. Su trascendencia fue enorme en el altiplano, y de ella se hizo eco la prensa paceña, aunque no faltaron quienes viesan en la fundación del Núcleo una amenaza para el país, dada la fama que arrastraban los indios de esa zona. “La Calle” publicó un excelente artículo el 13 de julio de 1937, en el que decía: “No es posible que se siga atribuyendo a los comunarios de Jesús de Machaca, la triste fama de ‘subversivos’... actualmente todas las comunidades se hallan empeñadas en levantar el edificio escolar, cuyas proporciones serán realmente gigantescas, y fuera de los turnos ordinarios de trabajo que son de 120 o más hombres semanales, los indígenas hacen otros por su cuenta y voluntariamente, centuplicando su esfuerzo para terminar su escuela...”.

De hecho, el sistema nuclear era una amenaza para los que ostentaban el poder. Era importante destruirlo. Hay quienes se preguntan ¿por qué sucumbió la Escuela Ayllu, dado que su espíritu había calado hondo en tantas regiones del país? No es difícil responder. Los intereses económicos y sociales de quienes se consideraban dueños y señores inamovibles del destino propio y ajeno supieron perfectamente dónde lanzar sus dardos, al margen de los constantes ataques que llegaban de todas partes. El talón de Aquiles, en ese momento, era el Sistema Nuclear que se constituía en el peligro más grande, ya que había traspasado los límites de Warisata, ese faro ya iba mucho más allá de los Andes. La destrucción despiadada de los núcleos, que luego narrará Elizardo, nos da la respuesta.

Irradiación a la selva

La empresa que me proponía ejecutar en la selva ofrecía no pocos riesgos y dificultades. Tenía que ponerme en la situación del misionero, dispuesto a todos los peligros y a todos los renunciamentos; tendría que experimentar los mismos padecimientos que los frailes, solo, sin defensa alguna, utilizando primitivos medios de transporte, alimentarme como

podiese, cogido por las enfermedades y luchando contra la manigua. Al comienzo, mi propósito fue realizar un convenio con las misiones franciscanas existentes, pero los resultados fueron negativos: los frailes no disponían de personal, y tampoco encontré ese espíritu emprendedor y progresista que se necesitaba para ejecutar la tarea. Tenía que buscar a mis colaboradores entre elementos nacionales, capaces de convertirse en pioneros y cuya integridad espiritual corriese pareja con su fortaleza física. Ya no estarían guiados por el celo religioso, como los frailes: una nueva emoción social les llevaría adelante venciendo cuanta dificultad encontraran.

Fundación del Núcleo de Moré

Mi viaje al oriente fue anunciado por "El diario" en su edición del 21 de agosto de 1937, y por "Crónica del 2 de septiembre, este último decía: "El director de Educación Indígena lleva una gran cantidad de prendas de vestir y de herramientas para los sirionós... entre el material que lleva, figuran chamarras, pantalones, mosquiteros y otras prendas de vestir... hachas, machetes, bachelas, etc. Todo ello se distribuirá entre los alumnos selvícolas de Casarabe y entre los nativos que integren el nuevo núcleo cuya creación se halla proyectada"

Elizardo, con una canoa y cuatro soldados remeros emprendió viaje hacia el Mamoré, al llegar a Puerto Siles sintió una molestia en los pies, éstos se hincharon de tal manera que no pudo soportar las botas. Sus compañeros preocupados, no le permitieron desembarcar, consideraban que era un peligro que continuara el viaje en esas condiciones, se trataba de seguir por rutas inexploradas... tuvo que continuar el viaje hasta Cachuela Esperanza, ya sobre el Río Beni, donde encontró un hospital de la Casa Suarez, modernísimo, perfectamente equipado, atendido por un destacado médico suizo...

No tuve más remedio que seguir el consejo, y de ese modo mi viaje se prologó imprevistamente hacia el norte del país.

Llegado a Cachuela Esperanza, me interné en el hospital, sorprendiéndome ver instalaciones tan magníficas en aquel rincón del país. La atención que se me brindó fue esmeradísima, tanto de parte del médico

como de los enfermeros, y aún del personal de administración; sin embargo, la ciencia se mostraba impotente ante el mal que me aquejaba. Ahora tenía los pies con una hinchazón impresionante y llenos de llagas hasta las rodillas; para colmo, también quedaron afectados el cuello y la espalda; faltaba poco para que todo mi cuerpo fuera una llaga viva. En medio de estos sufrimientos, tuve una sorpresa que me confortó muchísimo: la inesperada visita de mi hermano Héctor y del doctor Arturo Plaza, quienes habían llegado por avión a solicitud expresa de mi madre. Ésta se había anoticiado de mi enfermedad, a pesar de la reserva que pedí guardaran en el Ministerio. Me suponían sin auxilio médico, lo cual, como hemos visto, no era cierto.

Mi hermano y el doctor Plaza me pidieron con la mayor energía que volviera a La Paz para someterme a un severo tratamiento, reforzados en su petición por el médico suizo, el cual me practicó un análisis de sangre cuyo resultado le preocupó mucho, diciéndome:

– Mi consejo, señor Pérez, es que de inmediato vuelva usted a La Paz porque en ésta no contamos con las medicinas necesarias para dominar su mal.

Esto me lo dijo en presencia del doctor Plaza, del Coronel Félix Tejada, que ejercía una función militar en la zona, y de mi hermano Héctor.

Mi negativa fue rotunda. No iba a dejarme dominar por mi mala salud para dejar mi tarea... El doctor Plaza y mi hermano tuvieron que volver a La Paz sin haberme hecho desistir de mi obstinación. Así inerme como me hallaba, decidí dejar el hospital donde con tanta bondad se me había tratado y me dirigí mediante esquila al Gerente de la Casa Suárez solicitando movilidad hasta Puerto Sucre; petición que me fue concedida inmediatamente. ¡Cuántas gentilezas en torno a mí! Todos se desvivían por hacerme la estadía menos penosa... De modo que abandoné la cama sin más ni más. Un enfermero, de apellido alemán que he olvidado, que me colmaba de atenciones y cuidados, me tomó en brazos como a un niño y me llevó hasta la cabina del camión que había de conducirme hasta Puerto Sucre.

Aquí me esperaba una canoa tripulada por un negro, bondadoso y fuerte como nadie. Dormí a la orilla del río, acosado por los mosquitos, y a la madrugada partí llevando como equipaje una bolsa de goma, industria regional, conteniendo dinero y algo de ropa, amén de la consabida hamaca y el mosquitero.

Pero mis penalidades no habían concluido: al dejar el hospital sentí otra molestia en el ojo izquierdo. Era una conjuntivitis, muy violenta, contra la cual no tenía sino una pomada con la que me frotaba diariamente sin encontrar alivio.

En estas condiciones emprendí viaje por el Iténez. Estaba desprovisto de todos los elementos necesarios para ponerme a salvo de las asechanzas de la selva, y ahora apenas podía deleitarme con la contemplación del paisaje majestuoso del río, que corre lentamente custodiado por la arboleda milenaria y misteriosa. La reverberación de los rayos solares en la inmensa superficie acuática hería mis ojos, obligándome a permanecer bajo una especie de carpa que el negro improvisó utilizando la hamaca. Era una posición muy incómoda y dolorosa, pues en la estrechez de la canoa no encontraba manera de reposar el cuerpo llagado ni hacer movimiento alguno. Al atardecer del primer día, mi moreno compañero aseguró la canoa a la orilla del río, en un lugar de donde partía un senderillo subiendo la barranca hasta perderse en la llanura boscosa. Era un sitio que invitaba al descanso. El negro amarró la hamaca y armó el mosquitero, tras de lo cual me alzó en brazos para llevarme al improvisado campamento; pero con tan mala fortuna que dio un resbalón y dimos con nuestros cuerpos en tierra, rodando yo por el barroso caminillo.

No recuerdo cuántos días más duró la navegación, pero sí recuerdo las torturas que pasé, así como la infinita paciencia del negro, que cada atardecer me llevaba a tierra y disponía mi descanso. Al fin desembarcamos en Puerto Komarek, nombre que tiene del propietario del lugar. Había llegado a mi destino.

En el puerto no había sino la casa del señor Komarek; era una persona muy amable, llevada hacia zona tan apartada por su espíritu colonizador y audaz. Enterado del motivo de mi viaje, me ayudó en todo lo que estuvo a su alcance. Mi deseo hubiera sido internarme en la selva a caballo o a pie, pero como esto era imposible, tuve que pedir a mi amigo negro que dejara los remos y me cargara, restaurando así el medio de locomoción de que solía valerse el inglés Livingstone en las selvas africanas. El señor Komarek era el guía, y así emprendimos la penetración a la verdadera jungla.

Fueron muchas las penalidades que pasó y sus consecuencias lo acompañaron hasta el día de su muerte; a pesar de los tratamientos

que le recomendaban los especialistas en la materia, la conjuntivitis y otras enfermedades de origen hongósico nunca lo abandonaron, tampoco lo abandonó su increíble fortaleza, siempre activo y creativo, no sabía lo que era el cansancio ni el hambre, ni el frío o el calor. Siempre haciendo algo “a modo de descanso”. Nuestro jardín de Buenos Aires era un vergel; experto en parrilladas domingueras, el día de descanso y reunión de la familia; le gustaba la carpintería, en nuestra casa nunca faltaba un banquito o una hermosa mesita con ruedas; no faltaban las conversaciones sobre sus lecturas... gran lector, su predilección, la historia.

A los diez kilómetros de recorrido encontramos una maloca (choza) donde había unas diez personas, de la tribu de los moré, y que conocían al señor Komarek, tratándolo con familiaridad y entendiéndose en el idioma o dialecto nativo. Cambiamos impresiones con esa gente y les anoticiamos del objeto de nuestra presencia en la zona.

En días subsiguientes nos encaminamos a otros lugares, yo siempre a espaldas del robusto negro. En tal forma tuve ocasión de entrevistarme con unas quince personas de la misma tribu. Las condiciones del lugar me parecieron magníficas desde todo punto de vista; estaba situado a la orilla de una de las arterias fluviales más importantes de la república, que permitía moverse al interior o al exterior del país; con tierras salitrosas aptas para la crianza de ganado vacuno en gran escala, así como para cultivos extensivos de maíz, plátano, yuca, arroz y además, y esto era muy importante, por sus bosques con enorme variedad de madera finísima, abundancia de árboles productores de castaña y goma, todo lo cual aseguraba un gran porvenir económico. Todo en esta región era favorable a su desarrollo integral, y eso me determinó a dar por fundado el Núcleo, sobre la base de los neófitos que poblaban la región y de sus extensas tierras que eran de propiedad del Estado. Se redactó el acta de fundación definiendo el tipo de la escuela, que debía ser una granja estatal para la recuperación de los pobladores, creando la economía familiar y regional y buscando la formación de un tipo humano responsable capaz de sumarse a la nacionalidad.

No teniendo, por el momento, a nadie que pudiera asumir la dirección, pedí al señor Komarek que se hiciera cargo del Núcleo con carácter accidental, habiéndole dejado Bs. 5.000.- para adquirir una canoa con

su motor, algunos bueyes, un carretón, víveres para las familias y otros gastos. En días subsiguientes nos encaminamos a otros lugares, yo siempre a espaldas del robusto negro.

Los pioneros de Casarabe

A mi llegada a Trinidad me puse a preparar viaje hacia el Núcleo de Casarabe. El profesor Carlos Loayza Beltrán y su esposa fueron quienes se encargaron de la organización del Núcleo, y según lo que pude escuchar en la capital beniana, estaban cometiendo verdaderas tropelías. Aunque no acostumbro a dar crédito a esa clase de rumores, de todas maneras me hallaba preocupado, porque el triunfo o fracaso de Casarabe iba a ser decisivo para el porvenir de la obra reductora en la selva.

Sin embargo, no pude viajar de inmediato al Núcleo, porque el médico, doctor Sierra, me impuso con energía someterme a completo reposo por espacio de tres días, durante los cuales me prestó su máxima atención profesional. Este lapso me permitió ponerme en contacto con autoridades de gobierno, educacionales, contraloría y algunos intelectuales y periodistas, con los cuales formé una comisión que viajaría conmigo para juzgar la obra que se hacía en Casarabe. Además, pude seleccionar a dos de los mejores maestros del departamento, para la dirección de los núcleos de Moré, que acababa de fundar, y del Chapare, que lo sería luego. Estos maestros fueron Luis Leigue para el primero, y Arturo Sánchez para el segundo.

La primera impresión de los comisionados al llegar al Núcleo fue de asombro. El esfuerzo realizado por Carlos Loayza era verdaderamente formidable. Inspeccionamos inmensos campos cultivados con maíz, plátano, yuca, caña de azúcar y hortalizas; la “estancia” disponía de ganado vacuno que estaba reproduciéndose; había talleres de carpintería, curtiduría y talabartería, de cerrajería y hojalatería; la sección de construcciones levantó aulas amplias y ventiladas y otras instalaciones. En el aspecto social pudimos ver prácticamente la evolución que se realizaba en las tribus nómadas, desde su incorporación al plantel, y ahí teníamos la maloca colectiva donde vivían en promiscuidad, transformándose paulatinamente en la vivienda matrimonial, período previo a la organización

de la familia. Todo esto se describió con lujo de detalles, especialmente a los nuevos directores, que así podían enterarse de primera mano de lo que tenían que hacer en sus respectivos núcleos. En Casarabe estuvimos cuatro días, que fueron de grandes enseñanzas para todos. Yo pregunté a los dos nuevos directores, que me dijeran francamente si se sentían capaces de realizar una obra como esa. Tanto Leigue como Sánchez tuvieron frases de encomio para el heroico director Loayza y me aseguraron que realizarían obra similar, pues sus futuros núcleos estaban ubicados en medios geográficos de perspectivas económicas muy superiores a las de Casarabe.

Noticia acerca del Núcleo del Chapare

Mis labores en el Oriente continuaron con la fundación del Núcleo Escolar del Chapare. Como el Núcleo de Moré, elegí una zona que fuera accesible por vía fluvial. La búsqueda del lugar apropiado me llevó hasta la antigua misión de San Antonio, cerca de la confluencia entre los ríos Chapare e Icbilo. Era una zona extraordinariamente rica y de una belleza incomparable. La población se hallaba dispersa en la floresta y se componía de indios yuracarés, tipo étnico espléndido y muy puro, aunque su número se había reducido considerablemente después del abandono de la misión... Si acaso el Núcleo prosperaba como Casarabe, iba a producir una transformación económica en gran escala mediante cultivos, explotación de los recursos naturales —especialmente la madera— así como el establecimiento definitivo de las comunicaciones fluviales... La obra de la escuela tendría que beneficiar a una zona en la que se incluían provincias de Cochabamba, de Santa Cruz y del Beni. No teníamos grandes preocupaciones en cuanto al presupuesto, porque la riqueza del Chapare aseguraba desde el comienzo su completo autoabastecimiento.

Aquí se repitieron los consabidos trabajos: ubicación del lugar, conversaciones con los jefes yuracarés, instrucciones al personal, etc. El Director, que como ya he dicho, era don Arturo Sánchez, estaba lleno de entusiasmo y fervor para la empresa que, un poco impensadamente, le había caído encima. Tiempo más tarde... En cierta oportunidad le hice una visita y quedé completamente encantado con todo lo hecho. Debo advertir al lector —aunque tal vez ya lo habrá advertido por su cuenta— que yo era

más bien severo con mis subordinados y no les permitía la menor falla: dan testimonio de ello las muchas destituciones que hice, empezando por el “patrón” de Mojocoya y terminando en el normalista de Jesús de Machaca. Mis inspecciones las hacía, pues, con ánimo prevenido; pero todo se desvaneció al ver lo que era la escuela del Chapare. ¿Cómo relatar todo lo que vi? El Chapare necesitaría un libro aparte, como Llica o Casarabe, y a esta altura de mis escritos ya me acongoja la mucha extensión que van adquiriendo. Debo, pues, resumir todo en breves frases.

Aquello era todo un espectáculo de intensa actividad; todo limpio, todo bien cuidado, los maizales y cultivos florecientes, las buertas sin yerbajos, las chozas levantadas con perfecto criterio; había talleres de varias clases, se estaban construyendo dormitorios para el internado. Los yuracarés trabajaban alegremente, reproduciendo en esta floresta lo mismo que habían hecho los indios del altiplano en Warisata; es decir, forjando ellos mismos el instrumento de su redención. Recuerdo una escena inolvidable: la formación de muchachuelos que iban al río a bañarse, y que una cuadra antes, rompían la fila y se precipitaban incontenibles para llegar los primeros en medio de gran algarabía. ¡Estos eran los “salvajes”! ¡Las gentes subestimadas por todo el mundo, y que al calor de su nuevo hogar, de su escuela, volvían a la vida humana, a la forja del espíritu, al dominio de los elementos naturales!

En 1939 visitó este núcleo un profesor mexicano, Manuel Velasco, quien me envió un informe muy interesante que se publicó el 5 de octubre en el diario “La Noche”. Copio algunos de sus párrafos para dar, con este testimonio, fin a esta noticia. Ver ANEXO VIII.

El profesor Velasco integraba la comisión mexicana que nos visitó en 1939, a las órdenes de Carlos Basaure. Su testimonio es para mí valioso, aunque pienso que, en lo escueto que es, no da la impresión de vitalidad del núcleo ni sus vastas proyecciones para el futuro de la zona.

¿Cuáles han sido las vastas proyecciones...? Los cultivos, los talleres, la algarabía de los niños corriendo para sumergirse en las límpidas aguas del río ¿en qué quedó todo eso? Ahora sabemos de inmensos campos de coca, fábricas de cocaína, soldados, apresamientos...muerte de la naturaleza y del alma.

Con la fundación del núcleo del Chapare di por terminado este capítulo de mis labores en el Oriente y volví a La Paz. En el aeropuerto

estaba Félix Eguino Zaballa, sorprendiéndome su actitud porque ni siquiera me saludó, pasando una y otra vez a mi lado como si buscara a alguien; finalmente supe que era a mí a quien estaba esperando, sólo que no me reconocía: tan desfigurado y estropeado me hallaba. La gira me había causado realmente grandes fatigas, pero no sin reconocimiento de algunas gentes, entre las cuales se contaba el Teniente Coronel Germán Busch, a la sazón Presidente de la República, el cual, enterado de mis peripecias, me dirigió la siguiente carta:

“Presidencia de la República.- La Paz, 17 de diciembre de 1937. Al señor Elizardo Pérez, Director General de Educación Indígenal y Campesina.- Presente.- Señor: -El Ministro de Educación y Asuntos Indígenas ha puesto en mi conocimiento la labor patriótica y abnegada realizada por usted con motivo de la fundación de los núcleos indigenales en el Chapare y el río Iténez. La Presidencia de mi cargo aprecia en todo su noble significado la acción educacional desarrollada por usted en esas apartadas regiones del territorio patrio, aún con peligro de su salud y de su vida, y por ello cree de su deber hacerle llegar su palabra de aplauso y estímulo que no sólo responde a un imperativo de justicia, sino que importa el reconocimiento de su labor muy apreciada ya en el campo educacional de nuestro país. Esta oportunidad me proporciona la satisfacción muy especial de ofrecerle el testimonio de mi más atenta consideración.- Tte. Cnl. Germán Busch”.

La Escuela Única y su interpretación

Como he dicho, volví a La Paz muy enfermo, no solamente de la vista y de aquella afección cutánea que me consumió: también fui víctima de la desnutrición que iba a convertirse en peligrosa anemia. Tuve, pues, que meterme en cama, habiendo recibido la visita del Ministro de Educación a quien le informé sobre todo cuanto me cupo realizar en ese viaje. Se hizo visible su sentimiento al encontrarme postrado, con la salud tan quebrantada y con tantas huellas de padecimientos.

En esa oportunidad le expuse con amplitud la necesidad urgente de reorganizar la educación pública del país arrancándola de su carácter estático y pasivo, para tornarla dinámica, constructiva y capaz de promover

el desarrollo económico del país aprovechando de sus recursos naturales, que no esperan sino la mano del hombre para convertirse en riqueza.

Yo veía en la Escuela Única un poderoso instrumento de transformación nacional, porque a través de sus postulados se impulsaría el desarrollo integral del niño, descubriendo su vocación y formando equipos de técnicos en todas las especialidades inherentes a nuestro desarrollo económico y social.

Educación Pública, le decía al Ministro, debe reaccionar de todo intelectualismo innecesario y orientarse hacia la educación industrial en las ciudades y centros apropiados, y a la educación agropecuaria y extractiva en los campos. Para ello partíamos del principio de que Bolivia es un país productor de materias primas, cuyas riquezas hállanse ocultas y se pierden por falta de elementos técnicamente capacitados para revelarlas y explotarlas.

El ministro me escuchaba con interés y concluyó pidiéndome que concretara mis ideas en un proyecto de estatuto educacional para presentarlo en la próxima Asamblea Nacional de Maestros que en breve se reuniría precisamente para discutir estos problemas.

Así lo hice. Mi proyecto, que establecía la adopción de la Escuela Única, fue leído en la Asamblea y rechazado. Tuvo un solo voto a favor: el de la representación beniana, que había verificado la obra de Casarabe y sabía a qué atenerse. Los demás quedaron horrorizados ante la idea de poner el taller en la escuela...

Bajo el concepto de Escuela Escuela Única, los niños estaban expuestos tanto al taller, como al aula y al sembrío. Los más pequeños tenían una pequeña parcela donde cultivaban flores u hortalizas, también cuidaban algún animalito, de esa manera, no sólo aprendían acerca del cuidado de plantas y animales, se les despertaba el amor por la naturaleza; en el aula aprendían las primeras letras y los números y, en los diferentes talleres, el manejo de herramientas, al punto que ellos empezaban a hacer algunos de sus propios útiles. Todas estas experiencias se integraban para su formación. Se daba así el conocimiento de su vocación, la escuela era única en el sentido de que había continuidad y coherencia en todo el proceso de aprendizaje, hasta su formación profesional. Es importante señalar, además, que Elizardo ampliaba estos postulados a las escuelas citadinas.

Una comisión que viaja a México a “aprender” educación indígenal

En estas acotaciones encaminadas a esclarecer el proceso que ha seguido la escuela campesina de Bolivia, debemos anotar el nombre del diplomático Alfredo Sanjinés, autor del libro “La reforma agraria en Bolivia”, primer estudio serio en torno a nuestro problema de la tierra. Sanjinés, que representaba a nuestro país en México, tuvo una actuación talentosa que despertó atención y contribuyó a establecer fuertes vínculos entre estos dos países. Había seguido de cerca el desarrollo de nuestras luchas y se propuso hacer un gran servicio al país consiguiendo seis becas en favor de maestros indigenistas, para que pudieran estudiar la organización de la escuela indígena mexicana e implantar en Bolivia aquellas experiencias que fueran apropiadas a nuestro ambiente.

La ocasión era ciertamente excelente para hacer un balance comparativo entre lo que cada país había hecho por la educación del indio. Sin embargo, las perniciosas interferencias que continuábamos sufriendo de parte de algunos empleados del Ministerio, dieron una composición heterogénea a la comisión de becarios, tal como digo en carta que envié al Embajador el 21 de noviembre de 1937, uno de cuyos párrafos expresa: “Por fin la misión de maestros bolivianos está en esa y a sus órdenes, después de laboriosos esfuerzos, el menor de los cuales no ha sido, por cierto, completar el número de seis, dado que, como usted ya sabe, en mi ausencia se había dispuesto que se aprovecharan de las becas por lo menos dos “intelectuales”, esto, mi caro Ministro, era inevitable en un país tan intelectualizado como Bolivia... Desde luego en la elección de estos señores no ha intervenido la Dirección, pues tiene el convencimiento de que son otros los intelectuales que debieron ir si de intelectuales no se podía prescindir en esa misión”.

El grupo de becarios estaba integrado por Rafael Reyeros (Oficial Mayor de Asuntos Indígenas) y el humorista Ernesto Vaca Guzmán, empleado del Ministerio; ambos como “intelectuales”; y como maestros, Max Byron (o Bairon), Toribio Claure, Leónidas Calvimontes y Carlos Salazar.

Naturalmente, la Oficialía Mayor quedó acéfala... (ya que Refael Reyeros había viajado a México como uno de los becarios) y más

tarde fue clausurada por considerársela innecesaria, creada con un fin personal.

Es muy interesante conocer algunas apreciaciones del Jefe de la Misión, Reyeros, y del maestro Salazar, este último formado en Warisata. Las versiones que ofrecen acerca del balance en cuestión barán ver cómo la mentalidad del intelectual permanecía ausente de la realidad boliviana, tratando de desvalorizar nuestros avances en materia de educación indígenal, en tanto que la del maestro, a pesar de su juventud, ya sabía ubicar el problema en sus verdaderos alcances prácticos. Reyeros, en carta dirigida al Ministro Peñaranda, con fecha 15 de febrero de 1938, decía: “Puedo expresar, señor Ministro, que en Bolivia en materia de educación indígena no tenemos más de lo que se llaman aquí, los “Internados Indígenas” y que nos resta mucho, muchísimo por hacer, comenzando por organizar nuestras reparticiones administrativas. En estos tiempos el Internado Indígena mexicano correspondía más o menos a los internados de las escuelas de Sopocachi, de don Felipe Guzmán, de Sánchez Bustamante. Nada tenía que ver, pues, con nuestro internado, que es una resultante de la organización del Núcleo, integrado a la vida de la marca ancestral. Sin embargo, el Oficial Mayor confundía sin más ni más, y pensaba “orientar” nuestra educación indígenal en base a esa confusión. Revelaba así, desde entonces, el proyecto que acariciaba: sustituirnos en el cargo.

Carlos Salazar, alumno y profesor de Warisata y uno de los becados, en una larga carta explicativa de la educación rural en Warisata, le dice:

“...Aquí pueden hacer todo, porque todo el mundo ayuda. Allá hasta la prensa es reaccionaria y pone obstáculos a la obra educativa. México es grande, está a la vanguardia en América, porque hay un profundo sentido de responsabilidad y la escuela puede prosperar. En Bolivia todos los egoísmos se reúnen para oponerse a cualquier obra bien intencionada y la clásica irresponsabilidad de los bolivianos jamás hará otra cosa que conducirnos al fracaso. Decir, pues, que en Bolivia no hemos hecho nada, es desatinar. Hemos hecho algo, que ya es mucho, siendo nuestro país eminentemente conservador. Hemos vencido todos los obstáculos para poder imponer la necesidad de la escuela indígena. Y este es un gran paso, una gran obra. Cuando la oposición latifundista, contra la prensa reaccionaria, contra el mestizaje pueblerino, contra el gamonalismo,

contra curas y corregidores, contra todas las fuerzas enemigas del indio, nuestra obra se ha impuesto..."

Las apreciaciones de Salazar no eran erradas: en muchos aspectos nuestra obra era superior a la que se realizaba en otros países, afirmaciones que están respaldadas por el testimonio de numerosos maestros y escritores, algunos de prestigio mundial, que asistieron a nuestras escuelas.

Así, Allan Dawson, por entonces Encargado de Negocios de Estados Unidos en Bolivia, le escribía la siguiente carta al pintor Diego Rivera, el 16 de septiembre de 1939: "El señor Pérez ha hecho un trabajo magnífico en Bolivia en pro de la raza que constituye un 80% del país, no obstante la falta de recursos y la oposición de muchos elementos ciegos pero poderosos. En muchas cosas los colegas mexicanos podrían aprender de él. El eje de su sistema ha sido hacer escuelas no para los indígenas sino de ellos". Allan Dawson era un conocedor de la escuela mexicana, de suerte que su testimonio es muy importante.

Franck Tannembaum el conocido escritor norteamericano, catedrático de la Universidad de Columbia, le escribía en los siguientes términos al Presidente Lázaro Cárdenas: (10 de agosto de 1939) "El señor Pérez es el único en toda la América quien ha realizado una labor de fondo para el indio. No hay nada fuera de la obra educativa del señor Pérez. Es hombre sencillo y sincero dedicado al indio como un santo y merece toda consideración de parte de usted. Se lo recomiendo a usted como amigo".

El mismo personaje le escribía a Luis Chávez Orozco, Jefe del Departamento de Asuntos Indígenas de México, en la misma fecha: "... lo recomiendo (a Elizardo Pérez) a usted, como el hombre que ha hecho más por el indio en América del Sur que ningún otro. No hay en toda América del Sur una muestra de interés por el indio con excepción del trabajo del señor Pérez".

Hay otros testimonios que citaré en su lugar; pero lo que he transcrito basta para demostrar cómo la obra de Warisata era apreciada y divulgada por intelectuales extranjeros, en tanto que los "intelectuales" bolivianos que tenían ese deber, se ocupaban de denigrarnos y calumniarnos... El contraste se aprecia vivamente en centenares y aún miles de recortes de prensa que tengo en mi archivo, y el lector quedaría sorprendido si pudiera ver el inmenso movimiento de opinión que despertó nuestra obra. Poseo recortes provenientes de muchísimos diarios y revistas de

todo el continente, todos los cuales se refieren en términos ponderativos a Warisata; la mayor parte de estos comentarios fueron producto de una apreciación directa de nuestra obra, que era visitada constantemente por una corriente continua de gentes de toda clase y condición, entre las cuales abundaban periodistas, escritores y maestros extranjeros. No se trataba, pues, de una propaganda pagada o de comentarios formulados “a ruego”; no; Warisata destellaba con luz propia, como querían los indios, y eso tenía que despertar forzosamente la atención de las gentes serias y sinceras de todas partes, que trataban de ayudarnos siquiera fuese con un comentario escrito.

Respecto a la Delegación, sus resultados fueron diversos: los “intelectuales” volvieron a sus cargos burocráticos en el Ministerio, y no sorprenderá que, en lugar de trabajar por la educación del indio, la combatieran perversamente.

Tres de los maestros becados para aprender educación indigenal volvieron para organizar el Departamento de Educación Rural, que se ocupaba de las escuelas provinciales, ubicadas en pueblos y cantones y destinadas a la población mestiza; lo intrascendente de su obra se revela en el hecho de que nadie se ocupó jamás de ellas y solamente retornó a educación indigenal el profesor Carlos Salazar; para constituirse más tarde en el único defensor de la escuela campesina a través de una prolongada campaña de prensa terminada en 1943 con “Warisata mía”.

Retomando el hilo de mi historia, debo manifestar que, a mi retorno del Oriente, estuve unos diez días en cama, sin poder asistir a mi oficina; de suerte que los asuntos los despachaba en el hogar, donde me asistían los doctores Plaza y Alexandrovicht, este último especialista en enfermedades de la piel. Arturo Plaza me atendía con una solicitud por la que nunca he de estarle lo bastante agradecido. Personalmente me llevó a las termas de Urmiri, aún con prejuicio de sus intereses profesionales. Y como él, muchas personas generosas me dieron aliento y estimularon la continuación de mi obra. Entre ellas se cuenta la figura inmensa, plena de sabiduría, de Gamaliel Churata, el másculo poeta de Orkopata, cuya pluma tan llena de encanto y vigor dio páginas inolvidables en defensa de Warisata. ¡Noble amigo este redivivo amaута de los viejos tiempos! Hombres como él me permitieron proseguir mis trabajos, a pesar de los innúmeros ataques de que era objeto.

Grandes obras a partir de 1937

A principios de 1938 logramos la cooperación de dos personalidades de gran valía: se trataba de Eduardo Arze Loureiro y Alipio Valencia Vega; el primero, maestro y sociólogo, ha realizado hace pocos años en Aroma (Santa Cruz) un interesante ensayo de colonización con poblaciones trasladadas de los valles de Cochabamba, modalidad nueva que sería, en cierto modo, complementaria de nuestro sistema nuclear; puesto que recoge las enseñanzas de los mitimaes inkaicos. Arze Loureiro es una de las mentalidades más lúcidas de Bolivia. Como Inspector General de nuestras escuelas, presentó informes que tienen el valor de verdaderas monografías. Nada se le escapaba a su poder de observación y sentido analítico. Sin embargo, no vemos que el país aproveche de las cualidades de ese hombre de talento superior, el cual, desde hace años, trabaja en el extranjero.

Valencia Vega, periodista veterano, escritor insobornable, fue nombrado Secretario en nuestra oficina. Y entre ambos, además de Fernando Loaiza Beltrán, dieron gran brillo a nuestro accionar, con lo que pudimos responder a pie firme a todos los ataques.

Entretanto, quedaba pendiente el problema de la dirección de Warisata, que hube de resolver llevando allá a Raúl Pérez, Director de Caiza "D"; en esta última quedó nombrado como Director otro maestro que, a pesar de sus dotes, no tuvo suerte en su labor por una serie de circunstancias.

Raúl Pérez encontró en Warisata un amplio campo para la realización de todos sus ideales. Trabajador prodigioso, se le debe las obras más importantes y de mayor esfuerzo realizadas en ese Núcleo desde que lo dejé en 1937. Una rápida enumeración nos permitirá darnos cuenta de sus extensas actividades. Levantó toda la estructura de piedra tallada del Pabellón México, sobre el zócalo o planta baja que yo había dejado. Aquella labor comprende arcadas, escalinatas, portadas, envigado y parte de la techumbre de teja. Bajo su dirección trabajaron los artistas Manuel Fuentes Lira, José Otto y Víctor Otto, estos últimos padre e hijo, especialista en la talla de piedra. Los tres ejecutaron las monumentales portadas del Pabellón así como los pumas y serpientes aztecas tallados en la escalinata principal. Se trata de una obra que marca época en los anales del arte boliviano. Fuentes Lira realizó también, con la colaboración de

alumnos y siempre bajo la inspiración de Raúl Pérez, las maravillosas puertas de roble del Pabellón.

Llevantó asimismo la estructura de dos grandes edificios (hoy destruidos) que con los nombres de Pabellones Perú y Colombia, estaban destinados a salas de internado. Instaló una fábrica de tejas, cuya maquinaria fue traída de Alemania, así como dos hornos de gran capacidad para tejas y ladrillos; instaló el servicio de agua potable con un tanque de almacenamiento sobre base granítica. Sustituyó los antiguos pozos ciegos con una excelente instalación sanitaria e higiénica con duchas y desagües; construyó establos destinados a ganado lanar y porcino; impulsó los trabajos agrícolas cuyo desarrollo permitió el sostenimiento de unos cien alumnos internos aparte de los cincuenta becados por el Estado; plantó cerca de dos mil arbolitos de eucalipto, ciprés y pino; construyó canchas de fútbol y basketball; levantó los edificios de varias escuelas seccionales y, en fin, realizó una obra realmente gigantesca que, como dice el profesor mexicano Adolfo Velasco, sólo viéndola puede uno darse idea e ella.

Demás está hacer algún comentario al respecto. En la actualidad funciona, en Warisata, una de las tres universidades indígenas creadas por el actual gobierno. Sería interesante ver de qué manera se está aplicando algún fundamento de la Escuela Ayllu y compararla con la descripción que hace Elizardo al respecto. Hace unos años, se gestionaba un financiamiento para la restauración del Monumento Nacional, incluyendo los murales de Illanes... no pasó nada, luego se decidió que dicho edificio sería destinado al Museo Pedagógico, sobre lo cual ya hice referencia...no pasó nada y hoy ¿pasa algo? Tengo entendido que el deterioro continúa.

Para entonces, Warisata cobijaba a alumnos internos provenientes de Caiza "D", Talina, Jesús de Machaca, Caquiaviri y Llica, cada grupo aportando un distinto genio, pero todos llenos de voluntad y de unción.

Personalidades de la nueva generación

Para citar algunos casos, de los muchos, en que se plasmó como viva realidad el genio de Warisata, me bastará hablar de Máximo Wañuico, Celestino Saavedra, y Máximo Miguillanes.

Wañuico llegó a la escuela a los diez años de edad aproximadamente; era el típico indiecito del ayllu, descalzo, sin otro idioma que el aymara, vestido con la bayeta de la tierra; como todos los niños de la pampa, ya era un experto agricultor y conocía todos los secretos inherentes al oficio. ¡No he de hacer su biografía! Sólo quiero referirme a un aspecto de sus actividades: apenas penetrado del alfabeto castellano se puso a imitar a don Antonio González Bravo, el “harawico” de la pampa. A los pocos años, la muchachada warisateña apareció cantando una canción que no había sido escrita por el maestro, sino ... por el alumno. Se trataba de la Kusitica (La Pastorita), una versión del anhelo de la chica aymara para conocer la ciudad de La Paz. Acaso, gramaticalmente hablando —en gramática vernácula— tenga algunas fallas; pero he ahí a que el jovenzuelo le pusiera la letra a la música autóctona... esta composición, desde entonces pasó a formar la pieza favorita del extenso repertorio warisateño. Se trata, ciertamente, de una canción en la que fluye la mágica ternura de la tierra, y fue escuchada por cuantos fueron a visitarnos a la escuela (era algo así como el “plato fuerte” con que querían lucirse los muchachos).

Sin embargo, quizá se piense que hacer una canción, si bien es una proeza tratándose de un indio, no constituye prueba alguna de carácter general; pero el caso es que Wañuico reincidió y escribió el “Illampu”, un kullarwa (La Kusitika es un huayño) en el que dice cómo la escuela se asemeja a la montaña, y si ésta fluye arroyuelos vivificantes y da nombre a todo ser viviente, aquella nutre los espíritus de las gentes, etc. Su estructura es mucho más sólida que la del Kusitika, las imágenes son exactas y precisas, las metáforas brillantes a la par que dulces:

*Illampu pampanacana jakiri / tajpacha lakonaca suti / warilak
o condor mallcu/ taketoketawa kjununti / Illampu sumawá /
Jankkota wilaamistuski*

¡Toda una pieza literaria! Pues bien, como ambas canciones tuvieran extensa resonancia, Wañuico se introdujo de cabeza en el maravilloso mundo que había descubierto, y las poesías brotaron una tras otra: en 1940 llegaban a doce composiciones, todas aplicadas a melodías autóctonas.

Estimo inútil hacer consideraciones respecto a la importancia que para nuestra obra tenía esta revelación. El hecho habla por sí solo. Sin embargo, relataré lo que después le aconteció a Wañuico:

Caída nuestra escuela en manos del Consejo Nacional de Educación, Wañuico, como otros muchachos leales a la causa, fue expulsado y perseguido, no sin haber sido objeto de burlas y sarcasmos sangrientos. Una vez lo vi, y poco después también lo vio Carlos Salazar, en una esquina de la calle Illimani... convertido el dulce poeta en varita de tránsito, humillado y abatido hasta la muerte.

¡He ahí lo que hacían los gamonales del intelecto, los sórdidos jerarcas de la escuela boliviana! Para ellos, Wañuico era un indio, y como a indio había que tratarlo, sin detenerse ni un instante a valorar las excelencias de ese espíritu tierno y delicado.

Su patria lejana nunca lo abandonó. Cuántas veces lo contemplé en silencio cuando sumido en sus tareas cotidianas su mente vagaba en el recuerdo. Lo observaba de lejos... mientras regaba el jardín o simplemente mientras caminaba de un lugar a otro y gesticulaba, se detenía, levantaba la mano, acariciaba una flor... Yo me preguntaba si estaría recordando sus luchas, acusando a los enemigos, viendo florecer los jardines de la Escuela Ayllu o... simplemente, recordando al poeta de Warisata... un varita que antaño pudo dar vida a la montaña...

El segundo hombre de este capítulo es Celestino Saavedra.

Un kolla nacido en Llica, en la frontera chilena, y como todos sus paisanos, conocía la mayor parte de los usos modernos: idioma castellano, vestimenta, alimentación. Llegó a Warisata después de haber prestado su servicio militar y concurrido a la campaña del Chaco; era, pues, un hombre hecho y derecho. Sólo que en Saavedra había cualidades insospechadas de lealtad, empuje e inteligencia. Se sorbió las enseñanzas con facilidad y se tituló maestro indigenista, con la misma facilidad con que años más tarde, en Pátzcuaro, México, llegó a ser el primer alumno entre varias decenas de becarios de todo el continente.

El caso de Máximo Miguillanes es algo distinto, por el hecho de que no fue alumno, lo que no impide que sea asimismo un neto producto de la escuela. Este hombre fue en Llica lo que Avelino Siñani en Warisata, amalgama de valor, constancia y energía hasta el máximo grado.

Saavedra y Miguillanes fueron los que lograron mantener vivo el espíritu en Llica, mientras en los demás núcleos todo era negado y destrozado. De ese modo se ha conservado Llica como el único que, en la actualidad, muestra en toda su potencia las virtudes aimaras, y para apreciar su extraordinario desarrollo, bastará saber que allá todo lo hace el indio, como podemos ver por la siguiente lista de funcionarios de 1950... Ahora bien, esta lista no tendría para nosotros ningún interés si no fuera por el hecho de que todos, excepto los que hemos señalado expresamente con paréntesis, son indios aimaras, desde el Subprefecto hasta el último profesor. Me dicen que en la actualidad ese hecho persiste, y es sin duda el factor que ha permitido que la Escuela de Llica sea, hoy en día, la herencia viva, más cabal y epopéyica de nuestra infortunada Warisata.

He aquí la resurrección del indio y su incorporación a la nacionalidad; los indios de Llica son hoy ciudadanos plenamente responsables, trabajadores empeñados en mantener y defender ese lejano girón patrio. Conviene anotar en este aspecto que los aimaras lliqueños comprendieron y llevaron a cabo la tarea de asegurar la frontera, tal como era nuestra primitiva intención al fundar un cordón de escuelitas que eran las avanzadas de la nacionalidad. Ya he mencionado en otro lugar de este libro a la escuelita de Murmuntani, situada a un kilómetro de la frontera, creada apenas con ocho alumnos y que hoy está en pleno florecimiento.

Décadas después del fallecimiento de mi padre, durante los viajes que realicé a Llica, tuve contacto directo con las autoridades del lugar, quienes me brindaron su apoyo; junto con el entonces Director de La Normal, hicimos un plan de trabajo para los alumnos que luego ejercerían como maestros rurales basado en la trilogía aula, taller y sembrío; este plan surgió como consecuencia de un seminario sobre La Escuela Ayllu, además de constantes encuentros con muchos integrantes de la comunidad,. Lamentablemente, las rígidas normas curriculares no permitieron implementar dicho proyecto. Más aún, ni siquiera se nos dio lugar a mostrar la importancia de reactivar ese espíritu que llevó a los lliqueños a defender lo que antaño fue uno de los bastiones de su liberación y de la soberanía nacional. Es importante señalar que uno de los objetivos de la Escuela Ayllu era crear núcleos escolares

en las fronteras, no sólo como polos de desarrollo, sino también como protectores de nuestra soberanía.

El intelectual extranjero y nuestra obra

Autoridades extranjeras de verdadero valor intelectual, experimentadas en cuestiones sociales, pedagógicas y de economía agraria, no escatimaron sus elogios para Warisata, considerándola como un esfuerzo afortunado y certero en la revalorización del indio. Pero nuestros connacionales, fueran latifundistas, normalistas o intelectuales, consideraron que los núcleos de educación indigenal, con Warisata a la cabeza, eran un fraude y un peligro. Al frente de criterio tan estrecho, se destacan opiniones valiosísimas como las que hemos citado anteriormente... para contrarrestar dichas opiniones simplemente, como ejemplo, veremos cómo veía a la escuela un señor Secretario. Cierta vez, un profesor de Warisata fue detenido en la cárcel de Achacachi por haber ido a reclamar justicia para un indio que había sufrido un atropello. Denunciado el hecho por el Director, la Prefectura comisionó a su Secretario para que levantara el proceso informativo que correspondía.

El señor Secretario elevó un informe con el que creyó sin duda poner en descubierto nuestros nefandos propósitos, cuando en realidad lo único que logró fue revelar en toda su magnitud la mentalidad feudal altopezuana que dominaba en aquellos tiempos... La lucha estaba planteada en todos los terrenos. El gamonalismo achacacheño, estimulado por la parcialidad del informe prefectural, emprendió nueva ofensiva contra los indios de Warisata preparándose a la ejecución de medidas de violencia, entre las cuales la más efectiva consistía en el "lanzamiento" de quienes colaboraban a la escuela. El "lanzamiento", según hemos dicho, consiste en arrojar a los indios de sus tierras como resultado de las conocidas tácticas leguleyescas de los gamonales.

Pues bien, el Director de Warisata supo que el Subprefecto de Achacachi había notificado a varios de nuestros indios, que serían "lanzados" el día 22 de julio. Gestiones rápidas lograron que el Ministerio de Gobierno requiriera al Fiscal de Distrito su intervención inmediata para impedir tal atentado. El Fiscal telegrafió al Subprefecto conminándole

a prestar amparo a los indios amenazados. Pero a pesar de todo esto, el lanzamiento se produjo en el día señalado.

La perpetración de este atropello fue censurada por todos los diarios de La Paz. Hasta “La Razón”, que tanto nos combatía y seguiría haciéndolo, en esta ocasión no pudo menos que solidarizarse con la protesta general, manifestando el 24 de julio que “se impone una enérgica sanción contra todos los culpables, la destitución inmediata de las autoridades comprometidas y la concesión de garantías eficaces en favor de los indios y de sus escuelas...”

Sería largo relatar todas las injurias y amenazas, pero la Escuela Ayllu no se rendía.

Con el 2 de agosto se cumplía el séptimo aniversario de la fundación de Warisata, fecha que, como se recordará, fue instituida como “Día del Indio” por el Presidente Busch. Era ya tradicional esa celebración, pero este año adquirió singular brillo. Los diferentes números del programa fueron vistos y escuchados por muchas personalidades, como lo decía “La Noche” del 3 de agosto en un: artículo titulado “Treinta personalidades de esta ciudad se trasladaron ayer a Warisata, entre otros los Ministros de España y el Ministro de Educación”. Todas estas personas podían atestiguar la índole de los festejos y desmentir a nuestros enemigos.

Los números salientes del programa fueron la concentración de más de treinta mil indígenas, impresionante multitud cuyo sólo número, sin duda, llenó de pavor a los gamonales. Hubo un desfile general de alumnos de la escuela central y de las elementales, que en tal ocasión venían desde sus ayllus, muchos de ellos viajando desde lejanos puntos. La jornada la hacían a pie, entusiastas como siempre, llenándose los caminos con muchachos vestidos de uniforme (chamorra teñida con nogal, pantalón blanco y chullu [gorro] al gusto de cada escuela, los niños; y blusa azul y pollera roja, las mujercitas; este uniforme fue creación del alumno Pedro Miranda) al son de canciones y portando banderas, y cada escuela trayendo sus respectivas provisiones. Llegaban además bandas de músicos de todas partes. Había números de danza, competencias deportivas entre las escuelas y, como culminación, un gran Parlamento Amauta al que concurrían todos los visitantes. En varias oportunidades tuvimos la presencia de Ministros y aún Presidentes de la República.

Era, a no dudar, un espectáculo grandioso y confortante, menos para el gamonal que permanecía vigilante y al acecho.

La prueba es que el 5 de agosto, el Presidente de la Sociedad Rural Boliviana publicó en “La Razón” un brulote de gran calibre, perdiendo los estribos de tal manera que hasta se permitió calumniar a personas que nada tenían que ver con educación indígenal ni urbana... El documento en cuestión revela, a través de sus amenazas, un miedo cerval por la educación del indio; el terrateniente veía en las auroras de Warisata la terminación de su omnipotente dominio económico y social, y no le faltaba razón: la escuela indígenal implicaba la liquidación del feudalismo y todo su cortejo de miseria, opresión e incultura. Por eso se desataba en una diabólica explosión de furia, profiriendo denuestos a más y mejor... El destino de Warisata ya estaba marcado. El Estado feudal tenía que liquidar ese emblema libertario que continuaba resplandeciendo en la pampa. Si el lector examina la colección de “La Razón” y otros periódicos, encontrará titulares sensacionalistas que por sí solos bastan para demostrar la cólera con que se nos combatía: “Comisariato soviético...” “Es preciso adoptar una resolución...” “Usurpan funciones administrativas y judiciales...” “Los profesores son agitadores...” “Se desvía la misión de la Escuela...” “Necesidad de adoptar medidas radicales...”. No encontrando a quién recurrir, acudí al máximo recurso: me fui a ver al Presidente Busch, del cual puedo decir que era nuestro único amigo en las esferas gubernamentales. Sólo él era capaz de detener el derrumbe. Más de una vez me había hablado de su intención de engrandecer y respaldar nuestra obra; pero ni siquiera el Primer Mandatario podía oponerse a la confabulación que brotaba en todas partes con la fuerza de una epidemia mortal.

Busch me hizo hacer una prolongada antesala; varias horas estuve sentado viendo cómo entraban y salían toda clase de gentes, hasta que finalmente quedé solo. Aquello no era muy estimulante que digamos; pero en lo peor de mis sombríos pensamientos, salió Busch y me hizo pasar a su despacho.

- *Tè hice esperar —me dijo— porque quiero conversar contigo con tranquilidad y sin que nadie nos moleste.*
- *Bueno —le respondí decidiéndome llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias; a Busch había que tratarlo así: con franqueza y sin vacilaciones. Quiero saber en definitiva si puedo contar contigo o no.*

- *A lo que, pasando su brazo sobre mis hombros, me respondió:*
- *Elizardo, lo sé todo; sé cómo te combaten y de qué clase son las fuerzas que tienes al frente, porque son las mismas que están socavando mi gobierno. Y poniendo en sus palabras un acento profético, exclamó:*
- *Tú y yo caeremos juntos, Elizardo.*

Fue una larga conversación la que tuvimos, y así pude ver cómo el joven gobernante se hallaba cercado por una tremendísima red de intereses de todo orden, sin poder oponerle otra cosa que su valor nunca desmentido. Me contó asimismo la enormidad de denuncias que llegaban hasta él en contra de la Escuela, inundación de odio, codicia y rapacidad de que sus mismos Ministros eran portadores.

- *¡Basura! ¡Sólo me traen basura!*

...decía con amargo acento. Dos meses más tarde Busch se alojaba una bala en el cráneo: el Estado feudal burgués había logrado abatir a su enemigo.

La noticia de su muerte conmovió todas las fibras de mi ser, porque, como me lo había dicho, su caída era también la caída de la causa del indio. En adelante, no tendríamos quién nos defendiera, porque debo decir que si nos habíamos mantenido hasta entonces, era porque Busch paraba los ataques, vinieren de donde vinieren.

Entonces nuestros enemigos se desembozaron por completo, dispuestos a la embestida final. Había que liquidar a la escuela campesina, había que borrarla del mapa para siempre y destruir a sus defensores y a sus maestros... Una vez más la prensa lanzó vibrante protesta, porque el crimen era absolutamente injustificable. Círculos universitarios y docentes, instituciones obreras e intelectuales, partidos políticos, excombatientes, la opinión unánime se alzó indignada contra el atentado. Los profesores de Warisata publicaron en "El Diario", el 20 de octubre de 1939 un manifiesto de resonancias dramáticas. Pero todo era inútil. Estaba decretada la caída de la Escuela Indigenal Boliviana... Sin embargo, nos quedaba un área de lucha donde podíamos defender nuestra obra y señalarla ante la conciencia de los pueblos de América con caracteres definitivos, aunque sucumbiese en Bolivia. Ese campo

era el mismo continente americano, y especialmente aquellos países que tuviesen similar problema indígena.

Tal objetivo ya lo habíamos planteado en 1937, al escribir al profesor Graciano Sánchez, Director del Departamento de Asuntos Indígenas de México. La carta que le enviamos, de 25 de febrero de ese año, fue publicada en la Agenda del Primer Congreso Indigenista Interamericano (1939) y dice en su parte final:

“Veríamos con sumo agrado la realización de un Congreso Indigenista de países ibero-americanos ligados al problema, como Bolivia, Ecuador, Colombia y México, con el fin de unificar un plan general que tienda a rehabilitar las masas campesinas de nuestra América, masas expoliadas por la ignorancia y el retraso cultural. Trabajad por tal idea, que nosotros nos encaminamos resueltamente a ella”.

Nuestro mensaje fue leído por Alfredo Sanjinés en la III Conferencia Panamericana de Educación, reunida en México, D. F., la que en vista de ella resolvió lo siguiente:

“Convóquese a los Gobiernos y a los pueblos de América a un Congreso Continental de Indianistas que deberá celebrarse en uno de los centros que ofrezca mejor campo de observación de este problema y que será resuelto por la Asamblea en pleno (la que resolvió que el Congreso se verificase en la Paz, Bolivia, el 6 de agosto de 1938)”. La resolución lleva las firmas del Lic. Manuel R. Palacios, Presidente de la Conferencia, doctor Enrique Arreguin Jr., Secretario General y Prof. Herbert M. Seim, Secretario Auxiliar”

Queda demostrado con esto que fue Bolivia el país que por primera vez sugirió la idea de un congreso sobre la materia, y por otra parte, el que realizó todos los trabajos preparatorios para hacerlo una realidad. En efecto, el Ministerio de Educación de Bolivia me nombró Presidente del Comité Organizador, en cuya calidad nos correspondió redactar el Reglamento, Temario y Agendas y hacer la propaganda necesaria en toda América... La realización del Congreso en nuestro país iba a significar, sin duda alguna, la consagración de la obra de Warisata. Delegados de todos los países latinoamericanos iban a ver y palpar nuestra realidad, y todo eso, como es lógico, impulsaría decisivamente el triunfo de nuestra causa.

Tal posibilidad no convenía en absoluto a las fuerzas enemigas que alineaban frente a Warisata, entre ellas, al Consejo Nacional de

*Educación, cuyos miembros veían con rabia y con envidia nuestros éxitos haciendo todo lo posible para desprestigiarnos. Y todos ellos en su conjunto, maniobraron con astucia, maldad y poco patriotismo, para que el Congreso fracasara. Primero tuvimos que postergar este evento para un año más tarde, pero de todos modos la cosa se presentaba erizada de dificultades y me temía un completo fracaso. Recibí entonces la visita de Moisés Sáenz, el autor de “Carápan”, por entonces Embajador de México en Lima, quien vino a Bolivia expresamente a entrevistarse conmigo y preguntarme si estaría yo dispuesto a apoyar la sugerencia que haría su gobierno al de Bolivia en sentido de que el Congreso se realizara en México. Apesadumbrado, pero resuelto a llevar las cosas hasta el fin, tuve que aceptar, y así quedó decidido que el Congreso se llevaría a efecto en la ciudad de Pátzcuaro, México, en abril de 1940... El oscurantismo feudal nos había ganado esta batalla. Ya el 15 de febrero de 1938, uno de sus representantes, el Oficial Mayor Reyerros, le escribía al Ministro Peñaranda, en carta fechada en México, oponiéndose a la realización del Congreso. “Los Congresos –decía aquel empleado– no dejan más que discursos y bellas iniciativas. Prácticamente, fuera de los internados indigenistas de Huarisata, Caquiaviri, Caiza, etc., **no tenemos en Bolivia nada más**. Y eso es muy pequeño para presentar a tantos delegados...” “Los delegados se extrañarán de que **hayamos limitado nuestra acción a crear ‘internados’ y que nos hayamos circunscrito a la ‘educación’**. Echarán (sic) de menos la obra ‘civilizadora’ que involucra el problema...” (énfasis mío, E. P.)*

La delegación indigenista de Bolivia

Yo tenía entonces, y desde hacía un año, una invitación personal de Lázaro Cárdenas para visitar México. No me había decidido a viajar todavía, ocupado como estaba en responder golpe por golpe a todos los ataques, con ayuda de mis amigos. Pero la muerte de Busch me hizo ver la necesidad de hacer una realidad el Congreso Indigenista, único campo donde aún podíamos defendernos. De lo contrario, se corría el riesgo de que fuéramos expulsados de educación indigenal sin que hubiéramos sometido nuestra obra a la crítica continental, con lo que

Warisata se hubiera extinguido fácilmente, sin hacer trascendente su hasta entonces fecunda actividad.

Muy a pesar de los conflictos a los que Elizardo tuvo que enfrentarse afirma:

Puedo asegurar que Bolivia obtuvo un gran triunfo en el Congreso, pues que logró hacer aprobar los puntos esenciales de su doctrina indigenista. Sin duda, los congresos suelen aprobar cualquier cosa; pero en este caso, la cuestión difería algo, porque, según demostraremos en su oportunidad, la aprobación de nuestra política en favor del indio fue el antecedente para su aplicación en otros países que poseen similar problema, donde muchos de nuestros postulados se incorporaron a su legislación educacional indigenista... nada de lo que se hizo en contra nuestra impidió que la obra de Warisata hubiera sido conocida y aplaudida entusiastamente en el Congreso, a lo que hay que añadir que circuló entre los delegados el libro de Adolfo Velasco, al que ya hemos citado, en el que hacía conocer nuestra labor, y nuestro Reglamento de Educación Indigenal.

De tal manera quedaron aprobadas plenamente las doctrinas creadas en Warisata, habiéndose adoptado una resolución cuyo texto es el siguiente: Ver ANEXO IX.

Como se ve, nuestra intervención había enfocado el problema indio en todos sus múltiples aspectos, y lo que es más importante, ofreciendo soluciones prácticas e inmediatas. Quedaban así determinados los lineamientos generales de la cuestión, a saber, que el problema del indio es económico, social y cultural; que la política de recuperación indigenista debe ir acompañada de la devolución de las tierras a los campesinos; que esta reforma agraria debe respetar las formas tradicionales de organización de la tierra y del trabajo, y que la educación del indio se propone mantener y no destruir la vieja cultura americana como base para el desarrollo de estos pueblos... (énfasis de MVPO). Creo haber demostrado concluyentemente que es Warisata la escuela donde se forjaron los principios esenciales que norman las tareas de reincorporación del indio americano a sus nacionalidades. Con modificaciones propias de cada pueblo, provenientes las más de la actitud política del respectivo régimen de gobierno, nuestros postulados se aplican hoy en escala continental, como principios inamovibles, definitivamente establecidos,

probados por la experiencia constante y plenamente respaldados por el análisis y la investigación científica.

Una paradoja más: cuando este proceso de irradiación comenzaba, es decir, cuando nosotros, en 1940, lográbamos imponer en Pátzcuaro nuestras doctrinas indigenistas, en Bolivia la santa alianza del gamonalismo obtenía una victoria en toda la línea, logrando la supresión de la Dirección General de Educación Indígena. La fecha que marca este proceso de destrucción, que desde entonces no ha sido detenido —como lo demostraremos posteriormente— es el 12 de enero de 1940, en que por Decreto del Presidente Quintanilla, ese militar tan presuntuoso como poco informado, las escuelas indígenas quedaron entregadas a sus peores enemigos, partidarios todos de la servidumbre y de la esclavitud del indio.

Quedaba liquidada la obra de Warisata; pero como ella fue una eclosión social de vastísima trascendencia, tenía que revitalizarse en nuevos frutos, y si no en nuestro país, en otros ámbitos donde hermanos de raza forjan lo que aquí hicieron los indios bolivianos.

Elizardo recuerda sus luchas. Las voces de protesta y su propia defensa no fueron suficientes para frenar tanto odio.

Una protesta unánime se levantó en el país para defender nuestra obra. Entre los documentos más valiosos de mi archivo, está una carta firmada por más de veinte escritores, artistas y políticos, entre los cuales encontrará el lector personajes de destacada figuración. La carta dice así:

La Paz, enero 24 de 1940

Al Excmo. Señor Presidente Provisorio de la República.

Presente.

Señor Presidente:

Los escritores y profesionales que suscriben, tienen el honor de dirigirse a S.E. con la presente solicitud que importa el cumplimiento de uno de los deberes básicos de toda ciudadanía patriota: encauzar las actividades del país por el sendero que conduce a la estabilidad de las instituciones y a la consolidación de aquellas conquistas que significan un progreso de las mismas.

Hemos presenciado dolorosamente la actitud que determina la cancelación de la Dirección General de Educación Indígena, obra en

que se empeñaron desde hace varios años elementos que parecen deseosos de retardar la incorporación del indio a la nacionalidad. Los motivos en que se apoya tal actitud, son, verdaderamente, singulares:

1°.- *Se sostiene que Educación Indígenal es un organismo autónomo, y no lo es, porque se halla y se halló siempre sometida a la autoridad del Ministerio de Educación.*

2°.- *Que tiene libertad de manejo de fondos, y esto es igualmente inexacto, pues la Contraloría General, en repetidas oportunidades, ha hecho sentir su acción fiscalizadora con resultados satisfactorios.*

3°.- *Que las escuelas son focos de propaganda extremista, y al contrario, son puntos de partida de un nacionalismo consciente y sincero en que se educan las nuevas generaciones de campesinos.*

4°.- *Que significan un peligro para la estabilidad social, y, contrariamente, las escuelas e esfuerzan por acabar para siempre con el inconducente prejuicio de razas que aún perdura en algunas esferas.*

En fin, múltiples razones que han hecho del ensayo educacional campesino de Bolivia uno de los hechos más vigorosos de nuestra vida independiente, tanto que ha conquistado el respeto de países de cultura superior, los mismos que hoy tratan de aprovechar de sus resultados, nos imponen el deber de pedir a S. E. que mientras se produzca un debate más amplio y básico de este problema trascendental, se mantenga la existencia de la Dirección General de Educación Indígenal, o se le dé categoría de Vocalía dentro del Consejo, ya que lo contrario sería subalternizar al único organismo verdaderamente importante de la educación pública de Bolivia, con desmedro de los verdaderos intereses del país.

Muy respetuosamente del señor Presidente de la República

(firman) Alberto Mendoza López.- Félix Eguino Saballa.- Raúl Bothelo Gozávez.- Gustavo Adolfo Otero.- Walter Dalence.- Max Mendoza López.- Germán Monroy Block.- José Educaro Guerra.- Yolanda Bedregal.- Juan Capriles.- Gustavo Adolfo Navarro.- Fernando Loaiza Beltrán.- Víctor Paz Estensoro.- Eduardo Calderón Lugones.- José Espinoza Rojas.- Marina Núñez del Prado.- Eduardo Arce L.- Macs Portugal.- Abraham Valdez.

Víctor Paz Estensoro... ¡Qué ironía! ¿Fueron el poder y la demagogia que le hicieron perder el entendimiento? ¿Cómo se puede comprender que en 1953 diera con tierra una experiencia

tan valiosa como la que se inició en Warisata y que él mismo la hubiese apoyado en 1940? Pero, la ironía continúa, a principios de la década del 60, durante su segundo gobierno, Víctor Paz, nombra a Elizardo director del Instituto Superior de Educación Rural, en Tarija, con el fin de difundir y, de alguna manera aplicar los postulados de la Escuela Ayllu.

El Presidente Quintanilla, como es de suponer, no hizo el menor caso de esta carta, y la Dirección General fue suprimida.

De este modo, el complot llevado a cabo contra la educación del indio asumió caracteres singulares y poco faltó para que fuéramos conducidos a la cárcel. Como medidas previas, destinadas a reducirme a la impotencia, no se me pagaron los viáticos y pasajes de mi viaje a México ni los de mi esposa, que fue también en representación oficial del país ante el Congreso de Pátzcuaro lo mismo que yo; tampoco se nos pagaron nuestros haberes —mi esposa era maestra de Warisata—

Desde septiembre de 1939 hasta el instante en que dejé el cargo... fui destituido hallándome en México, sin dárseme derecho a defensa alguna. Y por si fuera poco, hasta se me negó el derecho a mi jubilación, beneficios al que puede acogerme sólo después de un año y medio de trámites. Se había creado entretanto la Intervención de Educación Indígenal, cargo asumido por Rafael Reyeros, quien de esa manera cumplía su permanente aspiración de sustituirme; aunque, no contento con mi modesto sueldo de Bs. 2.000, se lo subió de golpe a 5.000.

También se había creado un Tribunal Investigador destinado a enjuiciar nuestra obra, y en el cual se encontraban, entre otros, el mismo Reyeros y los profesores Alfonso Claros, Max Byron y Vicente Donoso Tórrez; es decir que se elegía como jueces a nuestros más enconados adversarios.

Todas las construcciones quedaron detenidas, se suprimieron los talleres, las prácticas agrícolas fueron eliminadas, los Parlamentos Amautas no volvieron a ser reunidos; bruscamente cayó el índice de asistencia escolar, los internados empezaron a desaparecer; se ignoró al indio o se lo trató como a enemigo, las escuelas indígenas empezaron a poblarse de elementos procedentes de aldeas o ciudades, los niños indios volvieron a su condición de siervos. ¡Con qué odio se destrozaba la obra... En la "barrida" de directores de núcleos, no se guardó ni la más elemental

consideración. El director Raúl Pérez fue destituido sin permitirle levantar inventario de las existencias de la escuela de Warisata, lo que más tarde permitió que el núcleo fuera saqueado impunemente. En otras escuelas se procedió del mismo modo. Sus directores fueron lisa y llanamente echados a la calle sin forma de proceso alguno, lo mismo que muchísimos profesores. La persecución llegó a los mismos alumnos, decenas de los cuales fueron expulsados. Se desconocieron los títulos obtenidos por la primera promoción de maestros indios de Warisata. Sólo tres directores permanecieron en sus puestos, al precio de su complicidad con los destructores.

Para los “jueces” que nos deparó el destino, continuar las gigantescas tareas que nos habíamos impuesto, era naturalmente una imposibilidad, y pronto lo demostrarían arrojando ingentes sumas “para construcciones”, sin que las construcciones avanzaran un solo paso. Su solidez les impedía comprender que el entusiasmo de las indiadas era el factor principal, el secreto mediante el cual podía moverse montañas... “Se han instalado talleres incompletos que no prestan ningún servicio ¿y el mobiliario, puertas y ventanas? ni llenan los equivocados propósitos concebidos para convertir a los alumnos en artesanos, alejándolos de la faena agrícola”, otra formidable falsedad.

En lo económico se nos acusaba de malversación y manejo discrecional de fondos, lo que demuestra que no se habían dado cuenta de que los directores dependían directamente de la Contraloría como Pagadores oficiales, sin que por nuestras manos pasara un centavo.

Recusación del Tribunal

Toda la farsa en cuestión se realizó en mi ausencia, habiendo recaído el peso de la lucha principalmente sobre Raúl Pérez. Aunque yo podía haberme quedado en México, pues me lo pedía con insistencia el propio Presidente Cárdenas, quien se valió inclusive del ex embajador Alfredo Sanjinés para conseguir mi aceptación, tuve que volver a Bolivia para asumir mi defensa. Enterado de la composición del Tribunal, lo primero que hice fue negar a sus miembros el derecho a juzgar mi obra, pues no solamente eran mis acusadores y enemigos declarados sino que adolecían

de antecedentes personales que los inhabilitaban para asumir el papel de jueces.

Movilizando sus conocidos recursos, organizando plebiscitos para arrancar al magisterio votos en contra mía y deslizado la calumnia, siempre vil, Donoso Tórrez y Compañía trataron de impedir que el nuevo tribunal fuera nombrado, pero mi recusación los paró en seco. A veinte años de escrita esa página, no tengo que cambiar ni una coma, aunque fui ciertamente duro al calificar a nuestros adversarios. La extensión del documento, no obstante, me obliga a reproducir solamente lo más esencial.

“Todo quiero aceptarlo precisamente porque si mi obra no resistiera el embate de la malevolencia y del antipatriotismo, creo que no justificaría los sacrificios que ha costado. Lo que no puedo aceptar, señor Ministro, es que los jueces de esta obra sincera y abnegada, sean los tradicionales delincuentes de la Educación Pública, los oportunistas de todos los partidos, los hombres que hicieron de sus necesidades venales un programa nacional... No acepto que Vicente Donoso Tórrez sea mi acusador con poderes del Estado... pueda aún poseer beligerancia para acusarnos a los obreros de las Escuelas Indígenales que trabajamos hasta la pobreza por esta obra, de venales, de inmorales, de explotadores?... posea la solvencia intelectual o moral para acusar a quienes no hicieron sino trabajar como obreros por la grandeza de Bolivia? Un funcionario que se vale del cargo que ocupa para “coimear” a los maestros con cargos que distribuye a destajo, a cambio de informaciones interesadas contra Educación Indígenal, como hay ejemplos mil que usted, de querer, señor Ministro, puede tomar conocimiento, ¿tiene aún personería para acusar a trabajadores que hicieron su deber por devoción patriótica rayana en la locura? No puedo, como ciudadano, como maestro, como trabajador, aceptar un juez de este linaje. Que mi juez me honre con su fallo, aunque éste sea adverso, que me compruebe mis errores y yo honraré la mano de ese juez. Donoso Tórrez carece de personería para juzgarme y juzgar mi obra, porque solamente puede ser juez quien se sintió siempre en un plano de elevación moral y de honestidad cívica.

Tampoco puede ser juez mío ni de la obra de Educación Indígenal, el profesor Max A. Bairon... Rafael Reyeros es un intelectual que ha

crecido sólo alimentándose del odio a mi obra, no puede ser mi juez sin comprometer la imparcialidad del Gobierno; tampoco sabe dos letras de la cuestión indígena. Escribió una apología del comunismo escolar...”

Mi carta al Ministro, publicada en varios periódicos, despertó sensación extraordinaria. El gobierno no tuvo más remedio que nombrar otro tribunal, avergonzado, como no podía ser de otro modo, del cinismo con que se había conducido aquel proceso. Vicente Mendoza López, Roberto Zapata y el Coronel José Capriles fueron los encargados de la nueva tarea, cuyo fallo iba a ser decisivo para nuestra causa.

¿Pero creará el lector que esto sirvió para detener el derrumbe? Nada de eso: el régimen feudal no podía permitirlo, y eso lo sabían perfectamente nuestros enemigos, que silenciados en el campo de la discusión prosiguieron sus trabajos de zapa impidiendo que el nuevo fallo prosperase en una rehabilitación de la escuela indígena.

Así, con ferocidad, se destrozaba la obra de la educación del indio. La única escuela que se salvó del desastre fue Llica... Los demás núcleos fueron destruidos sin piedad... todos sucumbieron en manos de los corrompidos jefes de la educación boliviana...

Imposible relatar todo el drama: en cada página hay descripciones aterradoras de indios azotados y torturados hasta la muerte, de muchachas golpeadas y martirizadas, de alumnos encadenados que murieron de hambre. ¿Qué aliento satánico se abatió sobre esa fresca flor de oriente, para consumirla con saña y sadismo sin igual? El látigo, la pistola y las cadenas habían vuelto a las tierras donde Loayza Beltrán y Juanita Tacaná vertieron sus nobles afanes. Los robustos salvajes a quienes habíamos vestido en memorable día, sucumbían uno tras otro con el esquelético cuerpo llagado por los azotes y los golpes. Las enormes cosechas de Casarabe fueron saqueadas y vendidas, creándose la fortuna de unos pocos. No se dejó nada en pie; el pillaje se llevó hasta el último palo, toda la maquinaria, el servicio y utillaje, los animales, los aperos de labranza. No exageraba al decir que la escuela de Casarabe fue borrada del mapa. Todavía quedaban 64 sobrevivientes, que al decir de uno de los testigos, eran 64 cadáveres, tan terrible era su estado de desnutrición. Finalmente, quedaron ocho de ellos... unos cuantos pudieron volver a su primitivo habitat en la selva, pero en condiciones peores porque eran perseguidos como fieras por la nueva casta de negreros; el resto sucumbió

en las garras de sus verdugos. ...Néstor Suárez Chávez, principal actor de este drama inenarrable, no recibió sanción alguna; por el contrario, según me dijeron, fue transferido a Trinidad con un cargo de jerarquía. Esta increíble impunidad se explica por el sistema de compadrería clásico en este país...

Maldad, saña, perversidad, odio... no hay palabras para expresar tanto horror, tanta infamia. ¡Lacayos! ¿Será que el ansia de poder es tan grande como para bañarse en la podredumbre del fango?

Los indios lliqueños, sorprendidos por la ofensiva de 1940 en mitad de sus labores, y sin haberse preparado aún para enfrentar solos las difíciles tareas que demandaba la supervivencia de la comunidad, permanecieron algunos años en el desconcierto de ver interrumpidas las obras del Núcleo, sin que pudieran continuarlas. Pero luego contaron con la presencia de Celestino Saavedra, primero, y luego de Casimiro Flores y otros elementos, permaneciendo todos bajo la mirada siempre vigilante de Máximo Miguillanes, con lo que pudieron reemprender sus tareas. Lo cierto es que se recuperó completamente la pujanza constructiva, pues aquellas gentes estaban ansiosas de trabajar y luchar. De suerte que cuando volví a sus lares como diputado por la provincia Nor Lípez, me acogieron con renovada esperanza, a la cual traté de no defraudar llevando todo lo que estuvo a mi alcance, según he relatado... Cuando volví a la región en febrero de 1962, el espectáculo de aquella comunidad me confortó enormemente: Llica era la escuela-ayllu que soñaba, desarrollando sus actividades sin ayuda de nadie. Después de veinticinco años, se mantenían plenamente todos nuestros postulados, y ciertamente que no debido al celo de las autoridades de educación campesina, las cuales, por el contrario, olvidaron casi del todo a aquel Núcleo. Es la misma comunidad la que ha extraído de su seno los medios para subsistir, no solamente en cuanto a recursos materiales, sino también en lo que se refiere al elemento humano. El indio aimara es allá todo: autoridad, elemento funcionario, maestro, ciudadano, defensor de la frontera.

Gentes de esa clase revelan que no ha sido inútil la obra de la educación campesina, y con este espectáculo me siento recompensado de todos mis afanes y veo que no he sido vencido.

No, Elizardo no fue vencido, él dejó la semilla para el despertar de las conciencias de generaciones posteriores. Su espíritu vive en el de quienes, de una u otra manera conocieron su obra. Un ejemplo de ello es una de las conclusiones a la que llegaron los participantes, jóvenes y adultos, basada en el seminario - taller realizado en Korpa, en mayo de 2005: “ *En cuanto a nuestro ser boliviano, la filosofía de la escuela ayllu significa luchar en contra de la falta de valorización de nuestras culturas, la baja autoestima, el pesimismo, el conformismo, el regionalismo, el individualismo. En pocas palabras, es rescatar la filosofía del esfuerzo y del trabajo, aprovechando todo lo que tenemos sin desperdiciar nada y, a partir de ello conseguir la autosostenibilidad con base en la educación. La escuela Ayllu, de alguna manera persiguió definir la identidad de su contexto, es decir, se preguntó por el “indio” y quién era éste; por eso logró articular lo “originario” con la modernidad, sin ningún riesgo de eliminarse como grupo socio-cultural. Ser boliviano significa ser parte del territorio boliviano, pertenecer a Bolivia y, sobre todo, identificarse con ella, con su cultura, tradiciones, etc. La escuela ayllu de Warisata era una escuela que buscaba la liberación de la clase oprimida, fue un instrumento de lucha bajo un sistema organizado con valores propios.* Otro ejemplo reciente es un párrafo del artículo intitulado Warisata La Escuela Ayllu de David Aruquipa, publicado en el periódico Página Siete del 1 de noviembre de 2015: “*La creación de la Escuela Ayllu de Warisata fue el episodio más trascendente de las luchas indígenas del siglo XX. Su historia es aún un llamado a la conciencia nacional, a su carácter y a sus posibilidades emancipadoras*”. Sería largo presentar los muchos testimonios actuales sobre el tema. No puedo dejar de lado una sentida semblanza, que se le hizo, de sus años lejos de la patria. Ver ANEXO X.

Epílogo

Últimos párrafos de la Conferencia
dictada por Elizardo Pérez en la Universidad
el 24 de septiembre de 1941

Desde el extranjero voces de caudalosa autoridad, desde las entrañas del pueblo alaridos de angustia, desde la prensa que nobilísimamente tomó a su cargo la defensa de los indios, de todas partes de la opinión partieron voces de reclamo, de activo reclamo, tratando de que las autoridades se convencieran del grave crimen que se cometía y en todos los estilos, en todos los medios de comunicación humana se pretendió abrir los oídos al sordo, los ojos al ciego, el entendimiento al necio; pero nadie quiso oírnos, ni vernos ni entendernos.

Hemos tocado la puerta de la patria con la piedra de toque de la angustia, y la puerta se hallaba tapiada, imposible que los que detrás de ella estaban, pudieran oírnos. Dos millones y medio de indios claman ahora la justicia.

“Cuando el corazón de los hombres se endurece —dice el Evangelio— hasta el Padre, que es la suma bondad, se resuelve a precipitarlo todo en el vacío y la muerte”. “Los que tienen oídos no oyen, los que tienen vista no ven, los que tienen entendimiento no entienden”. A los pueblos cuando les toca horas de liquidación por culpa de sus malos hijos, también se les cierran los oídos, la vista y el entendimiento; y esa es señal, señores, de graves crisis, y hasta de disolución. Nuestro deber es pues poner remedio a tanto mal. Si no tenemos el valor civil de señalar este crimen ante los pueblos, nosotros también seremos tan responsables como aquellos que han logrado el mal para la patria; porque el edificio nacional está corroído de ambiciones subalternas, de odios y de amargura tan profunda que

sólo parece que los bolivianos quisiéramos desaparecer destrozándonos los unos a los otros.

Mientras tanto pongamos todavía pasión en el trabajo y sigamos esperando que la luz de nuestras experiencias dolorosas y del conocimiento de nuestra bolivianidad ilumine el camino de una patria dignificada por el esfuerzo.

La Paz, 24 de septiembre de 1941.

Último párrafo del discurso de Elizardo, momentos de recibir la condecoración del Cóndor de los Andes.

*... Pero advierto que no debo extenderme más. He delegado ya la parte de responsabilidad que me corresponde como ciudadano en mi esposa y en mis jóvenes hijas y en los jóvenes de Bolivia con una gran esperanza en el destino de mi pueblo, **pues la cultura y la educación en el esfuerzo y el trabajo definen su identidad, y ésta es a la vez la que determina el sentido de soberanía nacional** (énfasis de MVPO).*

Pido disculpas y a la vez agradezco a tan distinguida concurrencia por permitirme poner a prueba su paciencia para escucharme en este recuerdo emocionado de la patria que vibra hondo en mi espíritu y la siento tan lejana.

Buenos Aires, 30 de agosto de 1980

Elizardo Pérez murió dos semanas después.



El taller. El taller de tejidos fue gran fuente de recursos. Se fabricaban casimires, bufandas, mantas y otros. Los alumnos percibían parte de las utilidades. La gran demanda permitió socorrer algunas indiecitas, huérfanas de guerra, fotografiadas aquí, para que ganaran salario hilando lana. Véase que la primitiva rueca cede su lugar a la hiladora a pedal (1937).



Escuela de liberación. La herencia del fundador. Tomasa Siñani de Willka distinguida en 1972 como Mujer Paceña del año. Luchadora, esposa y madre (tuvo 12 hijos). Tomasa fue digna heredera de su padre (†1996).

Conclusiones

La naturaleza del ser humano es tener la capacidad y el derecho de observar, pensar y hablar. A lo largo de la historia, en todas partes del mundo en algún momento, se lo privó de ese derecho.

Eso también sucedió en Bolivia durante siglos; los campesinos se convirtieron en esclavos de las elites económicas, sociales y políticas de nuestro país, trabajaban para generar riquezas a quienes los sojuzgaban. La Escuela Ayllu les devolvió ese derecho, poco a poco sintieron que se rompían las cadenas de la opresión, podían expresar sus sentimientos, sus capacidades, sus ansias de decidir su propio destino y, lo más importante, que ellos empezaron a sentirse como parte de una nación, es por eso que La Taika se convirtió en la Escuela Libertaria, ya que *“la educación en el esfuerzo y el trabajo definen su identidad y ésta es a la vez la que determina el sentido de soberanía nacional”* También fue La Escuela Revolucionaria, porque la consecuencia de ese despertar de la conciencia fue luchar para que el campesinado fuera el futuro de la patria, ya que supo la importancia del papel que cumplía en lo económico, social, cultural y político. También fue la Escuela Productiva, fue autosuficiente, se valió de todos los recursos que la naturaleza le daba y quizás lo más importante fue la recreación de su cultura, no necesariamente en las aulas, sino en una toma de conciencia de su propio ser y de su entorno; como dijo Cicerón: *“observatio naturae peperit artem”*, la observación de la naturaleza engendró el

arte; creación, comunión con lo que nos rodea, el arte estaba por doquier, creación en todos los aspectos de la vida; la educación por el arte fue esencial en el crecimiento de la persona.

La esencia en la toma de conciencia del ser boliviano radica fundamentalmente en el derecho de hablar y de tener el valor civil de cuestionar a quienes sólo logran el mal para la patria.

Han pasado muchas décadas, se han superado muchas barreras, sin embargo, nuestros campos ya no florecen ni producen los frutos de antaño... mucha fruta que antes cultivábamos llega de Argentina, Perú y Chile. Ahora, en su lugar, cultivos de coca, tala indiscriminada, por otra parte, justicia inoperante, centros médicos sin presupuesto, burocracia corrupta... Nos preguntamos ¿por qué? La respuesta está en las luchas que narra Elizardo Pérez, sí se han superado muchas barreras, pero aún persiste esa lucha por el poder que aniquila todo lo que esté a su paso. Ya es imposible volver al pasado, pero sí podemos hacer algo; quienes seamos, donde estemos, a qué nos dediquemos, qué edad tengamos, podemos hacer germinar esa semilla que dejó La Escuela Ayllu para que todos los bolivianos recuperemos nuestra capacidad de observar, pensar, hablar y...crear. Educar no es instruir, sino aprender a vivir haciendo uso de nuestras capacidades y del conocimiento de lo que nos rodea.

ANEXOS

Anexo I

Acta de fundación de la escuela, publicada en El Diario

“Huarizata a los diez kilómetros de la Villa de la Libertad (ciudad de Achacachi), capital de la Provincia Omasuyos, constituídos el dos de agosto de 1931, a horas 11 de la mañana, el señor Prefecto y Comandante General del Departamento de La Paz, Dr. Enrique Hertzog, el subprefecto de la Provincia don Juan Silva V., el señor doctor Víctor Andrade, Oficial Mayor del Ministerio de Instrucción Pública, el Presidente de la H. Junta Municipal de Achacachi, señor Claudio Vizcarra Collao, el Vicario Foráneo de la Provincia don Eliseo Oblitas, en nombre del poder Judicial Dr. Justo Durán, el Inspector de Instrucción Indígena don Juvenal Mariaca, el señor Elizardo Pérez, Director de la Escuela fundada y demás comitiva oficial, se procedió en acto solemne a la inauguración de la Escuela Profesional de Indígenas de Huarizata: el señor Subprefecto de la Provincia inauguró procediendo el señor vicario Foráneo a la bendición solemne de la piedra fundamental del edificio a construirse para el local de la Escuela, acto que fue apadrinado por el Dr. Enrique Hertzog; el Dr. Andrade, en nombre del Ministerio de Instrucción Pública clausuró el acto.

En fe de lo cual suscriben esta acta en cuatro ejemplares que deben ser guardados: uno en la piedra fundamental, otro en la Junta Municipal de Achacachi, otro en la Subprefectura de la Provincia, y finalmente la última en la Dirección de la Escuela.

Firman.....

La nómina de firmantes es curiosa, predominando las autoridades de Achacachi, las cuales probablemente no imaginaban la trascendencia que tenía el acto; pues de haberlo sabido, hubieran

procurado que la escuela se ubicase lo más lejos posible...Luego del acto todos se retiraron, menos el maestro de carpintería, Quinterio Miranda; maestro de mecánica y cerrajería, José de la Riva y maestro de albañinería, Manuel Velasco. Avelino también se va...le quedaba un arduo trabajo.

Anexo II

Carta de Tejada Sorzano a los Amigos de la ciudad

“La Paz, 31 de mayo de 1932.- Señor don Humberto Muñoz Cornejo, Presidente de los Amigos de la Ciudad.- Presente.- Muy estimado amigo: Hace pocos días tuve el agrado de realizar una visita de inspección a la Escuela Profesional Indígena de “Huarisata”, por invitación del señor Ministro de Instrucción Pública. La impresión que he traído de ese naciente plantel de educación indigenal es altamente satisfactoria. Creo muy sinceramente que si el pueblo y los poderes públicos secundan eficazmente la obra que realiza el profesor don Elizardo Pérez, habremos al fin encaminado el problema de la educación del indio, por una senda alentadora de éxito. Si la Escuela de Huarisata llega a dar frutos, como creo firmemente que los dará, la multiplicación de escuelas iguales por todos los distritos rurales poblados por indígenas, producirá en poco tiempo la transformación que tanto anhelamos, asimilando nuestras razas autóctonas a la civilización, utilizando sus excelsas condiciones y haciendo de ellas fuente de ciudadanos conscientes y de operarios hábiles. Estimo por lo mismo que la sociedad que usted tan digna y activamente preside, debe poner sus mejores empeños para auxiliar la obra iniciada en Huarisata, y como para coronarla luego con éxito se requieren tan sólo algunos recursos que permitan una expropiación mayor de tierra y la conclusión de los edificios y talleres, pienso que esa sociedad debería iniciar una suscripción pública que permita llevar un apoyo efectivo para tan benéfica y trascendental obra.- Deseando desde luego contribuir al acopio de esos recursos, me es muy grato enviar a usted incluso cheque a cargo del Banco Mercantil, por la suma de cien bolivianos, con la cual deseo que sea iniciada esa suscripción. Saludo a usted muy atentamente y quedo su amigo y S. S.- (Fdo.) J. L. Tejada Sorzano”.

Anexo III

Párrafos del libro de Adolfo Velasco

“... Se compone de un patio central de 750 m²., con arbolillos y jardín. El frente y los dos costados son de dos pisos y con cinco dormitorios amplios y ventilados, con capacidad para 150 camas; cinco salones de clases, cinco cuartos para oficinas y almacenes, seis salones para talleres y una dirección. Cierran el patio central por el este, el comedor, la cocina y un cuarto de aseo. Ambos pisos tienen corredores interiores de arquería (...) Además de este edificio se construyó una barda que circunda el plantel y que mide no menos de setecientos metros de longitud por dos de altura. Todo ese inmenso trabajo que sólo viéndolo se puede estimar, se hizo en el término de un año. Hermosa lección para el magisterio rural; ejemplo digno de imitarse; pues por él se ve que cuando hay una voluntad de hierro y un dinamismo a toda prueba, poca falta hace el presupuesto oficial para hacer grandes edificaciones (...)”.

Aunque se refieren a la labor realizada después, aprovechemos la oportunidad para completar la descripción de Velasco con estos párrafos:

Más tarde el mismo Profesor Pérez construyó bonitos jardines en los patios exteriores y plantó muchos arbolillos propios de la región (...) Pero no conforme con todo lo hecho, construyó dos casitas para maestros. Claro está que algunos detalles han faltado, como son excusados, baños, etc., pero dentro del plan de construcción todo estaba previsto, y a la fecha están terminados los excusados, mingitorios, lavabos y los baños de ducha”.

“Cuando el primer edificio a que nos hemos referido quedó concluido y pudo ya alojar a ciento cincuenta alumnos internos, el Profesor Pérez pensó en la necesidad de alojar mayor número de alumnos indígenas, y desde luego, dado su temperamento dinámico, entusiasta y de acción, inició in continenti la construcción de los pabellones México, Colombia y Perú (estos dos últimos fueron levantados por Raúl Pérez, mi hermano, E. P.); el primero con toda

la magnificencia que su imaginación pudo concebir. Él fue entonces quien puso los cimientos de esta gran obra material; pues sus propósitos son el de tener un internado con ochocientos alumnos indígenas cuando menos. Toda esta labor agotadora, grandiosa y de mérito indiscutible, la realizó el maestro Elizardo Pérez, de mediados de 1931 a fines de 1936.



El "Ayni" y la "Mincka". Movilizada la comunidad y trabajando a ritmo acelerado, la escuela presentaba este aspecto a fines de 1931. No había problema con los adobes, que siempre sobraban, ni con los ladrillos, fabricados en hornos caseros por los indios.

El problema era el del estuco.

Anexo IV

Nota transcrita al Director General, previamente dirigida al Ministerio

“La denominación de normal se ha suprimido para este plantel... el tipo escolar que estamos implantando es sin duda el que mayores resultados reportará al desarrollo de la cultura indigenal, por conformar su acción educativa a las modalidades étnicas, geográficas, históricas, folklóricas y sociales, que permitirán desarrollar en el niño sus inclinaciones propias, tendencias, aptitudes peculiares... convirtiéndolo más tarde en un elemento preparado y consciente para la lucha por la vida... Intensificado su cariño por la tierra, la educación tomará un aspecto integral...”. “Nada se habrá hecho a favor de la causa que nos ocupa, si no (transformamos) el medio social en que se encuentra, habituándolo a una vida superior, con prácticas higiénicas y normas...”. “Ningún resultado dieron las escuelas rurales fundadas para alfabetizar al indio. Lo substancial, lo básico, reside en transformar su estructura social, elevando su nivel social y su dignidad. La escuela elemental alfabetizadora creyó cumplir su deber nutriendo el cerebro de los niños indígenas con conocimientos inútiles, olvidando su alma, sus virtudes peculiares, su tradición secular. La enseñanza teórica se anula si no va acompañada de la práctica...”.

“Mientras por una parte se impone cambiar de medio social, por otra es menester conservar al indio en su medio físico, de acuerdo a cuyas condiciones ha de establecerse el plan educativo y de instrucción que dará fisonomía propia a las escuelas indigenales”.

Después de esto, en mi carta hacía breves comentarios acerca de nuestras dificultades económicas; describía el funcionamiento de la escuela y su organización administrativa, haciendo conocer al Director General lo que era el Parlamento Amauta y sus funciones. A continuación describía el estado de la obra material y lo que proyectábamos hacer, refiriéndome “a la construcción de apriscos y secciones para ganado lanar, vacuno, porcino, etc.; la escuela cuenta

para este objeto con 7 hectáreas de tierra cedidas por entusiastas indígenas. Nos ocupamos ahora de construir viviendas para los profesores, conclusión de diferentes secciones, experimentos con el cultivo del trigo... está funcionando con excelentes resultados la sección de hilados y tejidos...”. “En la sección de carpintería se ha fabricado parte del mobiliario destinado a las salas de clases: mesas personales y bipersonales, de estilo montessoriano... la sección de mecánica y cerrajería tiene construidas sillas como complemento al mobiliario... y catres para los dormitorios... La sección de tejería, cuya necesidad es indispensable en toda escuela rural, ha prestado importantes servicios... el año pasado se han fabricado 10.000 ladrillos, y este año, cerca de 8.000... En la actualidad, septiembre de 1933, alcanza a 45.000 el número de ladrillos elaborados por los alumnos y que ya fueron utilizados... Para finalizar la obra se requiere 20.000 ladrillos más, que se están fabricando... la albañilería sigue a las demás secciones en sus resultados... el edificio construido por padres de familia... acredita esta aseveración”.

Anexo V

Decreto Supremo, dictado por Tejada Sorzano

“Art. 1º.- Declárase de necesidad y utilidad pública, los siguientes terrenos adyacentes a la Escuela Indigenal de Warisata, especificados en el Plano levantado por la Dirección General de Obras Públicas y que pertenecen a los siguientes propietarios: B. Huallpa, J. Monterrey (los nombres que subrayo son de vecinos de Achacachi), N. Choque, N. Huallpa, Herederos Poma, J. Cosme, I. Choque, J. Quenta, N. Gutiérrez, Herederos Poma, P. Ramos, J. Choque, A. Siñani, N. Silvestre, N. Huallpa, Mariano Casimiro Quispe, N. Apaza, M. Quispe, A. Ramos, S. Ramos, A. Siñani, M. Ramos, M. Mendoza, M. Gironda, M. Mollinedo, P. Poma, J. Imaña, S. Quispe, J. Monterrey, S. Imaña, M. Quispe, M. y C. Quispe, C. Quispe, M. Mendoza, J. Imaña, J. Monterrey, S. Imaña, M. Mendoza.

“Art. 2º.- El Ministro de Estado en el Despacho de Instrucción Pública queda encargado de la ejecución y cumplimiento del presente Decreto. Dado en el Palacio de Gobierno de la ciudad de La Paz a los cuatro días del mes de marzo de mil novecientos treinta y seis años. (Fdo.) J. M. Gutiérrez.- José Luis Tejada Sorzano”.

Anexo VI

Algunos párrafos del informe que Elizardo Pérez envió al Ministerio de Educación

“La educación e instrucción de las masas indígenas –decía en el informe– no puede llevarse a cabo con resultados benéficos si antes no se establece y determina el tipo económico de la región sobre la que se va a actuar, lo que permitirá, de hecho, establecer y determinar el grado de aptitud intelectual de la población infantil...

“La República de Bolivia se divide en tres zonas o grupos agrarios: zona de tierras de comunidad, zona de tierras de latifundio y zona de colonización. En las dos primeras tenderemos a la tecnificación de los medios de trabajo, sobre el conocimiento ancestral de la agricultura aborigen, ensayaremos métodos modernos de colectivización en el ayllu... Pero la tercera escuela deberá tener un carácter eminentemente colonizador y, por tanto, poseerá los medios que le permitan ejecutar vastas y enérgicas campañas de captación de las tribus selvícolas para organizarlas en granjas de propiedad del Estado. Fuera del personal de educadores que se conceptúa necesario en esta zona, se precisa de la colaboración del misionero, pero siempre bajo el control directo de las autoridades de instrucción.

“La simple alfabetización es un postulado mediocre si no va acompañada de una congruente política de capacitación industrial. Mucho tendría que extenderme en este asunto; pero, dejamos sentado que lo que nos proponemos es producir frente a un mínimo porcentaje de obreros de fábrica un fuerte y máximo porcentaje de agricultores y de pequeños industriales de campo.

“Desarrollar la industria indígena y estilizarla; diferenciar con criterio científico el género económico del grupo para equiparar los conocimientos de la escuela a las necesidades de la producción, tal es el corolario de la obra educativa estructurada en una concepción realista. Comprendiéndolo así, se ha dispuesto que en toda escuela agraria se instale maquinarias para fabricación de tejas

y ladrillos, con ánimo no sólo de amparar las tareas de construcción del local, sino de influir sobre la técnica de la construcción indígena, modo, al mismo tiempo, de establecer un espíritu de cooperación entre la escuela y los terrígenas que contribuyen a su sostenimiento. Todos estos principios y otros más, se hallan puntualizados en el proyecto de Estatuto de Educación Indígenal... que ha sido puesto en vigencia para el presente año”.

Anexo VII

Declaración de principios de la escuela campesina

1.- *Definición del problema educacional indígena.*- Si se considera que la situación del indio boliviano es semejante y aún inferior a la del *mujik* ruso, el cual vegetó centenas de años bajo el régimen oprobioso del señor feudal, se comprenderá que su actual atraso no tiene otra razón de ser que su miserable economía. Definir el problema indígena importa, por tanto, definir el estado económico y social de los grupos humanos agrarios denominados indios, estableciendo las zonas de su permanencia y los recursos con que cuentan para subsistir.

De esta suerte, tenemos estamentos sociales diferenciados: comunidad, grupo social cuyo conjunto de *ayllus* posee tierras, regadíos, pastales, riberas y playas en común, organización en la cual subsiste el régimen arcaico del patriarcado simbolizado por el *mallcu*, *achachi* o anciano del grupo. Latifundio, unidad de la gran propiedad agraria o ganadera que, muchas veces, y casi en la generalidad, está constituida por la agrupación basada en la captura violenta de varios *ayllus*. Es la forma colonial de la propiedad de la tierra e importa su más poderoso contrafuerte. En el altiplano no existe latifundio de tipo europeo. El nuestro es de tipo americano, repetimos, porque está constituido por la agrupación de *ayllus*. Sin embargo, en algunas regiones del país, sobre todo en regiones tropicales y medio tropicales, puede encontrarse haciendas de tipo europeo, esto es, propiedades donde está establecido el tipo de salario y por tanto existe la personalidad del proletariado de los campos. La tercera zona estaría constituida por la floresta, en la cual se diferencian dos aspectos principales: el campo de reducción, o sea: los grupos indígenas en estado salvaje, y con los cuales hay que desarrollar una política de atracción, y los ya reducidos por las misiones religiosas, a las que, sin sustraerles súbitamente de la intervención que ejercen las misiones, hay que tomar su gobierno por medio del núcleo escolar indigenista, y consiguientemente laico.

En consecuencia, el problema de la educación del indio es un problema económico social.

2.- *Doctrina biológica de la escuela indígena tipo Warisata.*- La pedagogía de la escuela indígena debe estar fundamentada en la experiencia social de la vida indígena, y sus leyes deben ser fruto de esa experiencia. Tiende la escuela a la formación de hombres prácticos capaces de bastarse a sí mismos, sobre manera, dentro y para el radio económico en que deben desarrollar su existencia. Esto quiere decir que el indio será educado para vivir en el agro, cultivarlo, impulsarlo, enriquecerlo, llevarlo a la expresión máxima de riqueza. Continúase de esta manera una tradición socialista que comienza desde los inkas.

El niño debe aprender conocimientos y explicarse el fenómeno de la vida a través de una enseñanza en que intervenga de manera principal su propia iniciativa y su propio esfuerzo. Es así cómo los instrumentos de estudio: reglas, formas geométricas, libretas, modelados, inclusive su vestido, sus mesas, catres, sombreros, zapatos, hasta su casa particular y su escuela deben ser contruidos y fabricados por sus propias manos y su propia iniciativa, apenas estimulada y conducida por el profesor. La naturaleza procedió con él de esta manera. El indio se basta a sí mismo; trabaja cuanto necesita y produce otro tanto. Des de la infancia, mientras pastorea los ganados de la heredad, por medio de esa pedagogía en que no interviene otro técnico que la naturaleza, aprende a hacer con sus manos, el caito para sus telas, el adobe para su *uta* (casa) y algo más fundamental todavía, aprende a amar a la tierra y cuidarla hasta hacerla producir como pocos labradores del mundo lo saben hacer. Sólo quien se detenga a estudiar el proceso de perfeccionamiento que ha necesitado la *sara* (maíz), comprenderá cuán vasto, lento y amoroso ha tenido que ser el trato que el indio le diera para llevarlo al actual estado de riqueza cereal. Lo mismo diríamos de la papa, de la quinua y del llamo, ese dócil animal que ha compartido con el hombre la conquista de la naturaleza americana.

Suscitaráse pues la formación de hombres cuyas condiciones especiales le hagan inconfundible; sobrio, esforzado, alegre, idóneo, limpio, sano de cuerpo y de espíritu, dueño de su personalidad

y sentido de responsabilidad, libre del egoísmo que el hombre atesoró para defenderse de las invasiones anegadoras de la esclavitud feudal. Hombre de multitud, destinado a constituir en no lejano tiempo la unidad del estado colectivista que haya borrado todos los linderos de la ambición punible de los hombres.

3.- *Gobierno colectivista y Parlamento Amauta.*- Una *ulaka* o comité, gobierna la escuela, constituida por representantes de los *ayllus* y de las haciendas, escogiéndose para esto a los ancianos y hombres de probada importancia. La *ulaka* es a la vez presidida por el Director de la escuela, o por el profesor de turno a fin de mantener siempre el principio de autoridad, base de toda disciplina. La *ulaka* distribuye las obligaciones semanales de sus miembros en la conservación y trabajo de la escuela. Así, se nombra al amauta de disciplina; amauta de edificaciones; amauta de riegos; amauta de agricultura; amauta de internos, etc. Distribuida de este modo la labor, no queda sino imprimir movimiento y la escuela funciona automáticamente. Obsérvese que la distribución de funciones está inspirada en necesidades económicas. De esta suerte denominamos *parlamento amauta* a la reunión semanal de comisionados, pero la institución debe denominarse: *Ulaka de la Escuela*; esto es: el comité administrativo de la escuela, ante el cual todas las filiales rendirán cuenta de todo movimiento económico, agrario, social, escolar, etc.

4.- *Autonomía económica del núcleo escolar y su función industrial.*- Todo núcleo escolar debe tener una economía aislada, propia, emergente de su sistema educativo; por tanto, la escuela indígena es una escuela industrial, de organización económica autónoma. Debe implantarse en centros que posean posibilidades de desarrollo en ese sentido. Las industrias del ladrillo, tea, fierro, alfarería, sombreros, zapatos, madera, lana, algodón, azúcar, sementeras, ganadería, etc., según la zona económica que se disfrute, deben ser objeto primordial de la atención escolar, porque la industria escolar no es sino el desarrollo práctico y utilitario de los métodos biológicos de la enseñanza. Por este procedimiento los alumnos de la escuela son al mismo tiempo asalariados, perciben el fruto de su trabajo, es decir fundamentan la economía individual y colectiva al mismo tiempo que se educan. Nuestro ideal es que los

núcleos escolares, apoyados en la colaboración de sus filiales, se conviertan en grandes centros fabriles, que reemplacen la pequeña industria indígena y subviertan de este modo al primitivismo de la vida aborígen por la introducción de medios modernos de comodidad y estética.

Conviene destacar que la determinación de los centros filiales o escuelas elementales correspondientes a los núcleos, no se hará con criterio demográfico exclusivamente, sino más bien con criterio industrial y económico. Así, un centro esencialmente maderero, buscará fundar sus filiales en lugares que favorezcan el desarrollo de la industria de la madera; un centro lanar, pues lo mismo, establecerá sus filiales en los contrafuertes andinos, o buscará la puna brava, con seguridad de que allí en donde está la economía está también el indio.

Es preciso definir el campo educacional por zonas de índole económica. Una zona vitivinícola corresponderá a una organización técnica capacitada para afrontar los problemas económicos vitivinícolas. Una zona arcillosa será una zona esencialmente alfarera, y entonces la escuela encaminará a esas actividades, todo, todo el tren de su ímpetu organizativo y creador. Así podremos, con el andar del tiempo, llamar un día a nuestras escuelas: no la escuela de Caiza o de Vacas, sino: el núcleo escolar de mamadera, o el núcleo escolar de las papas, chuño, ocas, cebada, quinua, trigo, etc.

5.- *Aspecto social indígena de la escuela.* - Cuando se ha concebido una obra como Warisata y se la realiza a trueque de desafiar las iras de todos los supérstites reaccionarios y aún sin ello, cuando se comprende que la humanidad padece de esos periódicos accesos de locura colectiva que son las guerras; un hondo y severo anhelo humanista nos inspira el deseo de contribuir a salvar al hombre. Salvar al hombre en términos prácticos es lo mismo que organizar al hombre. Todos nuestros males vienen de nuestra incapacidad para organizar. Quién sabe si el secreto final de cada historia con hombres, sea éste: organizar. La escuela debe organizar el sector en que le toque actuar, y si no lo organiza, no es escuela. Su acción, por tanto, no acaba en la puerta del edificio, mejor, sólo comienza en ella. Más allá de la escuela está la escuela. El vasto mundo de

nuestro *ayllu* es el verdadero claustro de la escuela; el indio nos lo enseña. La *uta* (casa) no es sino el refugio contra el frío, el refugio de unas horas contra el cansancio a favor de la asepsia del sueño. Todo el día del indio es un día de mundo, de pampa, de aire, de cielo y de oxígeno. Si observáis una choza indígena, no digáis que se trata de una raza inferior, que no supo construir esa cosa elemental que todo pueblo ha construido como expresión vital. El indio vive en la naturaleza y no conoce la fruición del confort doméstico; empero, hay que darle esa nueva dimensión para él desconocida pero que le servirá para el desarrollo de su mentalidad.

Así, la escuela, saliéndose de sí misma para hacer gravitar su acción en los planos vivos de la economía, religión, hogar, arte, política del indio, cumple una misión social que toda escuela moderna debe poseer, ya que educar no es enseñar, sino despertar, suscitar, alentar, empujar...

6.- *Warisata, instituto de Indología y experimentación pedagógica.*- El panorama que abre a nuestra vista el problema del indio y sus derivaciones, nos impone una seria consideración provisional: no puede haber acción fecunda sin un previo estudio de las condiciones étnicas y teleológicas del indio, como ser individual, como individuo social. Para esto, buscamos el refugio de los claustros de Warisata y organizamos en ellos el Instituto de Investigaciones Indológicas para el estudio, sobre la realidad del idioma, la religión, la economía el arte, etc., de nuestros antecesores como individuos históricos. Pero esto quedaría incompleto, si al mismo tiempo no hiciéramos de esta escuela, nuestro campo de experimentación pedagógica al cual deben acudir antes de salir a realizar su acción individual, todos los Directores destinados a dedicar sus actividades a la enseñanza y a la educación de indios. En Warisata tomarán las lecciones de los métodos a ponerse en práctica; se penetrarán del ambiente indígena, conocerán y aprenderán a conocer su psicología, los métodos de trabajo, y de esta manera capacitados, podrán salir después al trabajo en los campos.

7.- *La escuela como defensa social.*- De la vastedad y multiplicidad de aspectos que importa el problema indígena, debe destacarse uno principal: es que el indio explotado secularmente

por los encomenderos de la colonia, lo es hoy por sus herederos, y más aún, por una casta de gamonales aldeanos, en la misma forma o peor que lo fue hace cuatro siglos. Por tanto, una de las principales actitudes de la escuela ha de ser ponerse de parte de los indios y constituir el baluarte de su defensa. Ordinariamente, debe existir el comisionado indígena, amauta, encargado de ver y escuchar las quejas de los indios, para transmitir las a la Dirección, luego a la *ulaka* administrativa, y posteriormente al veredicto del gobierno. Desde luego, se hace imperativo dejar sentado que, si no fuera por otras razones de orden técnico y educacional, bastaría éste para determinar como asunto esencial y previo, el de que la escuela para los indios debe fundarse en el campo y no en las aldeas, nunca en las aldeas, porque las aldeas son los contrafuertes del gamonalismo, reductos de todas las herencias de la colonia, y el indio ve en ellas la animación urbana de su esclavitud. Las escuelas deben establecerse en el campo, nunca a menos de dos leguas de todo núcleo urbano.

8.- *Función social de la escuela.*- Resuelto el carácter social de la escuela, resta armarle de todos los elementos necesarios para que su acción signifique un nuevo episodio en la vida indígena; cuerpo médico escolar, con atribuciones para organizar cruzadas por la asepsia, la buena alimentación, cualitativa e integral, aseo, salubridad; campos de experimentación ganadera y agrícola, etc., para lo cual todos los terrenos del Estado, desde la promulgación de este Estatuto, deben pertenecer a la escuela y sus filiales, inclusive los vastos latifundios de las misiones entregadas a religiosos conversores en diferentes zonas de la República, las mismas que pasarán inmediatamente a la administración laica de la escuela, sin que ello quiera decir que, conforme a las necesidades, no se pueda utilizar los servicios de religiosos adiestrados en el trato con los indios de la floresta.

9.- *Filosofía de la escuela indígena.*- Cuando un movimiento educacional tiende a organizarse para producir esenciales reacciones en el alma de un pueblo, debe como cuestión previa, poseer una filosofía nacional, es decir, una serie de puntos de vista concretos que se inspiren en las necesidades específicas de la Nación. Para

Bolivia, ninguna filosofía más aparente que la filosofía optimista del esfuerzo como resorte del éxito. El esfuerzo metódico y constante nos arrastrará a resultados imprevistos, cuyo mayor triunfo estará representado por la exaltación del trabajo como único camino hacia la prosperidad.

Anexo VIII

Algunos párrafos del informe del profesor mexicano Manuel Velasco

“La Escuela central del Chapare trabaja con indígenas yuracarés y sus dos seccionales con yuracarés y quechuas.

“En la Matriz funcionan dos cursos unisexuales, y no obstante la reciente fundación del Núcleo, ya saben hablar castellano y comienzan a leer y escribir. (Hay además) un curso de costura al que asisten niñas y adultos; un curso de cocina a cargo de la misma maestra; un taller de carpintería en el que se ha construido el mobiliario de la escuela y donde niños y adultos aprenden este arte y construyen sus propios muebles; y un taller de sastrería funciona en la misma forma que el anterior.

“La sección del internado está completamente lista para funcionar. Cuenta con un dormitorio higiénico y amplio, veinte camas equipadas con colchones, mosquiteros, frazadas, almohadas, etc.; además cuenta con una sección de lectura con pupitres y bancos individuales.

“Para pensión del internado se encuentran en pie los siguientes sembradíos que son cultivados por niños y adultos: arroz tres hectáreas, maíz una y media hectáreas; yuca, dos hectáreas, plátano dos hectáreas. Cada familia yuracaré cuenta con un chaco cultivado de tres cuartos de hectárea, que cada vez van aumentando.

“No existen animales de trabajo pero la escuela cuenta con tres embarcaciones que son: una chata de 700 arrobas y dos canoas de 200 arrobas cada una, un motor extrabordo Jonson, de 16 caballos de fuerza.

“Esta Escuela ha triunfado precisamente con los mismos indios y en el mismo lugar donde años atrás fracasó una misión de frailes franciscanos. De las escuelas indígenas que conozco, es la que cuenta con mejor mobiliario, todo construido en los talleres de la misma...”.

Las escuelas indígenas se denominarán “Escuelas del Esfuerzo”, será la nuestra una pedagogía basada en el trabajo y en el propósito de hacer de cada obstáculo un objetivo de triunfo. Esfuerzo en las clases, en los talleres, esfuerzo en los campos de cultivo, esfuerzo en la vida doméstica, volvemos a repetir, en el ideal de superación progresiva y constante.

Este sistema aplicado en la escuela social, nos permitirá en poco tiempo renovar el medio indígena y llevarle a sus máximos desarrollos.

Anexo IX

Primer congreso indigenista interamericano Sección educativa (III)

Teniendo en cuenta la ponencia boliviana, la Sección Educacional (III) recomienda al pleno del Congreso el siguiente proyecto de resolución:

1.- Los países de América deberán proporcionar a sus masas indígenas una educación que les permita, más tarde, participar en forma directa en la vida y el desenvolvimiento de sus respectivos países.

2.- La organización de las escuelas indígenas deberá hacerse de acuerdo con las modalidades de la región en que éstas han de actuar, teniéndose en cuenta las condiciones geográficas, su porvenir económico y las tradiciones y costumbres de las comunidades indígenas para las que han de ser creadas.

3.- Estas escuelas deberán levantarse en el corazón mismo de las comunidades indígenas, y sus formas de gobierno tendrán como propósito primordial la elevación de las condiciones sociales y económicas de sus habitantes, con el objeto de no apartarlas de su suelo.

4.- Los indígenas de la región y los padres de familia en particular, deberán tener participación activa en los proyectos de organización, ejecución y gobierno de la escuela; contribuyendo en su levantamiento material en forma voluntaria, coadyuvando a su mantenimiento moral y físico y participando en la labor de la escuela.

5.- El programa educacional en las regiones indígenas tendrá como propósito una organización coordinada con escuelas centrales que comprenden desde el servicio preescolar hasta el vocacional, y escuelas elementales establecidas en las comunidades.

6.- Para la mejor realización de la acción educativa, se seguirá simultáneamente un programa de construcción de caminos, con el objeto de que los centros educativos estén vinculados con las distintas comunidades indígenas.

7.- Creación de escuelas especiales para los selvícolas y otros grupos móviles de diversos tipos; subordinando el perfeccionamiento de estas escuelas a los estudios antropológicos del Instituto Interamericano al cual se recomienda abocarse como primera tarea –el problema educacional–.

Aprobado en la sección del 22 de abril de 1940, pase a la Secretaría del Congreso.

(Firmado) – El Presidente, José A. Escalante (Perú); el Vicepresidente Willard W. Beaty (EE. UU.); el relator, Gerardo Cabrera Moreno (Colombia) y el Secretario, Julio de la Fuente (México)”.

Anexo X

SEMBLANZA DE ELIZARDO PÉREZ por Josefina Montes

Hacia 1963, cuando yo estaba cursando latín en la Facultad de Filosofía y Letras, de la UBA, formamos en grupo de estudio del que participabas vos, Chonita (María Victoria), nuestras familias tenían la santa paciencia de atendernos por horas y horas en nuestras reuniones de trabajo. Y allí, en Quilmes, estaba don Elizardo, Elico para Tinita, la inolvidable custodia del bienestar familiar; para nosotros “el papá de Choni”.

Luego del primer encuentro, cuando nos recibió con su calidez, con esa, su calma habitual, fuimos ingresando en su mundo siempre dispuesto a hacernos la vida agradable. Con el tiempo, nos adentramos en el relato su vida. Ese gran hombre desgranaba anécdotas con una gracia inigualable, mostrando como cosas pequeñas, como simples historias entretenidas, lo que en realidad eran las lajas de un sendero que lo había llevado en pos de un vasto proyecto que respondía a una visión de una potencia transformadora, absolutamente inédita para la época. Tras un estilo ameno, con un humor fino, no explícito, sin sonrisas delatorias, develaba los trazos de su gran obra. Nos llevaba por las alternativas de su peripatético viaje a través de toda Bolivia, y no ciertamente en 4x4, nos presentaba los personajes de esa historia, los mil y un obstáculos. Y nunca volcó odio, cruel amargura, mezquinos gestos hacia los que lo combatieron, los que lo traicionaron, los que desconocieron la generosidad de su entrega. Así era Elizardo Pérez.

Latín y también nuestras preocupaciones de estudiantes quedaron atrás pero mi relación con los Pérez se hizo personal, familiar. Yo había empezado a trabajar en Quilmes llevada por las mujeres de la casa. Ellos fueron entonces, y nunca más cierta la expresión, mi “segunda familia”, Lugar de descanso, del físico y del alma, acogida en mis alegrías y en mis desdichas. ¡Qué bien sentaba un tecito, las ricuras de Tinita, las gracias de la tía Juana y reinando sobre la mesa con vista al jardín, el gesto amoroso,

estimulante, la palabra justa, la observación inteligente del matrimonio de Elizardo y Jael. Se sucedieron los acontecimientos y los cambios: partieron sus hijas, María Inés, primero, seguida por Chonita. Se iba mi gran amiga, mi hermana, pero aquel rincón de Quilmes seguía siendo “mi segundo hogar”. Con todo mi cariño, los acompañé en las despedidas. También vinieron las alegrías de los matrimonios y ¡de los nietos! Con ellos disfruté de las visitas de la prole en crecimiento y acuné como pude el vacío de las ausencias. Entre todos los avatares, su hogar siguió siendo remanso de paz, de amor, de entrega a los afectos cercanos, marcado por la personalidad de Elizardo y Jael. Pero llegaron los malos tiempos, los problemas de salud y el final que no por esperado fue menos doloroso. Sin don Elizardo sólo quedaba la tristeza. Yo tuve el dolorosísimo cometido de anunciar a sus hijas su muerte. No tardó en producirse la partida de Tinita y de Jael para reunirse con las chicas en Bolivia. Aún hoy me cuesta pasar por delante de la casa, registrar los cambios, imaginar escenas de otros tiempos.

Su extraordinaria filosofía de vida hizo que viviera las circunstancias que su destino marcara, los cambios, con una aceptación no exenta de disfrute. Su personalidad le granjeó en todos lados el aprecio de quienes tuvieron la suerte de conocerlo: sus amigos, sus vecinos, sus proveedores, aquellos que llegamos a ese pedacito de Bolivia incrustado en Quilmes. Creo que él también supo disfrutar de las ya pequeñas alegrías que la vida le deparó en esta lejana Buenos Aires.

Un sabio, calificativo usado tantas veces a la ligera pero que en él aplicaba en toda su extensión. Su experiencia de vida, sus ideales, sus proyectos, estaban marcados por una visión aguda e inteligente, no carente de realismo. La generosidad más que probada en una entrega total a la causa de su pueblo, otro término que en boca de tantos políticos está vacío de sentido y que en él supuso el sacrificio de toda una vida. También era un hombre de acción sin ampulosos gestos, tan caros a tantos. Soy testigo, por otra parte, de la coherencia absoluta de su proceder; era un hombre de una sola cara, para el afuera y para la intimidad. Sabio y generoso fue

para los suyos. Como marido, como padre, supo armonizar sus mandatos públicos con el amoroso cuidado de su familia en todos los instantes de su vida y hasta sus últimos momentos.

Sabiamente también supo dejar atrás protagonismos que en otros tiempos lo pusieran en el centro de movimientos visionarios, de acontecimientos que podrían modificar la vida y la historia de su pueblo. Desde tan lejos, seguía los acontecimientos de Bolivia con amor. Muchas veces asomaba a sus ojos la pena, bajaba la vista y seguramente se recogía en sus recuerdos, en una tristeza esencial que no tenía cura.

Me emocionaba particularmente su gratitud hacia mi país, la Argentina, que como él siempre decía sin dejar pasar ocasión, lo había recibido con generosidad y le había permitido sacar un préstamo para hacer su casa, que sería el hogar de sus últimos años, sin preguntar de dónde venía, qué era. Esta fue una actitud que lo pinta de cuerpo entero. Así era Elizardo Pérez.

Bibliografía básica

- Arze Loureiro, Eduardo. (1981) Elizardo Pérez a su memoria. En: *América Indígena*. Año XLI No. I Vol., enero-marzo, México, Instituto Indigenista Interamericano.
- Arze, José Roberto. Warisata, ¿una simple experiencia pedagógica? La Cigarra Mágica, noviembre, 1977, La Paz, Bolivia y en: archivo de la familia.
- Bothelo Gozalvez, Raúl. El Heroico Magisterio de Elizardo Pérez (fragmentos), *El Diario*, 3 de agosto, 1997, La Paz, Bolivia.
- CSUTCB. Propuesta de la CSUTCB AL II CONGRESO Nacional de Educación, Basada en el Modelo de Ayllu, Artes Gráficas “Abril”, La Paz, Bolivia, 2005.
- Escuela de Warisata. Mensaje de la Escuela Indigenal de Warisata en el Día de las Américas. En: La Semana Gráfica, 1934, La Paz, Bolivia y en archivo de la familia.
- Mejía Vera, Yvette. Warista EL MODELO DE AYLLU Sistematización de Warisata. Escuela Ayllu. En: <http://www.katari.org>.
- Oropeza de Pérez, Jael. Lo que fue Warisata (entrevista, 27 de julio, 1990, inédito, La Paz, Bolivia. En: Archivo de la familia. Discurso, pronunciado con motivo de la repatriación de los restos de su esposo, agosto, 1983, inédito, La Paz, Bolivia. En: archivo de la familia.

- Pérez, Elizardo. *Warisata. La Escuela - Ayllu*. Primera Edición, Empresa Industrial Gráfica E. Burillo, octubre, 1962, Segunda Edición, HISBOL/CERES, Talleres Gráficos Hisbol, octubre 1992, Tercera Edición Ministerio de Educación, La Paz, Bolivia, 2013.
- Conferencia. Universidad Mayor de San Andrés, septiembre, 1940, La Paz, Bolivia. En: *op. cit.*
MENSAJE Del Director General de Educación Indígena y Campesina de Bolivia, señor Elizardo Pérez, a los maestros indianistas de México por conducto del Profesor Graciano Sánchez, Director del Departamento de Asuntos Indígenales, 25 de febrero, 1937, La Paz, Bolivia. En: archivo de la familia.
- A Propósito de un Editorial. Dimensión de la escuela de Warisata, La Paz, 14 de junio de 1967. En: archivo de la familia.
- Entrevista con Elizardo Pérez, sábado 26 de enero de 1974, inédito, La Paz, Bolivia. En: archivo de la familia.
“Mensaje de la Escuela Indígenal de Warisata”, Editorial La Semana Gráfica, La Paz, abril de 1934, La Paz, Bolivia.
- Conferencia. Universidad Mayor de San Andrés, reproducida en el diario “La Calle”, 24 de agosto de 1937, La Paz, Bolivia. Reglamento de educación Indígenal En: *op. cit.*
- Salazar Mostajo, Carlos. *¡Warisata Mía!* Tercera Edición, 1997 Empresa Editorial “Urquizo” S.A. La Paz, Bolivia.
- *Tres Ensayos Disidentes*, Editorial Urquizo, La Paz, Bolivia 1995.
- *La Taika, Teoría y Práctica de la Escuela Ayllu*, Editorial Juventud, La Paz, Bolivia, 1992.
- El por qué de una destrucción. En: *Presencia*, 27 de agosto, 1978, La Paz, Bolivia.
- Rojas Olaya, Alí Ramón. *La Pedagogía del Adobe*, 2da Edición, Instituto Internacional de Integración del Convenio Andrés Bello, La Paz, Bolivia.

- Soria Galvarro, Carlos. Warisata, Un Insólito Experimento Pedagógico, *Bases* No. I, México, 1981.
- Velazco, Adolfo. La Escuela Indígenal de Warisata, Informe preparado para el I Congreso Interamericano, realizado en Pátzcuaro - México, 1939.
- Villca V., Jacinto. *Utopía...y Visión*, Imp. SAPECHO S.R.L., La paz, Bolivia.
- Villca T., Simeón, *Llica Abanderada de la Soberanía Nacional*, Editorial Nuevo Siglo, La Paz, 2002.

